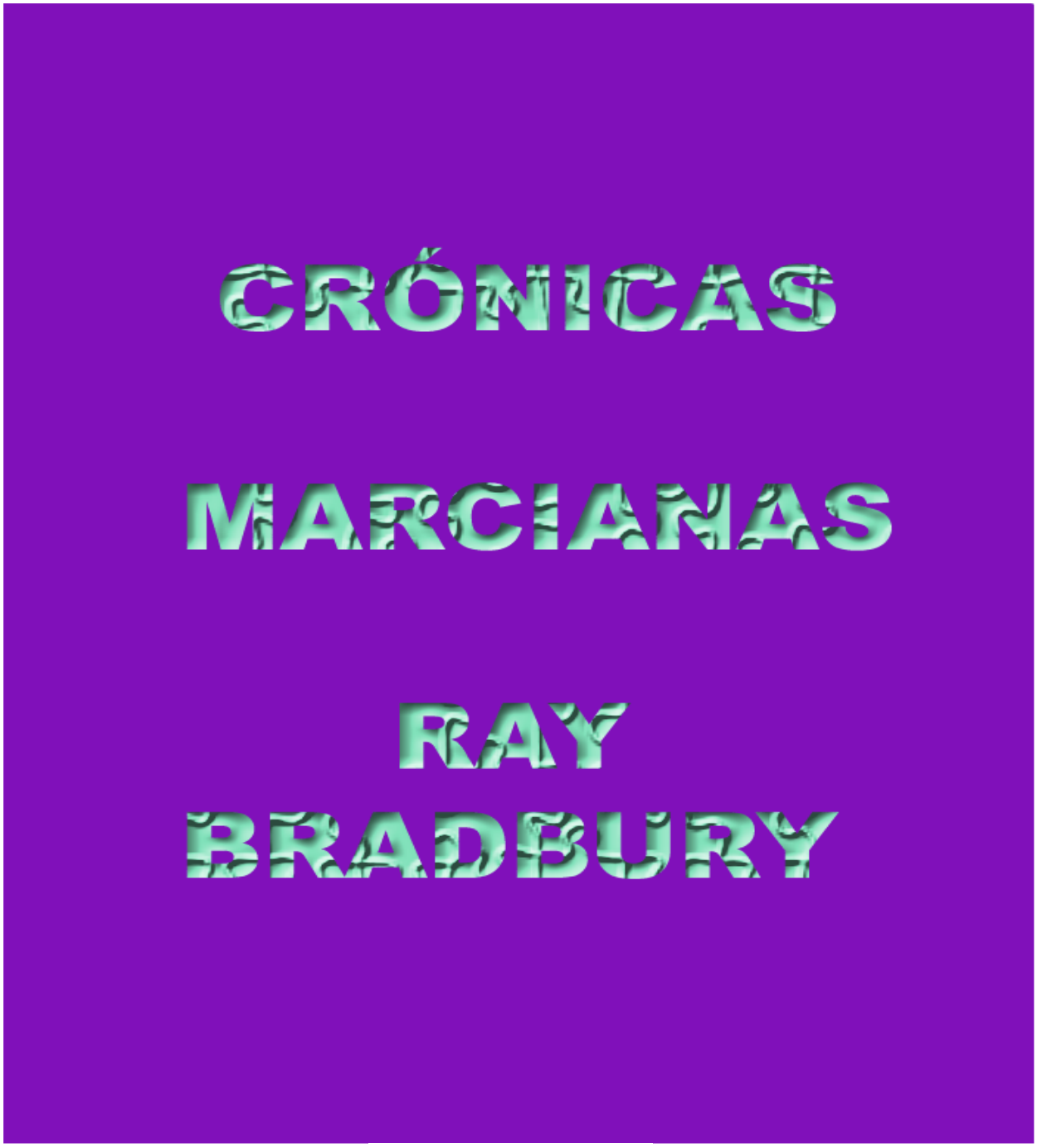
LIBRO dot.com

CRÓNICAS MARCIANAS

RAY BRADBURY



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

CRÓNICAS MARCIANAS

RAY BRADBURY

ENERO DE 1999

El verano del cohete

Un minuto antes era invierno en Ohio; las puertas y las ventanas estaban cerradas, la escarcha empañaba los vidrios, el hielo adornaba los bordes de los techos, los niños esquiaban en las laderas; las mujeres, envueltas en abrigos de piel, caminaban torpemente por las calles heladas como grandes osos negros.

Y de pronto, una larga ola de calor atravesó el pueblo; una marea de aire tórrido, como si alguien hubiera abierto de par en par la puerta de un horno. El calor latió entre las casas, los arbustos, los niños. El hielo se desprendió de los techos, se quebró, y empezó a fundirse. Las puertas se abrieron; las ventanas se levantaron; los niños se quitaron las ropas de lana; las mujeres se despojaron de sus disfraces de osos; la nieve se derritió, descubriendo los viejos y verdes prados del último verano.

El verano del cohete. Las palabras corrieron de boca en boca por las casas abiertas y ventiladas. El verano del cohete. El caluroso aire desértico alteró los dibujos de la escarcha en los vidrios, borrando la obra de arte. Esquíes y trineos fueron de pronto inútiles. La nieve, que venía de los cielos helados, llegaba al suelo como una lluvia cálida. El verano del cohete. La gente se asomaba a los porches húmedos y observaba el cielo, cada vez más rojo. El cohete, instalado en su plataforma, lanzaba rosadas nubes de fuego y calor. El cohete, de pie en la fría mañana de invierno, engendraba el estío con el aliento de sus poderosos escapes. El cohete creaba el buen tiempo, y durante unos instantes fue verano en la tierra...

FEBRERO DE 1999

YLLA

Tenían en el planeta Marte, a orillas de un mar seco, una casa de columnas de cristal, y todas las mañanas se podía ver a la señora K mientras comía la fruta dorada que brotaba de las paredes de cristal, o mientras limpiaba la casa con puñados de un polvo magnético que recogía la suciedad y luego se dispersaba en el viento cálido. A la tarde, cuando el mar fósil yacía inmóvil y tibio, y las viñas se erguían tiesamente en los patios, y en el distante y recogido pueblito marciano nadie salía a la calle, se podía ver al señor K en su cuarto, que leía un libro de metal con jeroglíficos en relieve, sobre los que pasaba suavemente la mano como quien toca el arpa. Y del libro, al contacto de los dedos, surgía un canto, una voz antigua y suave que hablaba del tiempo en que el mar bañaba las

costas con vapores rojos y los hombres lanzaban al combate nubes de insectos metálicos y arañas eléctricas.

El señor K y su mujer vivían desde hacía ya veinte años a orillas del mar muerto, en la misma casa en que habían vivido sus antepasados, y que giraba y seguía el curso del sol, como una flor, desde hacía diez siglos.

El señor K y su mujer no eran viejos. Tenían la tez clara, un poco parda, de casi todos los marcianos; los ojos amarillos y rasgados, las voces suaves y musicales.

En otro tiempo habían pintado cuadros con fuego químico, habían nadado en los canales, cuando corría por ellos el licor verde de las viñas y habían hablado hasta el amanecer, bajo los azules retratos fosforescentes, en la sala de las conversaciones.

Ahora no eran felices.

Aquella mañana, la señora K, de pie entre las columnas, escuchaba el hervor de las arenas del desierto, que se fundían en una cera amarilla, y parecían fluir hacia el horizonte.

Algo iba a suceder.

La señora K esperaba.

Miraba el cielo azul de Marte, como si en cualquier momento pudiera encogerse, contraerse, y arrojar sobre la arena algo resplandeciente y maravilloso.

Nada ocurría.

Cansada de esperar, avanzó entre las húmedas columnas. Una lluvia suave brotaba de los acanalados capiteles, caía suavemente sobre ella y refrescaba el aire abrasador. En estos días calurosos, pasear entre las columnas era como pasear por un arroyo. Unos frescos hilos de agua brillaban sobre los pisos de la casa. A lo lejos oía a su marido que tocaba el libro, incesantemente, sin que los dedos se le cansaran jamás de las antiguas canciones. Y deseó en silencio que él volviera a abrazarla y a tocarla, como a una arpa pequeña, pasando tanto tiempo junto a ella como el que ahora dedicaba a sus increíbles libros.

Pero no. Meneó la cabeza y se encogió imperceptiblemente de hombros. Los párpados se le cerraron suavemente sobre los ojos amarillos. El matrimonio nos avejenta, nos hace rutinarios, pensó.

Se dejó caer en una silla, que se curvó para recibirla, y cerró fuerte y nerviosamente los ojos.

Y tuvo el sueño.

Los dedos morenos temblaron y se alzaron, crispándose en el aire.

Un momento después se incorporó, sobresaltada, en su silla. Miró vivamente a su alrededor, como si esperara ver a alguien, y pareció decepcionada. No había nadie entre las columnas.

El señor K apareció en una puerta triangular

- ¿Llamaste? - preguntó, irritado.

- No - dijo la señora K.

- Creí oírte gritar.

- ¿Grité? Descansaba y tuve un sueño.

- ¿Descansabas a esta hora? No es tu costumbre.

La señora K seguía sentada, inmóvil, como si el sueño, le hubiese golpeado el rostro.

- Un sueño extraño, muy extraño - murmuró.

- Ah.

Evidentemente, el señor K quería volver a su libro.

- Soñé con un hombre - dijo su mujer

- ¿Con un hombre?

- Un hombre alto, de un metro ochenta de estatura

- Qué absurdo. Un gigante, un gigante deforme.

- Sin embargo... - replicó la señora K buscando las palabras -. Y... ya sé que creerás que soy una tonta, pero... ¡tenía los ojos azules!

- ¿Ojos azules? ¡Dioses! - exclamó el señor K - ¿Qué soñarás la próxima vez? Supongo que los cabellos eran negros.

- ¿Cómo lo adivinaste? - preguntó la señora K excitada.

El señor K respondió fríamente:

- Elegí el color más inverosímil.

- ¡Pues eran negros! - exclamó su mujer -. Y la piel, ¡blanquísima! Era muy extraño. Vestía un uniforme raro. Bajó del cielo y me habló amablemente.

- ¿Bajó del cielo? ¡Qué disparate!

- Vino en una cosa de metal que relucía a la luz del sol - recordó la señora K, y cerró los ojos evocando la escena -. Yo miraba el cielo y algo brilló como una moneda que se tira al aire y de pronto creció y descendió lentamente. Era un aparato plateado, largo y extraño. Y en un costado de ese objeto de plata se abrió una puerta y apareció el hombre alto.

- Si trabajaras un poco más no tendrías esos sueños tan tontos.

- Pues a mí me gustó - dijo la señora K reclinándose en su silla -. Nunca creí tener tanta imaginación. ¡Cabello negro, ojos azules y tez blanca! Un hombre extraño, pero muy hermoso.

- Seguramente tu ideal.

- Eres antipático. No me lo imaginé deliberadamente, se me apareció mientras dormitaba. Pero no fue un sueño, fue algo tan inesperado, tan distinto...

El hombre me miró y me dijo: «Vengo del tercer planeta. Me llamo Nathaniel York...»

- Un nombre estúpido. No es un nombre.

- Naturalmente, es estúpido porque es un sueño - explicó la mujer suavemente -. Además me dijo: «Este es el primer viaje por el espacio. Somos dos en mi nave; yo y mi amigo Bart.»

- Otro nombre estúpido.

- Y luego dijo: «Venimos de una ciudad de la Tierra; así se llama nuestro planeta.» Eso dijo, la Tierra. Y hablaba en otro idioma. Sin embargo yo lo entendía con la mente. Telepatía, supongo.

El señor K se volvió para alejarse; pero su mujer lo detuvo, llamándolo con una voz muy suave.

- ¿Ylla? ¿Te has preguntado alguna vez... bueno, si vivirá alguien en el tercer planeta?

- En el tercer planeta no puede haber vida - explicó pacientemente el señor K - Nuestros hombres de ciencia han descubierto que en su atmósfera hay demasiado oxígeno.

- Pero, ¿no sería fascinante que estuviera habitado? ¿Y que sus gentes viajaran por el espacio en algo similar a una nave?

- Bueno, Ylla, ya sabes que detesto los desvaríos sentimentales. Sigamos trabajando.

Caía la tarde, y mientras se paseaba por entre las susurrantes columnas de lluvia, la señora K se puso a cantar. Repitió la canción, una y otra vez.

- ¿Qué canción es ésa? - le preguntó su marido, interrumpiéndola, mientras se acercaba para sentarse a la mesa de fuego.

La mujer alzó los ojos y sorprendida se llevó una mano a la boca.

- No sé.

El sol se ponía. La casa se cerraba, como una flor gigantesca. Un viento sopló entre las columnas de cristal. En la mesa de fuego, el radiante pozo de lava plateada se cubrió de burbujas. El viento movió el pelo rojizo de la señora K y le murmuró suavemente en los oídos. La señora K se quedó mirando en silencio, con ojos amarillos, húmedos y dulces a el lejano y pálido fondo del mar, como si recordara algo.

- Drink to me with thine eyes, and I will pledge with mine (Brinda por mí con tus ojos y yo te prometeré con los míos) - cantó lenta y suavemente, en voz baja -. Or leave a kiss within the cup, and I'll not ask for wine. (O deja un beso en tu copa y no pediré vino.)

Cerró los ojos y susurró moviendo muy levemente las manos. Era una canción muy hermosa.

- Nunca oí esa canción. ¿Es tuya? - le preguntó el señor K mirándola fijamente.

- No. Sí... No sé - titubeó la mujer -. Ni siquiera comprendo las palabras. Son de otro idioma.

- ¿Qué idioma?

La señora K dejó caer, distraídamente, unos trozos de carne en el pozo de lava.

- No lo sé.

Un momento después sacó la carne, ya cocida, y se la sirvió a su marido.

- Es una tontería que he inventado, supongo. No sé por qué.

El señor K no replicó. Observó cómo su mujer echaba unos trozos de carne en el pozo de fuego siseante. El sol se había ido. Lenta, muy lentamente, llegó la noche y llenó la habitación, inundando a la pareja y las columnas, como un vino oscuro que subiera hasta el techo. Sólo la encendida lava de plata iluminaba los rostros.

La señora K tarareó otra vez aquella canción extraña.

El señor K se incorporó bruscamente y salió irritado de la habitación.

Más tarde, solo, el señor K terminó de cenar.

Se levantó de la mesa, se desperezó, miró a su mujer y dijo bostezando:

- Tomemos los pájaros de fuego y vayamos a entretenernos a la ciudad.

- ¿Hablas seriamente? - le preguntó su mujer -. ¿Te sientes bien?

- ¿Por qué te sorprendes?

- No vamos a ninguna parte desde hace seis meses.

- Creo que es una buena idea.

- De pronto eres muy atento.

- No digas esas cosas - replicó el señor K disgustado -. ¿Quieres ir o no?

La señora K miró el pálido desierto; las mellizas lunas blancas subían en la noche; el agua fresca y silenciosa le corría alrededor de los pies. Se estremeció levemente. Quería quedarse sentada, en silencio, sin moverse, hasta que ocurriera lo que había estado esperando todo el día, lo que no podía ocurrir, pero tal vez ocurriera. La canción le rozó la mente, como un ráfaga.

- Yo...

- Te hará bien - musitó su marido. Vamos.

- Estoy cansada. Otra noche.

- Aquí tienes tu bufanda - insistió el señor K alcanzándole un frasco -. No salimos desde hace meses.

Su mujer no lo miraba.

- Tú has ido dos veces por semana a la ciudad de XI - afirmó.

- Negocios.

- Ah - murmuró la señora K para sí misma.

Del frasco brotó un liquido que se convirtió en un neblina azul y envolvió en sus ondas el cuello de señora K.

Los pájaros de fuego esperaban, como brillantes brasas de carbón, sobre la fresca y tersa arena. La flotante barquilla blanca, unida a los pájaros por mil cintas verdes, se movía suavemente en el viento de la noche.

Ylla se tendió de espaldas en la barquilla, y a una palabra de su marido, los pájaros de fuego se lanzaron ardiendo, hacia el cielo oscuro. Las cintas se estiraron, la barquilla se elevó deslizándose sobre las arenas, que crujieron suavemente. Las colinas azules desfilaron, desfilaron, y la casa, las húmedas columnas, las flores enjauladas, los libros sonoros y los susurrantes arroyuelos del piso quedaron atrás. Ylla no miraba a su marido. Oía sus órdenes mientras los pájaros en llamas ascendían ardiendo en el viento, como diez mil chispas calientes, como fuegos artificiales en el cielo, amarillos y rojos, que arrastraban el pétalo de flor de la barquilla.

Ylla no miraba las antiguas y ajedrezadas ciudades muertas, ni los viejos canales de sueño y soledad. Como una sombra de luna, como una antorcha encendida, volaban sobre ríos secos y lagos secos.

Ylla sólo miraba el cielo.

Su marido le habló.

Ylla miraba el cielo.

- ¿No me oíste?

- ¿Qué?

El señor K suspiró.

- Podías prestar atención.

- Estaba pensando.

- No sabía que fueras amante de la naturaleza, pero indudablemente el cielo te interesa mucho esta noche.

- Es hermosísimo.

- Me gustaría llamar a Hulle - dijo el marido lentamente -. Quisiera preguntarle si podemos pasar unos días, una semana, no más, en las montañas Azules. Es sólo una idea...

- ¡En las montañas Azules! - Gritó Ylla tomándose con una mano del borde de la barquilla y volviéndose rápidamente hacia él.

- Oh, es sólo una idea...

Ylla se estremeció.

- ¿Cuándo quieres ir?

- He pensado que podríamos salir mañana por la mañana - respondió el señor K negligentemente -. Nos levantaríamos temprano...

- ¡Pero nunca hemos salido en esta época!

- Sólo por esta vez. - El señor K sonrió. - Nos hará bien. Tendremos paz y tranquilidad. ¿Acaso has proyectado alguna otra cosa? Iremos, ¿no es cierto?

Ylla tomó aliento, esperó, y dijo:

- ¿Qué?

El grito sobresaltó a los pájaros; la barquilla se sacudió.

- No - dijo Ylla firmemente -. Está decidido. No iré.

El señor K la miró y no hablaron más. Ylla le volvió la espalda.

Los pájaros volaban, como diez mil teas al viento.

Al amanecer, el sol que atravesaba las columnas de cristal disolvió la niebla que había sostenido a Ylla mientras dormía. Ylla había pasado la noche suspendida entre el techo y el piso, flotando suavemente en la blanda alfombra de bruma que brotaba de las paredes cuando ella se abandonaba al sueño. Había dormido toda la noche en ese río callado, como un bote en una corriente silenciosa. Ahora el calor disipaba la niebla, y la bruma descendió hasta depositar a Ylla en la costa del despertar.

Abrió los ojos.

El señor K, de pie, la observaba como si hubiera estado junto a ella, inmóvil, durante horas y horas. Sin saber por qué, Ylla apartó los ojos.

- Has soñado otra vez - dijo el señor K -. Hablabas en voz alta y me desvelaste. Creo realmente que debes ver a un médico.

- No será nada.

- Hablaste mucho mientras dormías.

- ¿Sí? - dijo Ylla, incorporándose.

Una luz gris le bañaba el cuerpo. El frío del amanecer entraba en la habitación.

- ¿Qué soñaste?

Ylla reflexionó unos instantes y luego recordó.

- La nave. Descendía otra vez, se posaba en el suelo y el hombre salía y me hablaba, bromeando, riéndose, y yo estaba contenta.

El señor K, impasible, tocó una columna. Fuentes de vapor y agua caliente brotaron del cristal. El frío desapareció de la habitación.

- Luego - dijo Ylla -, ese hombre de nombre tan raro, Nathaniel York, me dijo que yo era hermosa y... y me besó.

- ¡Ah! - exclamó su marido, dándole la espalda.

- Sólo fue un sueño - dijo Ylla, divertida.

- ¡Guárdate entonces esos estúpidos sueños de mujer!

- No seas niño - replicó Ylla reclinándose en los últimos restos de bruma química.

Un momento después se echó a reír.

- Recuerdo algo más - confesó.

- Bueno, ¿qué es, qué es?

- Ylla, tienes muy mal carácter.

- ¡Dímelo! - exigió el señor K inclinándose hacia ella con una expresión sombría y dura -. ¡No debes ocultarme nada!

- Nunca te vi así - dijo Ylla, sorprendida e interesada a la vez -. Ese Nathaniel York me dijo... Bueno, me dijo que me llevaría en la nave, de vuelta a su planeta. Realmente es ridículo.

- ¡Si! ¡Ridículo! - gritó el señor K -. ¡Oh, dioses! ¡Si te hubieras oído, hablándole, halagándolo, cantando con él toda la noche! ¡Si te hubieras oído!

- ¡Yll!

- ¿Cuándo va a venir? ¿Dónde va a descender su maldita nave?

- Yll, no alces la voz.

- ¡Qué importa la voz! ¿No soñaste - dijo el señor K inclinándose rígidamente hacia ella y tomándola de un brazo - que la nave descendía en el valle Verde?

¡Contesta!

- Pero, si...

- Y descendía esta tarde, ¿no es cierto?

- Sí, creo que sí, pero fue sólo un sueño.

- Bueno - dijo el señor K soltándola -, por lo menos eres sincera. Oí todo lo que dijiste mientras dormías. Mencionaste el valle y la hora.

Jadeante, dio unos pasos entre las columnas, como cegado por un rayo. Poco a poco recuperó el aliento. Su mujer lo observaba como si se hubiera vuelto loco. Al fin se levantó y se acercó a él.

- Yll - susurró:

- No me pasa nada.

- Estás enfermo.

- No - dijo el señor K con una sonrisa débil y forzada -. Soy un niño, nada más. Perdóname, querida. - La acarició torpemente. - He trabajado demasiado en estos días. Lo lamento. Voy a acostarme un rato.

- ¡Te excitaste de una manera!

- Ahora me siento bien, muy bien. - Suspiró. - Olvidemos esto. Ayer me dijeron algo de Uel que quiero contarte. Si te parece, preparas el desayuno, te cuento lo de Uel y olvidamos este asunto.

- No fue más que un sueño.

- Por supuesto - dijo el señor K, y la besó mecánicamente en la mejilla -. Nada más que un sueño.

Al mediodía, las colinas resplandecían bajo el sol abrasador.

- ¿No vas al pueblo? - preguntó Ylla.

El señor K arqueó ligeramente las cejas.

- ¿Al pueblo?

- Pensé que irías hoy.

Ylla acomodó una jaula de flores en su pedestal. Las flores se agitaron abriendo las hambrientas bocas amarillas. El señor K cerró su libro.

- No - dijo -. Hace demasiado calor, y además es tarde.

- Ah - exclamó Ylla. Terminó de acomodar las flores y fue hacia la puerta -. En seguida vuelvo - añadió.

- Espera un momento. ¿A dónde vas?

- A casa de Pao. Me ha invitado - contestó Ylla, ya casi fuera de la habitación.

- ¿Hoy?

- Hace mucho que no la veo. No vive lejos.

- ¿En el valle Verde, no es así?

- Sí, es sólo un paseo - respondió Ylla alejándose de prisa.

- Lo siento, lo siento mucho. - El señor K corrió detrás de su mujer, como preocupado por un olvido. - No sé cómo he podido olvidarlo. Le dije al doctor Nlle que viniera esta tarde.

- ¿Al doctor Nlle? - dijo Ylla volviéndose.

- Sí - respondió su marido, y tomándola de un brazo la arrastró hacia adentro.

- Pero Pao...

- Pao puede esperar. Tenemos que obsequiar al doctor Nlle.

- Un momento nada más.
- No, Ylla.
- ¿No?

El señor K sacudió la cabeza.

- No. Además la casa de Pao está muy lejos. Hay que cruzar el valle Verde, y después el canal y descender una colina, ¿no es así? Además hará mucho, mucho calor, y el doctor Nlle estará encantado de verte. Bueno, ¿qué dices?

Ylla no contestó. Quería escaparse, correr. Quería gritar. Pero se sentó, volvió lentamente las manos, y se las miró inexpresivamente.

- Ylla - dijo el señor K en voz baja -. ¿Te quedarás aquí, no es cierto?
- Sí - dijo Ylla al cabo de un momento -. Me quedaré aquí.
- ¿Toda la tarde?
- Toda la tarde.

Pasaba el tiempo y el doctor Nlle no había aparecido aún. El marido de Ylla no parecía muy sorprendido. Cuando ya caía el sol, murmuró algo, fue hacia un armario y sacó de él un arma de aspecto siniestro, un tubo largo y amarillento que terminaba en un gatillo y unos fuelles. Luego se puso una máscara, una máscara de plata, inexpresiva, la máscara con que ocultaba sus sentimientos, la máscara flexible que se ceñía de un modo tan perfecto a las delgadas mejillas, la barbilla y la frente. Examinó el arma amenazadora que tenía en las manos. Los fuelles zumbaban constantemente con un zumbido de insecto. El arma disparaba hordas de chillonas abejas doradas. Doradas, horribles abejas que clavaban su aguijón envenenado, y caían sin vida, como semillas en la arena.

- ¿A dónde vas? - preguntó Ylla.
- ¿Qué dices? - El señor K escuchaba el terrible zumbido del fuelle - El doctor Nlle se ha retrasado y no tengo ganas de seguir esperándolo. Voy a cazar un rato. En seguida vuelvo. Tú no saldrás, ¿no es cierto?

La máscara de plata brillaba intensamente.

- No.
- Dile al doctor Nlle que volveré pronto, que sólo he ido a cazar.

La puerta triangular se cerró. Los pasos de Yll se apagaron en la colina. Ylla observó cómo se alejaba bajo la luz del sol y luego volvió a sus tareas. Limpió las habitaciones con el polvo magnético y arrancó los nuevos frutos de las paredes de cristal. Estaba trabajando, con energía y rapidez, cuando de pronto una especie de sopor se apoderó de ella y se encontró otra vez cantando la rara y memorable canción, con los ojos fijos en el cielo, más allá de las columnas de cristal.

Contuvo el aliento, inmóvil, esperando.

Se acercaba.

Ocurriría en cualquier momento.

Era como esos días en que se espera en silencio la llegada de una tormenta, y la presión de la atmósfera cambia imperceptiblemente, y el cielo se transforma en ráfagas, sombras y vapores. Los oídos zumban, empieza uno a temblar. El cielo se cubre de manchas y cambia de color, las nubes se oscurecen, las montañas parecen de hierro. Las flores enjauladas emiten débiles suspiros de advertencia. Uno siente un leve estremecimiento en los cabellos. En algún lugar de la casa el reloj parlante dice: «Atención, atención, atención, atención...», con una voz muy débil, como gotas que caen sobre terciopelo.

Y luego, la tormenta. Resplandores eléctricos, cascadas de agua oscura y truenos negros, cerrándose, para siempre.

Así era ahora. Amenazaba, pero el cielo estaba claro. Se esperaban rayos, pero no había una nube.

Ylla caminó por la casa silenciosa y sofocante. El rayo caería en cualquier instante; habría un trueno, un poco de humo, y luego silencio, pasos en el sendero, un golpe en los cristales, y ella correría a la puerta...

- Loca Ylla - dijo, burlándose de sí misma -. ¿Por qué te permites estos desvaríos?

Y entonces ocurrió.

Calor, como si un incendio atravesara el aire. Un zumbido penetrante, un resplandor metálico en el cielo.

Ylla dio un grito. Corrió entre las columnas y abriendo las puertas de par en par, miró hacia las montañas. Todo había pasado. Iba ya a correr colina abajo cuando se contuvo. Debía quedarse allí, sin moverse. No podía salir. Su marido se enojaría muchísimo si se iba mientras aguardaban al doctor.

Esperó en el umbral, anhelante, con la mano extendida. Trató inútilmente de alcanzar con la vista el valle Verde.

Qué tonta soy, pensó mientras se volvía hacia la puerta. No ha sido más que un pájaro, una hoja, el viento, o un pez en el canal. Siéntate. Descansa.

Se sentó.

Se oyó un disparo.

Claro, intenso, el ruido de la terrible arma de insectos.

Ylla se estremeció. Un disparo. Venía de muy lejos. El zumbido de las abejas distantes. Un disparo. Luego un segundo disparo, preciso y frío, y lejano.

Se estremeció nuevamente y sin haber por qué se incorporó gritando, gritando, como si no fuera a callarse nunca. Corrió apresuradamente por la casa y abrió otra vez la puerta.

Ylla esperó en el jardín, muy pálida, cinco minutos.

Los ecos morían a los lejos.

Se apagaron.

Luego, lentamente, cabizbaja, con los labios temblorosos, vagó por las habitaciones adornadas de columnas, acariciando los objetos, y se sentó a esperar en el ya oscuro cuarto del vino. Con un borde de su chal se puso a frotar un vaso de ámbar.

Y entonces, a lo lejos, se oyó un ruido de pasos en la grava. Se incorporó y aguardó, inmóvil, en el centro de la habitación silenciosa. El vaso se le cayó de los dedos y se hizo trizas contra el piso.

Los pasos titubearon ante la puerta.

¿Hablaría? ¿Gritaría; « ¡Entre, entre!»?, se preguntó

Se adelantó. Alguien subía por la rampa. Una mano hizo girar el picaporte.

Sonrió a la puerta. La puerta se abrió. Ylla dejó de sonreír. Era su marido. La máscara de plata tenía un brillo opaco.

El señor K entró y miró a su mujer sólo un instante. Sacó luego del arma dos fuelles vacíos y los puso en un rincón. Mientras, en cuclillas, Ylla trataba inútilmente de recoger los trozos del vaso.

- ¿Qué estuviste haciendo? - preguntó.

- Nada - respondió él, de espaldas, quitándose la máscara.

- Pero... el arma. Oí dos disparos.

- Estaba cazando, eso es todo. De vez en cuando me gusta cazar. ¿Vino el doctor Nlle?

- No.

- Déjame pensar. - El señor K castañeteó fastidiado los dedos. - Claro, ahora recuerdo. No iba a venir hoy, sino mañana. Qué tonto soy.

Se sentaron a la mesa. Ylla miraba la comida, con las manos inmóviles.

- ¿Qué te pasa? - le preguntó su marido sin mirarla, mientras sumergía en la lava unos trozos de carne.

- No sé. No tengo apetito.

- ¿Por qué?

- No sé. No sé por qué.

El viento se levantó en las alturas. El sol se puso, y la habitación pareció de pronto más fría y pequeña.

- Quisiera recordar - dijo Ylla rompiendo el silencio y mirando a lo lejos, más allá de la figura de su marido, frío, erguido, de mirada amarilla.

- ¿Qué quisieras recordar? - preguntó el señor K bebiendo un poco de vino.

- Aquella canción - respondió Ylla -, aquella dulce y hermosa canción. Cerró los ojos y tarareó algo, pero no la canción. - La he olvidado y no se por qué. No quisiera olvidarla. Quisiera recordarla siempre.

Movió las manos, como si el ritmo pudiera ayudarle a recordar la canción. Luego se recostó en su silla.

- No puedo acordarme - dijo, y se echó a llorar.

- ¿Por qué lloras? - le preguntó su marido.

- No sé, no sé, no puedo contenerme. Estoy triste y no sé por qué. Lloro y no sé por qué.

Lloraba con el rostro entre las manos; los hombros sacudidos por los sollozos.

- Mañana te sentirás mejor - le dijo su marido.

Ylla no lo miró. Miró únicamente el desierto vacío y las brillantísimas estrellas que aparecían ahora en el cielo negro, y a lo lejos se oyó el ruido creciente del viento y de las aguas frías que se agitaban en los largos canales. Cerró los ojos, estremeciéndose.

- Sí - dijo -, mañana me sentiré mejor.

AGOSTO DE 1999

Noche de verano

La gente se agrupaba en las galerías de piedra o se movía entre las sombras, por las colinas azules. Las lejanas estrellas y las mellizas y luminosas lunas de Marte derramaban una pálida luz de atardecer. Más allá del anfiteatro de mármol, en la oscuridad y la lejanía, se levantaban las aldeas y las quintas. El agua plateada yacía inmóvil en los charcos, y los canales relucían de horizonte a horizonte. Era una noche de verano en el templado y apacible planeta Marte. Las embarcaciones, delicadas como flores de bronce, se entrecruzaban en los canales de vino verde, y en las largas, interminables viviendas que se curvaban como serpientes tranquilas entre las lomas, murmuraban perezosamente los amantes, tendidos en los frescos lechos de la noche. Algunos niños corrían aún por las avenidas, a la luz de las antorchas, y con las arañas de oro que llevaban en la mano lanzaban al aire finos hilos de seda. Aquí Y allá, en las mesas donde burbujeaba la lava de plata, se preparaba alguna cena tardía. En un centenar de pueblos del hemisferio oscuro del planeta, los marcianos, seres morenos, de ojos rasgados y amarillos, se congregaban indolentemente en los anfiteatros. Desde los escenarios una música serena se elevaba en el aire tranquilo, como el aroma de una flor.

En uno de los escenarios cantó una mujer.

El público se sobresaltó.

La mujer dejó de cantar. Se llevó una mano a la garganta. Inclinó la cabeza mirando a los músicos, y comenzaron otra vez.

Los músicos tocaron y la mujer cantó, y esta vez el público suspiró y se inclinó hacia delante en los asientos; unos pocos se pusieron de pie, sorprendidos, y una ráfaga helada atravesó el anfiteatro. La mujer cantaba una canción terrible y extraña. Trataba de impedir que las palabras le brotaran de la boca pero éstas eran las palabras:

Avanza envuelta en belleza, como la noche
de regiones sin nubes y cielos estrellados;
y todo lo mejor de lo oscuro y lo brillante
se une en su rostro y en sus ojos....

La cantante se tapó la boca con las manos, y así permaneció unos instantes, inmóvil, perpleja.

~ ¿Qué significan esas palabras? -preguntaron los músicos.

-¿De dónde viene esa canción?

-¿Qué idioma es ése?

Y cuando los músicos soplaron en los cuernos dorados, la extraña melodía pasó otra vez lentamente por encima del público que ahora estaba de pie y hablaba en voz alta.

-¿Qué te pasa? -se preguntaron los músicos.

-¿Por qué tocabas esa música?

-Y tú, ¿qué tocabas?

La mujer se echo a llorar y huyó del escenario. El público abandonó el anfiteatro. Y en todos los trastornados pueblos marcianos ocurrió algo semejante. Una ola de frío cayó sobre ellos, como una nieve blanca.

En las avenidas sombrías, bajo las antorchas, los niños cantaban:

... y cuando ella llegó, el aparador estaba vacío,
y su pobre perro no tuvo nada...

-¡Niños! -gritaron los adultos-. ¿Qué canción es ésa? ¿Dónde la aprendisteis?

-Se nos ha ocurrido de pronto. Son sólo palabras, palabras que no se entienden.

Las puertas se cerraron. Las calles quedaron desiertas. Sobre las colinas azules se elevó una estrella verde.

En el hemisferio nocturno de Marte los amantes despertaron y escucharon a sus amadas, que cantaban en la oscuridad.

-¿Qué canción es ésa?

Y en mil casas, en medio de la noche, las mujeres se despertaron gritando. Las lágrimas les rodaban por las mejillas y los hombres trataban de calmarlas.

-Vamos, vamos. Duerme. ¿Qué te pasa? ¿Alguna pesadilla?

-Algo terrible va a ocurrir por la mañana.

-Nada puede ocurrir. Todo está muy bien.

Un sollozo histérico:

-¡Se acerca, se acerca! ¡Se acerca cada vez más!

-Nada puede sucedernos. ¿Qué podría sucedernos? Vamos, duerme, duerme.

El alba de Marte fue tranquila, tan tranquila como un pozo fresco y negro, con estrellas que brillaban en las aguas de los canales, y respirando en todos los cuartos, niños que dormían encogidos con arañas en las manos cerradas, y amantes abrazados, y un cielo sin lunas, y antorchas frías, y desiertos anfiteatros de piedra.

Sólo rompió el silencio, poco antes de amanecer, un sereno que caminaba por una calle distante, solitaria y oscura, entonando una canción muy extraña.

AGOSTO DE 1999

Los hombres de la tierra

Quienquiera que fuese el que golpeaba la puerta, no se cansaba de hacerlo.

La señora Ttt abrió la puerta de par en par.

-¿Y bien?

-¡Habla usted inglés!-El hombre, de pie en el umbral, estaba asombrado.

-Hablo lo que hablo-dijo ella.

-¡Un inglés admirable!

El hombre vestía uniforme. Había otros tres con él, excitados, muy sonrientes y muy sucios.

-¿Qué desean?-preguntó la señora Ttt.

-Usted es marciana.-El hombre sonrió.-Esta palabra no le es familiar, ciertamente. Es una expresión terrestre.-Con un movimiento de cabeza señaló a sus compañeros.-Venimos de la Tierra. Yo soy el capitán Williams. Hemos llegado a Marte no hace más de una hora, y aquí estamos, ¡la Segunda Expedición! Hubo una Primera Expedición, pero ignoramos qué les pasó. En fin, ¡henos aquí! Y el primer habitante de Marte que encontramos ¡es usted!

-¿Marte? -preguntó la mujer arqueando las cejas.

-Quiero decir que usted vive en el cuarto planeta a partir del Sol. ¿No es verdad?

-Elemental-replicó ella secamente, examinándolos de arriba abajo.

-Y nosotros-dijo el capitán señalándose a sí mismo con un pulgar sonrosado-somos de la Tierra. ¿No es así, muchachos?

-¡Así es, capitán!-exclamaron los otros a coro.

-Este es el planeta Tyrr-dijo la mujer-, si quieren llamarlo por su verdadero nombre.

-Tyrr, Tyrr. -El capitán rió a carcajadas.- ¡Qué nombre tan lindo! Pero, oiga buena mujer, ¿cómo habla usted un inglés tan perfecto?

-No estoy hablando, estoy pensando-dijo ella- ¡Telepatía! ¡Buenos días!-y dio un portazo.

Casi en seguida volvieron a llamar. Ese hombre espantoso, pensó la señora Ttt.

Abrió la puerta bruscamente.

-¿Y ahora qué?-preguntó.

El hombre estaba todavía en el umbral, desconcertado, tratando de sonreír. Extendió las manos.

-Creo que usted no comprende...

-¿Qué?

El hombre la miró sorprendido:

-¡Venimos de la Tierral!

-No tengo tiempo -dijo la mujer-. Hay mucho que cocinar, y coser, y limpiar... Ustedes, probablemente, querrán ver al señor Ttt. Está arriba, en su despacho.

-Sí-dijo el terrestre, parpadeando confuso-. Permítame ver al señor Ttt, por favor.

-Está ocupado.

La señora Ttt cerró nuevamente la puerta.

Esta vez los golpes fueron de una ruidosa impertinencia.

-¡Oiga!-gritó el hombre cuando la puerta volvió a abrirse-. ¡Este no es modo de tratar a las visitas! -Y entró de un salto en la casa, como si quisiera sorprender a la mujer.

-¡Mis pisos limpios! -gritó ella-. ¡Barro! ¡Fuera! ¡Antes de entrar, límpiese las botas!

El hombre se miró apesadumbrado las botas embarradas.

-No es hora de preocuparse por tonterías -dijo luego-. Creo que ante todo debiéramos celebrar el acontecimiento.-Y miró fijamente a la mujer, como si esa mirada pudiera aclarar la situación.

-¡Si se me han quemado las tortas de cristal-gritó ella-, lo echaré de aquí a bastonazos!

La mujer atisbó unos instantes el interior de un horno encendido y regresó con la cara roja y transpirada. Era delgada y ágil, como un insecto. Tenía ojos amarillos y penetrantes, tez morena, y una voz metálica y aguda.

-Espere un momento. Trataré de que el señor Ttt los reciba. ¿Qué asunto los trae?

El hombre lanzó un terrible juramento, como si la mujer le hubiese martillado una mano.

-¡Dígale que venimos de la Tierra! ¡Que nadie vino antes de allá!

-¿Que nadie vino de dónde? Bueno, no importa -dijo la mujer alzando una mano-. En seguida vuelvo.

El ruido de sus pasos tembló ligeramente en la casa de piedra.

Afuera, brillaba el inmenso cielo azul de Marte, caluroso y tranquilo como las aguas cálidas y profundas de un océano. El desierto marciano se tostaba como una prehistórica vasija de barro. El calor crecía en temblorosas oleadas. Un cohete pequeño yacía en la cima de una colina próxima y las huellas de unas pisadas unían la puerta del cohete con la casa de piedra.

De pronto se oyeron unas voces que discutían en el piso superior de la casa. Los hombres se miraron, se movieron inquietos, apoyándose ya en un pie, ya en otro, y con los pulgares en el cinturón tamborilearon nerviosamente sobre el cuero.

Arriba gritaba un hombre. Una voz de mujer le replicaba en el mismo tono. Pasó un cuarto de hora. Los hombres se pasearon de un lado a otro, sin saber qué hacer.

-¿Alguien tiene cigarrillos?-preguntó uno.

Otro sacó un paquete y todos encendieron un cigarrillo y exhalaron lentas cintas de pálido humo blanco. Los hombres se tironearon los faldones de las chaquetas; se arreglaron los cuellos.

El murmullo y el canto de las voces continuaban. El capitán consultó su reloj.

-Veinticinco minutos -dijo-. Me pregunto qué estarán tramando ahí arriba. -Se paró ante una ventana y miró hacia afuera.

-Qué día sofocante-dijo un hombre.

-Sí-dijo otro.

Era el tiempo lento y caluroso de las primeras horas de la tarde. El murmullo de las voces se apagó. En la silenciosa habitación sólo se oía la respiración de los hombres. Pasó una hora.

-Espero que no hayamos provocado un incidente -dijo el capitán. Se volvió y espió el interior del vestíbulo.

Allí estaba la señora Ttt, regando las plantas que crecían en el centro de la habitación.

-Ya me parecía que había olvidado algo-dijo la mujer avanzando hacia el capitán-. Lo siento-añadió, y le entregó un trozo de papel-. El señor Ttt está muy ocupado. -Se volvió hacia la cocina.-Por otra parte, no es el señor Ttt a quien usted desea ver, sino al señor Aaa. Lleve este papel a la granja próxima, al lado del canal azul, y el señor Aaa les dirá lo que ustedes quieren saber.

-No queremos saber nada-objetó el capitán frunciendo los gruesos labios-. Ya lo sabemos.

-Tienen el papel, ¿qué más quieren?-dijo la mujer con brusquedad, decidida a no añadir una palabra.

-Bueno -dijo el capitán sin moverse, como esperando algo. Parecía un niño, con los ojos clavados en un desnudo árbol de Navidad-. Bueno-repitió-. Vamos, muchachos.

Los cuatro hombres salieron al silencio y al calor de la tarde.

Una media hora después, sentado en su biblioteca, el señor Aaa bebía unos sorbos de fuego eléctrico de una copa de metal, cuando oyó unas voces que venían por el camino de piedra. Se inclinó sobre el alféizar de la ventana y vio a cuatro hombres uniformados que lo miraban entornando los ojos.

-¿El señor Aaa?-le preguntaron.

-El mismo.

-¡Nos envía el señor Ttt!-gritó el capitán.

-¿Y por qué ha hecho eso?

-¡Estaba ocupado!

-¡Qué lástima! -dijo el señor Aaa, con tono sarcástico-. ¿Creerá que estoy aquí para atender a las gentes que lo molestan?

-No es eso lo importante, señor-replicó el capitán.

-Para mí, sí. Tengo mucho que leer. El señor Ttt es un desconsiderado. No es la primera vez que se comporta de este modo. No mueva usted las manos, señor. Espere a que termine. Y preste atención. La gente suele escucharme cuando hablo. Y usted me escuchará cortésmente o no diré una palabra.

Los cuatro hombres de la calle abrieron la boca, se movieron incómodos, y por un momento las lágrimas asomaron a los ojos del capitán.

-¿Le parece a usted bien-sermoneó el señor Aaa- que el señor Ttt haga estas cosas?

Los cuatro hombres alzaron los ojos en el calor.

-¡Venimos de la Tierra!-dijo el capitán.

-A mí me parece que es un mal educado-continuó el señor Aaa.

-En un cohete. Venimos en un cohete.

-No es la primera vez que Ttt comete estas torpezas.

-Directamente desde la Tierra.

-Me gustaría llamarlo y decirle lo que pienso.

-Nosotros cuatro, yo y estos tres hombres, mi tripulación.

-¡Lo llamaré, sí, voy a llamarlo!

-Tierra. Cohete. Hombres. Viaje. Espacio.

-¡Lo llamaré y tendrá que oírme! -gritó el señor Aaa, y desapareció como un títere de un escenario.

Durante unos instantes se oyeron unas voces coléricas que iban y venían por algún extraño aparato. Abajo, el capitán y su tripulación miraban tristemente por encima del hombro el hermoso cohete que yacía en la colina, tan atractivo y delicado y brillante.

El señor Aaa reapareció de pronto en la ventana, con un salvaje aire de triunfo.

-¡Lo he retado a duelo, por todos los dioses! ¡A duelo!

-Señor Aaa... -comenzó otra vez el capitán con voz suave.

-¡Lo voy a matar! ¿Me oye?

-Señor Aaa, quisiera decirle que hemos viajado noventa millones de kilómetros.

El señor Aaa miró al capitán por primera vez.

-¿De dónde dice que vienen?

El capitán emitió una blanca sonrisa.

-Al fin nos entendemos-les murmuró en un aparte a sus hombres, y le dijo al señor Aaa-: Recorrimos noventa millones de kilómetros. ¡Desde la Tierra!

El señor Aaa bostezó.

-En esta época del año la distancia es sólo de setenta y cinco millones de kilómetros. -Blandió un arma de aspecto terrible.- Bueno, tengo que irme. Lleven esa estúpida nota, aunque no sé de qué les servirá, a la aldea de Iopr, sobre la colina y hablen con el señor Iii. Ése es el hombre a quien quieren ver. No al señor Ttt. Ttt es un idiota, y voy a matarlo. Ustedes, además, no son de mi especialidad.

-Especialidad, especialidad-baló el capitán-. ¿Pero es necesario ser un especialista para dar la bienvenida a hombres de la Tierra?

-No sea tonto, todo el mundo lo sabe.

El señor Aaa desapareció. Apareció unos instantes después en la puerta y se alejó velozmente calle abajo.

-¡Adiós! -gritó.

Los cuatro viajeros no se movieron, desconcertados. Finalmente dijo el capitán:

-Ya encontraremos quien nos escuche.

-Quizá debiéramos irnos y volver-sugirió un hombre con voz melancólica-. Quizá debiéramos elevarnos y descender de nuevo. Darles tiempo de organizar una fiesta.

-Puede ser una buena idea-murmuró fatigado el capitán.

En la aldea la gente salía de las casas y entraba en ellas, saludándose, y llevaba máscaras doradas, azules y rojas, máscaras de labios de plata y cejas de bronce, máscaras serias o sonrientes, según el humor de sus dueños.

Los cuatro hombres, sudorosos luego de la larga caminata, se detuvieron y le preguntaron a una niñita dónde estaba la casa del señor Iii.

-Ahí-dijo la niña con un movimiento de cabeza.

El capitán puso una rodilla en tierra, solemnemente, cuidadosamente, y miró el rostro joven y dulce.

-Oye, niña, quiero decirte algo.

La sentó en su rodilla y tomó entre sus manazas las manos diminutas y morenas, como si fuera a contarle un cuento de hadas preciso y minucioso.

-Bien, te voy a contar lo que pasa. Hace seis meses otro cohete vino a Marte. Traía a un hombre llamado York y a su ayudante. No sabemos qué les pasó. Quizá se destrozaron al descender. Vinieron en un cohete, como nosotros. Debes de haberlo visto. ¡Un gran cohete! Por lo tanto nosotros somos la Segunda Expedición. Y venimos directamente de la Tierra...

La niña soltó distraídamente una mano y se ajustó a la cara una inexpresiva máscara dorada. Luego sacó de un bolsillo una araña de oro y la dejó caer. El capitán seguía hablando. La araña subió dócilmente a la rodilla de la niña, que la miraba sin expresión por las hendiduras de la máscara. El capitán zarandeó suavemente a la niña y habló con una voz más firme:

-Somos de la Tierra, ¿me crees?

-Sí-respondió la niña mientras observaba cómo los dedos de los pies se le hundían en la arena.

-Muy bien. -El capitán le pellizcó un brazo, un poco porque estaba contento y un poco porque quería que ella lo mirase.-Nosotros mismos hemos construido este cohete. ¿Lo crees, no es cierto?

La niña se metió un dedo en la nariz.

-Sí-dijo.

-Y... Sácate el dedo de la nariz, niñita... Yo soy el capitán y...

-Nadie hasta hoy cruzó el espacio en un cohete -recitó la criatura con los ojos cerrados.

-¡Maravilloso! ¿Cómo lo sabes?

-Oh, telepatía... -respondió la niña limpiándose distraídamente el dedo en una pierna.

-Y bien, ¿eso no te asombra? -gritó el capitán-. ¿No estás contenta?

-Será mejor que vayan a ver en seguida al señor Iii -dijo la niña, y dejó caer su juguete-. Al señor lii le gustará mucho hablar con ustedes.

La niña se alejó. La araña echó a correr obedietemente detrás de ella.

El capitán, en cuclillas, se quedó mirándola, con las manos extendidas, la boca abierta y los ojos húmedos.

Los otros tres hombres, de pie sobre sus sombras, escupieron en la calle de piedra.

El señor Iii abrió la puerta. Salía en ese momento para una conferencia, pero podía concederles unos instantes si se decidían a entrar y le informaban brevemente del objeto de la visita.

-Un minuto de atención-dijo el capitán, cansado, con los ojos enrojecidos-. Venimos de la Tierra, en un cohete; somos cuatro: tripulación y capitán; estamos exhaustos, hambrientos, y quisiéramos encontrar un sitio para dormir. Nos gustaría que nos dieran la llave de la ciudad, o algo parecido, y que alguien nos estrechara la mano y nos dijera: "¡Bravo!" y "¡Enhorabuena, amigos!" Eso es todo.

El señor lii era alto, vaporoso, delgado, y llevaba unas gafas de gruesos cristales azules sobre los ojos amarillos. Se inclinó sobre el escritorio y se puso a estudiar unos papeles. De cuando en cuando alzaba la vista y observaba con atención a sus visitantes.

-No creo tener aquí los formularios -dijo revolviendo los cajones del escritorio-. ¿Dónde los habré puesto? Deben de estar en alguna parte... ¡Ah, sí, aquí! -Le alcanzó al capitán unos papeles.-Tendrá usted que firmar, por supuesto.

-¿Tenemos que pasar por tantas complicaciones? -preguntó el capitán.

El señor Iii le lanzó una mirada vidriosa.

-¿No dice que viene de la Tierra? Pues tiene que firmar.

El capitán escribió su nombre.

-¿Es necesario que firmen también los tripulantes?

El señor Iii miró al capitán, luego a los otros tres y estalló en una carcajada burlona.

-¡Que ellos firmen! ¡Ah, admirable! ¡Que ellos, oh, que ellos firmen!-Los ojos se le llenaron de lágrimas. Se palmeó una rodilla y se dobló en dos sofocado por la risa. Se apoyó en el escritorio.-¡Que ellos firmen!

Los cuatro hombres fruncieron el ceño.

-¿Es tan gracioso?

-¡Que ellos firmen!-suspiró el señor Iii, debilitado por su hilaridad-. Tiene gracia. Debo contárselo al señor Xxx.

Examinó el formulario, riéndose aún a ratos.

-Parece que todo está bien. -Movió afirmativamente la cabeza.- Hasta su conformidad para una posible eutanasia -cloqueó.

-¿Conformidad para qué?

-Cállese. 'I'engo algo para usted. Aquí está. La llave.

El capitán se sonrojó.

-Es un gran honor...

-¡No es la llave de la ciudad, imbécil! -ladró el señor Iii-. Es la de la Casa. Vaya por aquel pasillo, abra la puerta grande, entre y cierre bien. Puede pasar allí la noche. Por la mañana le mandaré al señor Xxx.

El capitán titubeó, tomó la llave y se quedó mirando fijamente las tablas del piso. Sus hombres tampoco se movieron. Parecían secos, vacíos, como si hubiesen perdido toda la pasión y la fiebre del viaje.

-¿Qué le pasa? -preguntó el señor Iii-. ¿Qué espera? ¿Qué quiere? -Se adelantó y estudió de cerca el rostro del capitán.- ¡Váyase!

-Me figuro que no podría usted... -sugirió el capitán-, quiero decir... En fin... Hemos trabajado mucho, hemos hecho un largo viaje y quizá pudiera usted estrecharnos la mano y darnos la enhorabuena -añadió con voz apagada-. ¿No le parece?

El señor Iii le tendió rígidamente la mano y le sonrió con frialdad.

-¡Enhorabuena!-y apartándose dijo-: Ahora tengo que irme. Utilice esa llave.

Sin fijarse más en ellos, como si se hubieran filtrado a través del piso, el señor Iii anduvo de un lado a otro por la habitación, llenando con papeles una cartera. Se entretuvo en la oficina otros cinco minutos, pero sin dirigir una sola vez la palabra al solemne cuarteto inmóvil, cabizbajo, de piernas de plomo, brazos colgantes y mirada apagada.

Al fin cruzó la puerta, absorto en la contemplación de sus uñas...

Avanzaron pesadamente por el pasillo, en la penumbra silenciosa de la tarde, hasta llegar a una pulida puerta de plata. La abrieron con la llave, también de plata, entraron, cerraron, y se volvieron.

Estaban en un vasto aposento soleado. Sentados o de pie, en grupos, varios hombres y mujeres conversaban junto a las mesas. Al oír el ruido de la puerta miraron a los cuatro hombres de uniforme.

Un marciano se adelantó y los saludó con una reverencia.

-Yo soy el señor Uuu.

-Y yo soy el capitán Jonathan Williams, de la ciudad de Nueva York, de la Tierra-dijo el capitán sin mucho entusiasmo.

Inmediatamente hubo una explosión en la sala.

Los muros temblaron con los gritos y exclamaciones. Hombres y mujeres gritando de alegría, derribando las mesas, tropezando unos con otros, corrieron hacia los terrestres y, levantándolos en hombros, dieron seis vueltas completas a la sala, saltando, gesticulando y cantando.

Los terrestres estaban tan sorprendidos que durante un minuto se dejaron llevar por aquella marea de hombros antes de estallar en risas y gritos.

-¡Esto se parece más a lo que esperábamos!

-¡Esto es vida! ¡Bravo! ¡Bravo!

Se guiñaban alegremente los ojos, alzaban los brazos, golpeaban el aire

-¡Hip! ¡Hip! -gritaban.

-¡Hurra! -respondía la muchedumbre.

Al fin los pusieron sobre una mesa. Los gritos cesaron. El capitán estaba a punto de llorar:

-Gracias. Gracias. Esto nos ha hecho mucho bien.

-Cuéntenos su historia-sugirió el señor Uuu.

El capitán carraspeó y habló, interrumpido por los ¡oh! y ¡ah! del auditorio. Presentó a sus compañeros, y todos pronunciaron un discursito, azorados por el estruendo de los aplausos.

El señor Uuu palmeó al capitán.

-Es agradable ver a otros de la Tierra. Yo también soy de allí.

-¿Qué ha dicho usted?

-Aquí somos muchos los terrestres.

El capitán lo miró fijamente.

-¿Usted? ¿Terrestre? ¿Es posible? ¿Vino en un cohete? ¿Desde cuándo se viaja por el espacio?-Parecía decepcionado.- ¿De qué... de qué país es usted?

-De Tuiereol. Vine hace años en el espíritu de mi cuerpo.

-Tuiereol.-El capitán articuló dificultosamente la palabra.-No conozco ese país. ¿Qué es eso del espíritu del cuerpo?

-También la señorita Rrr es terrestre. ¿No es cierto, señorita Rrr?

La señorita Rrr asintió con una risa extraña.

-También el señor Www, el señor Qqq y el señor Vw.

-Yo soy de Júpiter-dijo uno pavoneándose.

-Yo de Saturno-dijo otro. Los ojos le brillaban maliciosamente.

-Júpiter, Saturno -murmuró el capitán, parpadeando.

Todos callaron; los marcianos, ojerosos, de pupilas amarillas y brillantes, volvieron a agruparse alrededor de las mesas de banquete, extrañamente vacías. El capitán observó, por primera vez, que la habitación no tenía ventanas. La luz parecía filtrarse por las paredes. No había más que una puerta.

-Todo esto es confuso. ¿Dónde diablo está Tuiereol? ¿Cerca de América?-dijo el capitán.

-¿Que es América?

-¿No ha oído hablar del continente americano y dice que es terrestre?

El señor Uuu se irguió enojado.

-La Tierra está cubierta de mares, es sólo mar. No hay continentes. Yo soy de allí y lo sé.

El capitán se echó hacia atrás en su silla.

-Un momento, un momento. Usted tiene cara de marciano, ojos amarillos, tez morena.

-La Tierra es sólo selvas -dijo orgullosamente la señorita Rrr-. Yo soy de Orri, en la Tierra; una civilización donde todo es de plata.

El capitán miró sucesivamente al señor Uuu, al señor Www, al señor Zzz, al señor Nnn, al señor Hhh y al señor Bbb, y vio que los ojos amarillos se fundían y apagaban a la luz, y se contraían y dilataban. Se estremeció, se volvió hacia sus hombres y los miró sombríamente.

-¿Comprenden qué es esto?

-¿Qué, señor?

-No es una celebración-contestó agotado el capitán-. No es un banquete. Estas gentes no son representantes del gobierno. Esta no es una surprise party. Mírenles los ojos. Escúchenlos.

Retuvieron el aliento. En la sala cerrada sólo había un suave movimiento de ojos blancos.

-Ahora entiendo -dijo el capitán con voz muy lejana-por qué todos nos daban papelitos y nos pasaban de uno a otro, y por qué el señor Iii nos mostró un pasillo y nos dio una llave para abrir una puerta y cerrar una puerta. Y aquí estamos...

-¿Dónde, capitán?

-En un manicomio.

Era de noche. En la vasta sala silenciosa, tenuemente alumbrada por unas luces ocultas en los muros transparentes, los cuatro terrestres, sentados alrededor de una mesa de madera conversaban en voz baja, con los rostros juntos y pálidos. Hombres y mujeres yacían desordenadamente por el suelo. En los rincones oscuros había leves estremecimientos: hombres o mujeres solitarios que movían las manos. Cada media hora uno de los terrestres intentaba abrir la puerta de plata.

-No hay nada que hacer. Estamos encerrados.

-¿Creen realmente que somos locos, capitán?

-No hay duda. Por eso no se entusiasmaron al vernos. Se limitaron a tolerar lo que entre ellos debe de ser un estado frecuente de psicosis. -Señaló las formas oscuras que yacían alrededor.-Paranoicos todos. ¡Qué bienvenida! -Una llamita se alzó y murió en los ojos del capitán.-Por un momento creí que nos recibían como merecíamos. Gritos, cantos y discursos. Todo estuvo muy bien, ¿no es cierto? Mientras duró.

-¿Cuánto tiempo nos van a tener aquí?

Hasta que demostremos que no somos psicópatas.

-Eso será fácil.

-Espero que sí.

-No parece estar muy seguro

-No lo estoy. Mire aquel rincón.

De la boca de un hombre en cuclillas brotó una llama azul. La llama se transformó en una mujercita desnuda, y susurrando y suspirando se abrió como una flor en vapores de color cobalto.

El capitán señaló otro rincón. Una mujer, de pie, se encerró en una columna de cristal; luego fue una estatua dorada, después una vara de cedro pulido, y al fin otra vez una mujer.

En la sala oscurecida todos exhalaban pequeñas llamas violáceas móviles y cambiantes, pues la noche era tiempo de transformaciones y aflicción.

-Magos, brujos-susurró un terrestre.

-No, alucinados. Nos comunican su demencia y vemos así sus alucinaciones. Telepatía. Autosugestión y telepatía.

-¿Y eso le preocupa, capitán?

-Sí. Si esas alucinaciones pueden ser tan reales, tan contagiosas, tanto para nosotros como para cualquier otra persona, no es raro que nos hayan tomado por psicópatas. Si aquel hombre es capaz de crear mujercitas de fuego azul, y aquella mujer puede transformarse en una columna, es muy natural que los marcianos normales piensen que también nosotros hemos creado nuestro cohete.

-Oh-exclamaron sus hombres en la oscuridad.

Las llamas azules brotaban alrededor de los terrestres, brillaban un momento, y se desvanecían. Unos diablillos de arena roja corrían entre los dientes de los hombres dormidos. Las mujeres se transformaban en serpientes aceitosas. Había un olor de reptiles y bestias.

Por la mañana todos estaban de pie, frescos, contentos, y normales. No había llamas ni demonios. El capitán y sus hombres se habían acercado a la puerta de plata, con la esperanza de que se abriera.

El señor Xxx llegó unas cuatro horas después. Los terrestres sospecharon que había estado esperando del otro lado de la puerta, espiándolos por lo menos durante tres horas. Con un gesto les pidió que lo acompañaran a una oficina pequeña.

Era un hombre jovial, sonriente, si se lo juzgaba por su máscara. En ella estaban pintadas no una sonrisa, sino tres.

Detrás de la máscara, su voz era la de un psiquiatra no tan sonriente.

-Y bien, ¿qué pasa?

-Usted cree que estamos locos, y no lo estamos-dijo el capitán.

-Yo no creo que todos estén locos-replicó el psiquiatra señalando con una varita al capitán-. El único loco es usted. Los otros son alucinaciones secundarias.

El capitán se palmeó una rodilla.

-¡Ah, es eso! ¡Ahora comprendo por qué se rió el señor Iii cuando sugerí que mis hombres firmaran los papeles!

El psiquiatra rió a través de su sonrisa tallada.

-Sí, ya me lo contó el señor Iii. Fue una broma excelente. ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí. Alucinaciones secundarias. A veces vienen a verme mujeres con culebras en las orejas. Cuando las curo, las culebras se disipan.

-Nosotros nos alegraremos de que nos cure. Siga.

El señor Xxx pareció sorprenderse

-Es raro. No son muchos los que quieren curarse. Le advierto a usted que el tratamiento es muy severo.

-¡Siga curándonos! Pronto sabrá que estamos cuerdos.

-Permítame que examine sus papeles. Quiero saber si están en orden antes de iniciar el tratamiento.- Y el señor Xxx examinó el contenido de una carpeta.- Sí. Los casos como el suyo necesitan un tratamiento especial. Las personas de aquella sala son casos muy simples. Pero cuando se llega como usted, debo advertírselo, a alucinaciones primarias, secundarias, auditivas, olfativas y labiales, y a fantasías táctiles y ópticas, el asunto es grave. Es necesario recurrir a la eutanasia.

El capitán se puso en pie de un salto y rugió:

-Mire, ¡ya hemos aguantado bastante! ¡Sométanos a sus pruebas, verifique los reflejos, auscúltenos, exorcícenos, pregúntenos!

-Hable libremente.

El capitán habló, furioso, durante una hora. El psiquiatra escuchó.

-Increíble. Nunca oí fantasía onírica más detallada.

-¡No diga estupideces! ¡Le enseñaremos nuestro cohete!-gritó el capitán.

-Me gustaría verlo. ¿Puede usted manifestarlo en esa habitación?

-Por supuesto. Está en ese fichero, en la letra C.

El señor Xxx examinó atentamente el fichero, emitió un sonido de desaprobación, y lo cerró solemnemente.

-¿Por qué me ha engañado usted? El cohete no está aquí.

-Claro que no, idiota. Ha sido una broma. ¿Bromea un loco?

-Tiene usted unas bromas muy raras. Bueno, salgamos. Quiero ver su cohete.

Era mediodía. Cuando llegaron al cohete hacía mucho calor.

-Ajá.

El psiquiatra se acercó a la nave y la golpeó. El metal resonó suavemente.

-¿Puedo entrar?-preguntó con picardía.

-Entre.

El señor Xxx desapareció en el interior del cohete.

-Esto es exasperante -dijo el capitán, mordisqueando un cigarro-. Volvería gustoso a la Tierra y les aconsejaría no ocuparse más de Marte. ¡Qué gentes más desconfiadas!

-Me parece que aquí hay muchos locos, capitán. Por eso dudan tanto quizá.

-Sí, pero es muy irritante.

El psiquiatra salió de la nave después de hurgar, golpear, escuchar, oler y gustar durante media hora.

-Y bien, ¿está usted convencido?-gritó el capitán como si el señor Xxx fuera sordo.

El psiquiatra cerró los ojos y se rascó la nariz.

-Nunca conocí ejemplo más increíble de alucinación sensorial y sugestión hipnótica. He examinado el "cohete", como lo llama usted. -Golpeó la coraza.-Lo oigo. Fantasía auditiva.-Inspiró.-Lo huelo. Alucinación olfativa inducida por telepatía sensorial.-Acercó sus labios al cohete.-Lo gusto. Fantasía labial.

El psiquiatra estrechó la mano del capitán:

-¿Me permite que lo felicite? ¡Es usted un genio psicópata! Ha hecho usted un trabajo completo. La tarea de proyectar una imaginaria vida psicópata en la mente de otra persona por medio de la telepatía, y evitar que las alucinaciones se vayan debilitando sensorialmente, es casi imposible. Las gentes de mi pabellón se concentran habitualmente en fantasías visuales, o cuando más en fantasías visuales y auditivas combinadas. ¡Usted ha logrado una síntesis total! ¡Su demencia es hermosísimamente completa!

El capitán palideció:

-¿Mi demencia?

-Sí. Qué demencia más hermosa. Metal, caucho, gravitadores, comida, ropa, combustible, armas, escaleras, tuercas, cucharas. He comprobado que en su nave hay diez mil artículos distintos. Nunca había visto tal complejidad. Hay hasta sombras debajo de las literas y debajo de todo. ¡Qué poder de concentración! Y todo, no importan cuándo o cómo se pruebe, tiene olor, solidez, gusto, sonido. Permítame que lo abrace.-El psiquiatra abrazó al capitán.- Consignaré todo esto en lo que será mi mejor monografía. El mes que viene hablaré en la Academia Marciana. Mírese. Ha cambiado usted hasta el color de sus ojos, del amarillo al azul, y la tez de morena a sonrosada. ¡Y su ropa, y sus manos de cinco dedos en vez de seis! ¡Metamorfosis biológica a través del desequilibrio psicológico! Y sus tres amigos...

El señor Xxx sacó un arma pequeña:

-Es usted incurable, por supuesto. ¡Pobre hombre admirable! Muerto será más feliz. ¿Quiere usted confiarme su última voluntad?

-¡Quietos por Dios! ¡No haga fuegol!

-Pobre criatura. Lo sacaré de esa miseria que lo llevó a imaginar este cohete y estos tres hombres. Será interesantísimo ver cómo sus amigos y su cohete se disipan en cuanto yo lo mate. Con lo que observe hoy escribiré un excelente informe sobre la disolución de las imágenes neuróticas.

-¡Soy de la Tierra! Me llamo Jonathan Williams y estos...

-Sí, ya lo sé-dijo suavemente el señor Xxx, y disparó su arma.

El capitán cayó con una bala en el corazón. Los otros tres se pusieron a gritar.

El señor Xxx los miró sorprendido.

-¿Siguen ustedes existiendo? ¡Soberbio! Alucinaciones que persisten en el tiempo y en el espacio.-Apuntó hacia ellos.-Bien, los disolveré con el miedo.

-¡No! -gritaron los tres hombres.

-Petición auditiva, aun muerto el paciente-observó el señor Xxx mientras los hacía caer con sus disparos.

Quedaron tendidos en la arena, intactos, inmóviles El señor Xxx los tocó con la punta del pie y luego golpeó la coraza del cohete.

-¡Persiste! ¡Persisten!-exclamó y disparó de nuevo su arma, varias veces, contra los cadáveres. Dio un paso atrás. La máscara sonriente se le cayó de la cara.

-Alucinaciones-murmuró aturdidamente-. Gusto. Vista. Olor. Tacto. Sonido.

El rostro del menudo psiquiatra cambió lentamente. Se le aflojaron las mandíbulas. Soltó el arma. Miró alrededor con ojos apagados y ausentes. Extendió las manos como un ciego, y palpó los cadáveres, sintiendo que la saliva le llenaba la boca.

Movió, débilmente las manos, desorbitado, babeando.

-¡Váyanse!-les gritó a los cadáveres-. ¡Váyase!-le gritó al cohete.

Se examinó las manos temblorosas.

-Contaminado-susurró-. Víctima de una transferencia. Telepatía. Hipnosis. Ahora soy yo el loco. Contaminado. Alucinaciones en todas sus formas.-Se detuvo y con manos entumecidas buscó a su alrededor el arma.-Hay sólo una cura, sólo una manera de que se vayan, de que desaparezcan.

Se oyó un disparo.

Los cuatro cadáveres yacían al sol; el señor Xxx cayó junto a ellos

El cohete, reclinado en la colina soleada, no desapareció

Cuando en el ocaso del día la gente del pueblo encontró el cohete, se preguntó qué sería aquello. Nadie lo sabía; por lo tanto fue vendido a un chatarrero, que se lo llevó para desmontarlo y venderlo como hierro viejo.

Aquella noche llovió continuamente. El día siguiente fue bueno y caluroso.

MARZO DE 2000

El contribuyente

Quería ir a Marte en el cohete. Bajó a la pista en las primeras horas de la mañana y a través de los alambres les dijo a gritos a los hombres uniformados que quería ir a Marte. Les dijo que pagaba impuestos, que se llamaba Pritchard y que tenía el derecho de ir a Marte. ¿No había nacido allí mismo en Ohio? ¿No era un buen ciudadano? Entonces, ¿por qué no podía ir a Marte? Los amenazó con los puños y les dijo que quería irse de la Tierra; todas las gentes con sentido común querían irse de la Tierra. Antes que pasaran dos años iba a estallar una gran guerra atómica, y él no quería estar en la Tierra en ese entonces. Él y otros miles como él, todos los que tuvieran un poco de sentido común, se irían a Marte. Ya lo iban a ver. Escaparían de las guerras, la censura, el estatismo, el servicio militar, el control gubernamental de esto o aquello, del arte y de la ciencia. ¡Que se quedaran otros! Les ofrecía la mano derecha, el corazón, la cabeza, por la oportunidad de ir a Marte. ¿Qué había que hacer, qué había que firmar, a quién había que conocer para embarcar en un cohete?

Los hombres de uniforme se rieron de él a través de los alambres. No quería ir a Marte, le dijeron. ¿No sabía que las dos primeras expediciones habían fracasado y que probablemente todos sus hombres habían muerto?

No podían demostrarlo, no podían estar seguros, dijo Pritchard, agarrándose a los alambres. Era posible que allá arriba hubiera un país de leche y miel, y que el capitán York y el capitán Williams no hubieran querido regresar. ¿Le abrirían el portón para dejarlo subir al Tercer Cohete Expedicionario, o lo rompería él mismo a puntapiés?

Le dijeron que se callara.

Vio a los hombres que iban hacia el cohete.

-¡Espérenme! -les gritó-. ¡No me dejen en este mundo terrible! ¡Quiero irme! ¡Va a haber una guerra atómica! ¡No me dejen en la Tierra!

Lo sacaron de allí a rastras. Cerraron de un golpe la portezuela del coche policial y se lo llevaron al alba con la cara pegada a la ventanilla trasera. Poco antes que la sirena del automóvil comenzara a sonar, al acercarse una curva, vio el fuego rojo, y oyó el ruido terrible y sintió la trepidación con que el cohete plateado se elevó abandonándolo en una ordinaria mañana de lunes en el ordinario planeta Tierra.

ABRIL DE 2000

La tercera expedición

La nave vino del espacio. Vino de las estrellas, y las velocidades negras, y los movimientos brillantes, y los silenciosos abismos del espacio. Era una nave nueva, con fuego en las entrañas y hombres en las celdas de metal, y se movía en un silencio limpio, vehemente y cálido. Llevaba diecisiete hombres, incluyendo un capitán. En la pista de Ohio la muchedumbre había gritado agitando las manos a la luz del sol, y el cohete había florecido en ardientes capullos de color y había escapado alejándose en el espacio ¡en el tercer viaje a Marte!

Ahora estaba desacelerando con una eficiencia metálica en las atmósferas superiores de Marte. Era todavía hermoso y fuerte. Había avanzado como un pálido leviatán marino por las aguas de medianoche del espacio; había dejado atrás la luna antigua y se había precipitado al interior de una nada que seguía a otra nada. Los hombres de la tripulación se habían golpeado, enfermado y curado, alternadamente. Uno había muerto, pero los dieciséis sobrevivientes, con los ojos claros y las caras apretadas contra las ventanas de gruesos vidrios, observaban ahora cómo Marte oscilaba subiendo debajo de ellos.

-¡Marte! -exclamó el navegante Lustig.

-¡El viejo y simpático Marte! -dijo Samuel Hinkston, arqueólogo.

-Bien -dijo el capitán John Black.

El cohete se posó en un prado verde. Afuera, en el prado, había un ciervo de hierro. Más allá, se alzaba una alta casa victoriana, silenciosa a la luz del sol, toda cubierta de volutas y molduras rococó, con ventanas de vidrios coloreados: azules y rosas y verdes y amarillos. En el porche crecían unos geranios, y una vieja hamaca colgaba del techo y se balanceaba, hacia atrás, hacia delante, hacia atrás, hacia delante, mecida por la brisa. La casa estaba coronada por una cúpula, con ventanas de vidrios rectangulares y un techo de caperuza. Por la ventana se podía ver una pieza de música titulada Hermoso Ohio, en un atril.

Alrededor del cohete y en las cuatro direcciones se extendía el pueblo, verde y tranquilo bajo el cielo primaveral de Marte. Había casas blancas y de ladrillos rojos, y álamos altos que se movían en el

viento, y arces y castaños, todos altos. En el campanario de la iglesia dormían unas campanas doradas.

Los hombres del cohete miraron fuera y vieron todo esto. Luego se miraron unos a otros y miraron otra vez fuera, pálidos, tomándose de los codos, como si no pudieran respirar.

-Demonios -dijo Lustig en voz baja, frotándose torpemente los ojos-. Demonios.

-No puede ser -dijo Samuel Hinkston.

Se oyó la voz del químico.

-Atmósfera enrarecida, señor, pero segura. Hay suficiente oxígeno.

-Entonces saldremos -dijo Lustig.

-Esperen -replicó el capitán John Black-. ¿Qué es esto en realidad?

-Es un pueblo, con aire enrarecido, pero respirable, señor.

-Y es un pueblo idéntico a los pueblos de la Tierra -dijo Hinkston el arqueólogo-. Increíble. No puede ser, pero es.

El capitán John Black lo miró inexpresivamente.

-¿Cree usted posible que las civilizaciones de dos planetas marchen y evolucionen de la misma manera, Hinkston?

-Nunca lo hubiera pensado, capitán.

El capitán se acercó a la ventana.

-Miren. Geranios. Una planta de cultivo. Esa variedad específica se conoce en la Tierra sólo desde hace cincuenta años. Piensen cómo evolucionan las plantas, durante miles de años. Y luego díganme si es lógico que los marcianos tengan: primero, ventanas con vidrios emplomados; segundo, cúpulas; tercero, columpios en ¡Os Porches!; cuarto, un instrumento que parece un piano y que probablemente es un piano; y quinto, si miran ustedes detenidamente por la lente telescópica, ¿es lógico que un compositor marciano haya compuesto una pieza de música titulada, aunque parezca mentira, Hermoso Ohio? ¡Esto querría decir que hay un río Ohio en Marte!

-¡El capitán Williams, por supuesto! -exclamó Hinkston.

-¿Qué?

-El capitán Williams y su tripulación de tres hombres. 0 Nathaniel York y su compañero. ¡Eso lo explicaría todo!

-Eso no explicaría nada. Según parece, el cohete de York estalló el día que llegó a Marte, y York y su compañero murieron. En cuanto a Williams y sus tres hombres, el cohete fue destruido al día siguiente de haber llegado. Al menos las pulsaciones de los transmisores cesaron entonces. Si hubieran sobrevivido, se habrían comunicado con nosotros. De todos modos, desde la expedición de York sólo ha pasado un año, y el capitán Williams y sus hombres llegaron aquí en el mes de agosto.

Suponiendo que estén vivos, ¿hubieran podido construir un pueblo como éste y envejecerlo en tan poco tiempo, aun con la ayuda de una brillante raza marciana? Miren el pueblo; está ahí desde hace por lo menos setenta años. Miren la madera de ese porche; miren esos árboles, ¡todos centenarios! No, esto no es obra de York o Williams. Es otra cosa, y no me gusta. Y no saldré de la nave antes de aclararlo.

-Además -dijo Lustig---, Williams y sus hombres, y también York, descendieron en el lado opuesto de Marte. Nosotros hemos tenido la precaución de descender en este lado.

-Excelente argumento. Como es posible que una tribu marciana hostil haya matado a York y a Williams, nos ordenaron que descendiéramos en una región alejada, para evitar otro desastre. Estamos por lo tanto, o así parece, en un lugar que Williams y York no conocieron.

-Maldita sea --dijo Hinkston-. Yo quiero ir al pueblo, capitán, con el permiso de usted. Es posible que en todos los planetas de nuestro sistema solar haya pautas similares de ideas, diagramas de civilización. ¡Quizás estemos en el umbral del descubrimiento psicológico y metafísico más importante de nuestra época!

-Yo quisiera esperar un rato -dijo el capitán John Black.

-Es posible, señor, que estemos en presencia de un fenómeno que demuestra por primera vez, y plenamente, la existencia de Dios, señor.

-Muchos buenos creyentes no han necesitado esa prueba, señor Hinkston.

-Yo soy uno de ellos, capitán. Pero es evidente que un pueblo como éste no puede existir sin intervención divina. ¡Esos detalles! No sé si reír o llorar.

-No haga ni una cosa ni otra, por lo menos hasta saber con qué nos enfrentamos.

-¿Con qué nos enfrentamos? -dijo Lustig---. Con nada, capitán. Es un pueblo agradable, verde y tranquilo, un poco anticuado como el pueblo donde nací. Me gusta el aspecto que tiene.

-¿Cuándo nació usted, Lustig?

-En mil novecientos cincuenta.

-¿Y usted, Hinkston?

-En mil novecientos cincuenta y cinco. En Grinnell, Iowa. Y este pueblo se parece al mío.

-Hinkston, Lustig, yo podría ser el padre de cualquiera de ustedes. Tengo ochenta años cumplidos. Nací en mil novecientos veinte, en Illinois, y con la ayuda de Dios y de la ciencia, que en los últimos cincuenta años ha logrado rejuvenecer a los viejos, aquí estoy, en Marte, no más cansado que los demás, pero infinitamente más receloso. Este pueblo, quizá pacífico y acogedor, se parece tanto a Green Bluff, Illinois, que me espanta. Se parece demasiado a Green Bluff. -Y volviéndose hacia el radiotelegrafista, añadió-: Comuníquese con la Tierra. Dígales que hemos llegado. Nada más. Dígales que mañana enviaremos un informe completo.

-Bien, capitán.

El capitán acercó al ojo de buey una cara que tenía que haber sido la de un octogenario, pero que parecía la de un hombre de unos cuarenta años.

-Le diré lo que vamos a hacer, Lustig. Usted, Hinkston y yo daremos una vuelta por el pueblo. Los demás se quedan a bordo. Si Ocurre algo, se irán en seguida. Es mejor perder tres hombres que toda una nave. Si ocurre algo malo, nuestra tripulación puede avisar al próximo cohete. Creo que será el del capitán Wilder, que saldrá en la próxima Navidad. Si en Marte hay algo hostil queremos que el próximo cohete venga bien armado.

-También lo estamos nosotros. Disponemos de un verdadero arsenal.

-Entonces, dígale a los hombres que se queden al pie del cañón. Vamos, Lustig, Hinkston.

Los tres hombres salieron juntos por las rampas de la nave.

Era un hermoso día de primavera. Un petirrojo posado en un manzano en flor cantaba continuamente. Cuando el viento rozaba las ramas verdes, caía una lluvia de pétalos de nieve, y el aroma de los capullos flotaba en el aire. En alguna parte del pueblo alguien tocaba el piano, y la música iba y venía e iba, dulcemente, lánguidamente. La canción era Hermosa soñadora. En alguna otra parte, en un gramófono, chirriante y apagado, siseaba un disco de Vagando al anochecer, cantado por Harry Lauder.

Los tres hombres estaban fuera del cohete. jadearon aspirando el aire enrarecido, y luego echaron a andar, lentamente, como para no fatigarse.

Ahora el disco del gramófono cantaba:

Oh, dame una noche de junio,
la luz de la luna y tú

Lustig se echó a temblar. Samuel Hinkston hizo lo mismo.

El cielo estaba sereno y tranquilo, y en alguna parte corría un arroyo, a la sombra de un barranco con árboles. En alguna parte trotó un caballo, y traqueteó una carreta.

-Señor -dijo Samuel Hinkston-, tiene que ser, no puede ser de otro modo, ¡los viajes a Marte empezaron antes de la Primera Guerra Mundial!
...

-No.

-¿De qué otro modo puede usted explicar esas casas, el ciervo de hierro, los pianos, la música? -Y Hinkston tomó persuasivamente de un codo al capitán y lo miró a los ojos-. Si usted admite que en mil novecientos cinco había gente que odiaba la guerra, y que uniéndose en secreto con algunos hombres de ciencia construyeron un cohete y vinieron a Marte...

-No, no, Hinkston.

-¿Por qué no? El mundo era muy distinto en mil novecientos cinco. Era fácil guardar un secreto.

-Pero algo tan complicado como un cohete no, no se puede ocultan

-Y vinieron a vivir aquí, y naturalmente, las casas que construyeron fueron similares a las casas de la Tierra, pues junto con ellos trajeron la civilización terrestre.

-¿Y han vivido aquí todos estos años? -preguntó el capitán.

-En paz y tranquilidad, sí. Quizás hicieron unos pocos viajes, bastantes como para traer aquí a la gente de un pueblo pequeño, y luego no volvieron a viajar, pues no querían que los descubrieran. Por eso este pueblo parece tan anticuado. No veo aquí nada posterior a mil novecientos veintisiete, ¿no es cierto? -Es posible, también, que los viajes en cohete sean aún más antiguos de lo que pensamos. Quizá comenzaron hace siglos en alguna parte del mundo, y las pocas personas que vinieron a Marte y viajaron de vez en cuando a la Tierra supieron guardar el secreto.

-Tal como usted lo dice, parece razonable.

-Lo es. Tenemos la prueba ante nosotros; sólo nos falta encontrar a alguien y verificarlo.

La hierba verde y espesa apagaba el sonido de las botas. En el aire había un olor a césped recién cortado. A pesar de sí mismo, el capitán John Black se sintió inundado por una gran paz. Durante los últimos treinta años no había estado nunca en un pueblo pequeño, y el zumbido de las abejas primaverales lo acunaba y tranquilizaba, y el aspecto fresco de las cosas era como un bálsamo para él.

Los tres hombres entraron en el porche y fueron hacia la puerta de tela de alambre. Los pasos resonaron en las tablas del piso. En el interior de la casa se veía una araña de cristal, una cortina de abalorios que colgaba a la entrada del vestíbulo, y en una pared, sobre un cómodo sillón Morris, un cuadro de Maxfield Parrish. La casa olía a desván, a vieja, e infinitamente cómoda. Se alcanzaba a oír el tintineo de unos trozos de hielo en una jarra de limonada. Hacía mucho calor, y en la cocina distante alguien preparaba un almuerzo frío. Alguien tarareaba entre dientes, con una voz dulce y aguda.

El capitán John Black hizo sonar la campanilla.

Unas pisadas leves y rápidas se acercaron por el vestíbulo, y una señora de unos cuarenta años, de cara bondadosa, vestida a la moda que se podía esperar en 1909, asomó la cabeza y los miró.

-¿Puedo ayudarlos? -preguntó.

-Disculpe -dijo el capitán, indeciso-, pero buscamos.... es decir, deseábamos...

La mujer lo miró con ojos oscuros y perplejos.

-Si venden algo...

-No, espere. ¿Qué pueblo es éste?

La mujer lo miró de arriba abajo.

-¿Cómo qué pueblo es éste? ¿Cómo pueden estar en un pueblo y no saber cómo se llama?

El capitán tenía el aspecto de querer ir a sentarse debajo de un árbol, a la sombra.

-Somos forasteros. Queremos saber cómo llegó este pueblo aquí y cómo usted llegó aquí.

-¿Son ustedes del censo?

-No.

-Todo el mundo sabe -dijo la mujer- que este pueblo fue construido en mil ochocientos sesenta y ocho. ¿Se trata de un juego?

-No, no es un juego -exclamó el capitán-. Venimos de la Tierra.

-¿Quiere decir de debajo de la tierra?

-No. Venimos del tercer planeta, la Tierra, en una nave. Y hemos descendido aquí, en el cuarto planeta, Marte...

-Esto -explicó la mujer como si le hablara a un niño- es Green Bluff, Illinois, en el continente americano, entre el océano Pacífico y el océano Atlántico, en un lugar llamado el mundo y a veces la Tierra. Ahora, váyanse. Adiós.

La mujer trotó vestíbulo abajo, pasando los dedos por entre las cortinas de abalorios.

Los tres hombres se miraron.

-Propongo que rompamos la puerta de alambre -dijo Lustig.

-No podemos hacerlo. Es propiedad privada. ¡Dios santo!

Fueron a sentarse en el escalón del porche.

-¿Se le ha ocurrido pensar, Hinkston, que quizá nos salimos de la trayectoria, de alguna manera, y por accidente descendimos en la Tierra?

-¿Y cómo lo hicimos?

-No lo sé, no lo sé. Déjeme pensar, por Dios.

-Comprobamos cada kilómetro de la trayectoria -dijo Hinkston---. Nuestros cronómetros dijeron tantos kilómetros. Dejamos atrás la Luna y salimos al espacio, y aquí estamos. Estoy seguro de que estamos en Marte.

_ ¿Y si por accidente nos hubiésemos perdido en las dimensiones del espacio y el tiempo, y hubiéramos aterrizado en una Tierra de hace treinta o cuarenta años?

-¡Oh, por favor, Lustig!

Lustig se acercó a la puerta, hizo sonar la campanilla y gritó a las habitaciones frescas y oscuras:

-¿En qué año estamos?

-En mil novecientos veintiséis, por supuesto -contestó la mujer, sentada en una mecedora, tomando un sorbo de limonada.

Lustig se volvió muy excitado.

-¿Lo oyeron? Mil novecientos veintiséis. ¡Hemos retrocedido en el tiempo! ¡Estamos en la Tierra!

Lustig se sentó, y los tres hombres se abandonaron al asombro y al terror, acariciándose de vez en cuando las rodillas.

-Nunca esperé nada semejante -dijo el capitán-. Confieso que tengo un susto de todos los diablos. ¿Cómo puede ocurrir una cosa así? ojala hubiéramos traído a Einstein con nosotros.

-¿Nos creerá alguien en este pueblo? -preguntó Hinkston- ¿Estaremos jugando con algo peligroso? Me refiero al tiempo. ¿No tendríamos que elevarnos simplemente y volver a la Tierra?

-No. No hasta probar en otra casa.

Pasaron por delante de tres casas hasta un pequeño cottage blanco, debajo de un roble.

-Me gusta ser lógico Y quisiera atenerme a la lógica -dijo el capitán-. Y no creo que hayamos puesto el dedo en la llaga. Admitamos, Hinkston, como usted sugirió antes, que se viaje en cohete desde hace muchos años. Y que los terrestres, después de vivir aquí algunos años, comenzaron a sentir nostalgias de la Tierra. Primero una leve neurosis, después una psicosis, y por fin la amenaza de la locura. ¿Qué haría usted, como psiquiatra, frente a un problema de esas dimensiones?

Hinkston reflexionó.

-Bueno, pienso que reordenaría la civilización de Marte, de modo que se pareciera, cada día más, a la de la Tierra. Si fuese posible reproducir las plantas, las carreteras, los lagos, y aun los océanos, los reproduciría. Luego, mediante una vasta hipnosis colectiva, convencería a todos en un pueblo de este tamaño que esto era realmente la Tierra, y no Marte.

-Bien pensado, Hinkston. Creo que estamos en la pista correcta. La mujer de aquella casa piensa que vive en la Tierra. Ese pensamiento protege su cordura. Ella y los demás de este pueblo son los sujetos del mayor experimento en migración e hipnosis que hayamos podido encontrar.

-¡Eso es! -exclamó Lustig.

-Tiene razón -dijo Hinkston.

El capitán suspiró.

-Bien. Hemos llegado a alguna parte. Me siento mejor. Todo es un poco más lógico. Ese asunto de las dimensiones, de ir hacia atrás y hacia delante viajando por el tiempo, me revuelve el, estómago. Pero de esta manera... -El capitán sonrió-: Bien, bien, parece que seremos bastante populares aquí.

-¿Cree usted? -dijo Lustig---. Al fin y al cabo, esta gente vino para huir de la Tierra, como los Peregrinos. Quizá vernos no los haga demasiado felices. Quizás intenten echarnos o matamos.

-Tenemos mejores armas. Ahora a la casa siguiente. ¡Andando!

Apenas habían cruzado el césped de la acera, cuando Lustig se detuvo y miró a lo largo de la calle que atravesaba el pueblo en la soñadora paz de la tarde.

-Señor -dijo.

-¿Qué pasa, Lustig?

-Capitán, capitán, lo que veo...

Lustig se echó a llorar. Alzó unos dedos que se le retorcían y temblaban, y en su cara hubo asombro, incredulidad y dicha. Parecía como si en cualquier momento fuese a enloquecer de alegría. Miró calle abajo y empezó a correr, tropezando torpemente, cayéndose y levantándose, y corriendo otra vez.

-¡Miren! ¡Miren!

-¡No dejen que se vaya! -El capitán echó también a correr.

Lustig se alejaba rápidamente, gritando. Cruzó uno de los jardines que bordeaban la calle sombreada y entró de un salto en el porche de una gran casa verde con un gallo de hierro en el tejado.

Gritaba y lloraba golpeando la puerta cuando Hinkston y el capitán llegaron corriendo detrás de él. Todos jadeaban y resoplaban, extenuados por la carrera y el aire enrarecido.

-¡Abuelo! ¡Abuela! -gritaba Lustig.

Dos ancianos, un hombre y una mujer, estaban de pie en el porche.

-¡David! -exclamaron con voz aflautada y se apresuraron a abrazarlo y a palmearle la espalda, moviéndose alrededor---. ¡Oh, David, David, han pasado tantos años! ¡Cuánto has crecido, muchacho! Oh, David, muchacho, ¿cómo te encuentras?

-¡Abuelo! ¡Abuela! -sollozaba David Lustig---. ¡Qué buena cara tenéis!

Retrocedió, los hizo girar, los besó, los abrazó, lloró sobre ellos Y volvió a retroceder mirándolos con ojos parpadeantes. El sol brillaba en el cielo, el viento soplaba, el césped era verde, las puertas de tela de alambre estaban abiertas de par en par.

-Entra, muchacho, entra. Hay té helado, mucho té.

-Estoy con unos amigos. -Lustig se dio vuelta e hizo señas al capitán, excitado, riéndose-. Capitán, suban.

-¿Cómo están ustedes? -dijeron los viejos---. Pasen. Los amigos de David son también nuestros amigos. ¡No se queden ahí!

La sala de la vieja casa era muy fresca, y se oía el sonoro tictac de un reloj de abuelo, alto y largo, de molduras de bronce. Había almohadones blandos sobre largos divanes y paredes cubiertas de libros y una gruesa alfombra de arabescos rosados, y las manos sudorosas sostenían los vasos de té, helado y fresco en las bocas sedientas.

-Salud. -La abuela se llevó el vaso a los dientes de porcelana.

-¿Desde cuándo estáis aquí, abuela? -preguntó Lustig.

-Desde que nos morimos -replicó la mujer.

El capitán John Black puso el vaso en la mesa.

-¿Desde cuándo?

-Ah, sí. -Lustig asintió-. Murieron hace treinta años.

-¡Y usted ahí tan tranquilo! -gritó el capitán.

-Silencio. -La vieja guiñó un ojo brillante-. ¿Quién es usted para discutir lo que pasa? Aquí estamos. ¿Qué es la vida, de todos modos? ¿Quién decide por qué, para qué o dónde? Sólo sabemos que estamos aquí, vivos otra vez, y no hacemos preguntas. Una, segunda oportunidad. -Se inclinó y mostró una muñeca delgada-. Toque. -El capitán tocó-. Sólida, ¿eh? -El capitán asintió-. Bueno, entonces -concluyó con aire de triunfo-, ¿para qué hacer preguntas?

-Bueno -replicó el capitán-, nunca imaginamos que encontraríamos una cosa como ésta en Marte.

-Pues la han encontrado. Me atrevería a decirle que hay muchas cosas en todos los planetas que le revelarían los infinitos designios de Dios.

-¿Esto es el cielo? -preguntó Hinkston.

-Tonterías, no. Es un mundo y tenemos aquí una segunda oportunidad. Nadie nos dijo por qué. Pero tampoco nadie nos dijo por qué estábamos en la Tierra. Me refiero a la otra Tierra, esa de donde vienen ustedes. ¿Cómo sabemos que no había todavía otra además de ésa?

-Buena pregunta -dijo el capitán.

Lustig no dejaba de sonreír mirando a sus abuelos.

-Qué alegría veros, qué alegría.

El capitán se incorporó y se palmeó una pierna con aire de descuido.

-Tenemos que irnos. Muchas gracias por las bebidas.

-Volverán, por supuesto -dijeron los viejos-. Vengan esta noche a cenar.

-Trataremos de venir, gracias. Hay mucho que hacer. Mis hombres me esperan en el cohete y...

Se interrumpió. Se volvió hacia la puerta, sobresaltado.

Muy lejos a la luz del sol había un sonido de voces y grandes gritos de bienvenida.

-¿Qué pasa? -preguntó Hinkston.

-Pronto lo sabremos.

El capitán John Black cruzó abruptamente la puerta, corrió por la hierba verde y salió a la calle del pueblo marciano.

Se detuvo mirando el cohete. Las portezuelas estaban abiertas y la tripulación salía y saludaba, y se mezclaba con la muchedumbre que se había reunido, hablando, riendo, estrechando manos. La gente bailaba alrededor. La gente se arremolinaba. El cohete yacía vacío y abandonado.

Una banda de música rompió a tocar a la luz del sol, lanzando una alegre melodía desde tubas y trompetas que apuntaban al
cielo. Hubo un redoble de tambores y un chillido de gaitas. Niñas de cabellos de oro saltaban sobre la hierba. Niños gritaban: « ¡Hurra!». Hombres gordos repartían cigarros. El alcalde del pueblo pronunció un discurso. Luego, los miembros de la tripulación, dando un brazo a una madre, y el otro a un padre o una hermana, se fueron muy animados calle abajo y entraron en casas pequeñas y en grandes mansiones.

Las puertas se cerraron de golpe.

El calor creció en el claro cielo de primavera, y todo quedó en silencio. La banda de música desapareció detrás de una esquina, alejándose del cohete, que brillaba y centelleaba a la luz del sol.

-¡Deténganse! -gritó el capitán Black. -¡Lo han abandonado! -dijo el capitán-. ¡Han abandonado la nave! ¡Les arrancaría la piel! ¡Tenían órdenes precisas!

-Capitán, no sea duro con ellos -dijo Lustig---. Se han encontrado con parientes y amigos.

-¡No es una excusa!

-Piense en lo que habrán sentido con todas esas caras familiares alrededor de la nave -dijo Lustig.

-Tenían órdenes, maldita sea.

-¿Qué hubiera sentido usted, capitán?

-Hubiera cumplido las órdenes... -comenzó a decir el capitán, y se quedó boquiabierto.

Por la acera, bajo el sol de Marte, venía caminando un joven de unos veintiséis años, alto, sonriente, de ojos asombrosamente claros y azules.

-¡John! -gritó el joven, y trotó hacia ellos.

-¿Qué? -El capitán Black se tambaleó.

El joven llegó corriendo, le tomó la mano y le palmeó la espalda.

-¡John, bandido!

-Eres tú -dijo el capitán John Black.

-¡Claro que soy yo! ¿Quién creías que era?

-¡Edward!

El capitán, reteniendo la mano del joven desconocido, se volvió a Lustig y a Hinkston.

-Éste es mi hermano Edward. Ed, te presento a mis hombres: Lustig, Hinkston. ¡Mi hermano!

John y Edward se daban la mano y se apretaban los brazos. Al fin se abrazaron.

-¡Ed!

-Johri, sinvergüenza!

-Tienes muy buena cara, Ed, pero ¿cómo? No has cambiado nada en todo este tiempo. Moriste, recuerdo, cuando tenías veintiséis años y yo diecinueve. ¡Dios mío! Hace tanto tiempo, y aquí estás. Señor, ¿qué pasa aquí?

-Mamá está esperándonos -dijo Edward Black sonriendo.

-¿Mamá?

-Y papá también.

-¿Papá?

El capitán casi cayó al suelo como si lo hubieran golpeado con un arma poderosa. Echó a caminar rígidamente, con pasos desmañados.

-¿Papá y mamá vivos? ¿Dónde están?

-En la vieja casa de Oak Knoll Avenue.

-¡En la vieja casa! -El capitán miraba fijamente con un deleitado asombro-. ¿Han oído ustedes, Lustig, Hinkston?

Hinkston se había ido. Había visto su propia casa en el fondo de la calle y corría hacia ella. Lustig se reía.

-¿Ve usted, capitán, qué les ha ocurrido a los del cohete? No han podido evitarlo.

-Sí, sí. -El capitán cerró los ojos-. Cuando vuelva a mirar habrás desaparecido. -Parpadeó-. Todavía estás aquí. Oh, Dios, ¡pero qué buen aspecto tienes, Ed!

-Vamos, nos espera el almuerzo. Ya he avisado a mamá.

Lustig dijo:

-Señor, estaré en casa de mis abuelos si me necesita.

-¿Qué? Ah, muy bien, Lustig. Nos veremos más tarde.

Edward tomó de un brazo al capitán.

-Ahí está la casa. ¿La recuerdas?

Librodot

-¡Claro que la recuerdo! Vamos. A ver quién llega primero al porche.

Corrieron. Los árboles rugieron sobre la cabeza del capitán Black; el suelo rugió bajo sus pies. Delante de él, en un asombroso sueño real, veía la figura dorada de Edward Black y la vieja casa, que se precipitaba hacia ellos, con las puertas de tela de alambre abiertas de par en pan

-¡Te he ganado! -exclamó Edward.

-Soy un hombre viejo -jadeó el capitán- y tú eres joven todavía. Además siempre me ganabas, me acuerdo muy bien.

En el umbral, mamá, sonrosada, rolliza y alegre. Detrás, papá, con canas amarillas y la pipa en la mano.

-¡Mamá! ¡Papá!

El capitán subió las escaleras corriendo como un niño.

Fue una hermosa y larga tarde de primavera. Después de una prolongada sobremesa se sentaron en la sala y el capitán les habló del cohete, y ellos asintieron y mamá no había cambiado nada y papá cortó con los dientes la punta de un cigarro y lo encendió pensativamente como acostumbraba antes. A la noche comieron un gran pavo y el tiempo fue pasando. Cuando los huesos quedaron tan limpios como palillos de tambor, el capitán se echó hacia atrás en su silla y suspiró satisfecho. La noche estaba en todos los árboles y coloreaba el cielo, y las lámparas eran aureolas de luz rosada en la casa tranquila. De todas las otras casas, a lo largo de la calle, venían sonidos de músicas, de pianos, y de puertas que se cerraban.

Mamá puso un disco en el gramófono y bailó con el capitán John Black. Llevaba el mismo perfume de aquel verano, cuando ella y papá murieron en el accidente de tren. El capitán la sintió muy real entre los brazos, mientras bailaban con pasos ligeros.

-No todos los días se vuelve a vivir -dijo ella.

-Me despertaré por la mañana -replicó el capitán-, y me encontraré en el cohete, en el espacio, y todo esto habrá desaparecido.

-No, no pienses eso -lloró ella dulcemente-. No dudes. Dios es bueno con nosotros. Seamos felices.

-Perdón, mamá.

El disco terminó con un siseo circular.

-Estás cansado, hijo mío -le dijo papá señalándolo con la pipa-. Tu antiguo dormitorio te espera; con la cama de bronce y, todas tus cosas.

-Pero tendría que llamar a mis hombres.

-¿Por qué?

-¿Por qué? Bueno, no lo sé. En realidad, creo que no hay ninguna razón. No, ninguna. Estarán comiendo o en cama. Una buena noche de descanso no les hará daño.

-Buenas noches, hijo. -Mamá le besó la mejilla-. Qué bueno es tenerte en casa.

-Es bueno estar en casa.

El capitán dejó aquel país de humo de cigarros y perfume y libros y luz suave y subió las escaleras charlando, charlando con Edward. Edward abrió una puerta, y allí estaba la cama de bronce amarillo, y los viejos banderines de la universidad, y un muy gastado abrigo de castor que el capitán acarició cariñosamente, en silencio.

-No puedo más, de veras -murmuró-. Estoy entumecido y cansado. Hoy han ocurrido demasiadas cosas. Me siento como si hubiera pasado cuarenta y ocho horas bajo una lluvia torrencial, sin paraguas ni impermeable. Estoy empapado hasta los huesos de emoción.

Edward estiró con una mano las sábanas de nieve y ahuecó las almohadas. Levantó un poco la ventana y el aroma nocturno del jazmín entró flotando en la habitación. Había luna y sonidos de músicas y voces distantes.

-De modo que esto es Marte -dijo el capitán, desnudándose.

-Así es.

Edward se desvistió con movimientos perezosos y lentos, sacándose la camisa por la cabeza y descubriendo unos hombros dorados y un cuello fuerte y musculoso.

Habían apagado las luces, y ahora estaban en cama, uno al lado del otro, como ¿hacía cuántos años? El aroma de jazmín que empujaba las cortinas de encaje hacia el aire oscuro del dormitorio acunó y alimentó al capitán. Entre los árboles, sobre el césped, alguien había dado cuerda a un gramófono portátil que ahora susurraba una canción: Siempre.

Se acordó de Marilyn.

-¿Está Marilyn aquí?

Edward, estirado allí a la luz de la luna, esperó unos instantes y luego contestó:

-Sí. No está en el pueblo, pero volverá por la mañana.

El capitán cerró los ojos:

-Tengo muchas ganas de verla.

En la habitación rectangular y silenciosa, sólo se oía la respiración d los dos hombres.

-Buenas noches, Ed.

Una pausa.

-Buenas noches, John.

El capitán permaneció tendido y en paz, abandonándose a sus propios pensamientos. Por primera vez consiguió hacer a un lado las tensiones del día, y ahora podía pensar lógicamente. Todo había sido emocionante: las bandas de música, las caras familiares. Pero ahora...

«¿Cómo? -se preguntó-. ¿Cómo se hizo todo esto? ¿Y por qué? ¿Con qué propósito? ¿Por la mera bondad de alguna intervención divina? ¿Entonces Dios se preocupa realmente por sus criaturas? ¿Cómo y por qué y para qué?»

Consideró las distintas teorías que habían adelantado Hinkston y Lustig en el primer calor de la tarde. Dejó que otras muchas teorías nuevas le bajaran a través de la mente como perezosos guijarros que giraban echando alrededor unas luces mortecinas. Mamá. Papá. Edward. Tierra. Marte. Marcianos.

«¿Quién había vivido aquí hacía mil años en Marte? ¿Marcianos? ¿0 había sido siempre como ahora?»

Marcianos. El capitán repitió la palabra ociosamente, interiormente.

Casi se echó a reír en voz alta. De pronto se le había ocurrido la más ridícula de las teorías. Se estremeció. Por supuesto, no tenía ningún sentido. Era muy improbable. Estúpida. «Olvídala. Es ridícula.»

»Sin embargo -pensó-, supongamos... Supongamos que Marte esté habitado por marcianos que vieron llegar nuestra nave y nos vieron dentro y nos odiaron. Supongamos ahora, sólo como algo terrible, que quisieran destruir a esos invasores indeseables, y del modo más inteligente, tomándonos desprevenidos. Bien, ¿qué arma podrían usar los marcianos contra las armas atómicas de los terrestres?

»La respuesta era interesante. Telepatía, hipnosis, memoria e imaginación.

»Supongamos que ninguna de estas casas sea real, que esta cama no sea real sino un invento de mi propia imaginación, materializada por los poderes telepáticos e hipnóticos de los marcianos -pensó el capitán John Black-. Supongamos que estas casas tengan realmente otra forma, una forma marciana, y que conociendo mis deseos y mis anhelos, estos marcianos hayan hecho que se parezcan a mi viejo pueblo y mi vieja casa, para que yo no sospeche. ¿Qué mejor modo de engañar a un hombre que utilizar a sus padres como cebo?

»Y este pueblo, tan antiguo, del año mil novecientos veintiséis, muy anterior al nacimiento de mis hombres... Yo tenía seis años entonces, y había discos de Harry Lauder, y cortinas de abalorios, y Hermoso Ohio, y cuadros de Maxfield Parrish que colgaban todavía de las paredes, y arquitectura de principios de siglo. ¿Y si los marcianos hubieran sacado este pueblo de los recuerdos de mi mente? Dicen que los recuerdos de la niñez son los más claros. Y después de construir el pueblo, sacándolo de mi mente, ¡lo poblaron con las gentes más queridas, sacándolas de las mentes de los tripulantes!

»Y supongamos que esa pareja que duerme en la habitación contigua no sea mi padre y mi madre, sino dos marcianos increíblemente hábiles y capaces de mantenerme todo el tiempo en un sueño hipnótico.

»¿Y aquella banda de música? ¡Qué plan más sorprendente y admirable! Primero, engañar a Lustig, después a Hinkston, y después reunir una muchedumbre; y todos los hombres del cohete, como es natural, desobedecen las órdenes y abandonan la nave al ver a madres, tías,. tíos y novias, muertos hace diez, veinte años. ¿Qué más natural? ¿Qué más inocente? ¿Qué más sencillo? Un hombre no hace muchas preguntas cuando su madre vuelve de pronto a la vida. Está demasiado contento. Y aquí estamos todos esta noche, en distintas casas, distintas camas, sin armas que nos protejan. Y el cohete vacío a la luz de la luna. ¿Y no sería espantoso Y terrible descubrir que todo esto es parte de un inteligente plan de los marcianos para dividirnos y vencernos, y matarnos? En algún momento de

esta noche, quizá, mi hermano, que está en esta cama, cambiará de forma, se fundirá y se transformará en otra cosa, en una cosa terrible, un marciano. Sería tan fácil para él volverse en la cama y clavarme un cuchillo en el corazón... Y en todas esas casas, a lo largo de la calle, una docena de otros hermanos o padres fundiéndose de pronto y sacando cuchillos, se abalanzarán sobre los confiados y dormidos terrestres.»

Le temblaban las manos bajo las mantas. Tenía el cuerpo helado. De pronto la teoría no fue una teoría. De pronto tuvo mucho miedo.

Se incorporó en la cama y escuchó. Todo estaba en silencio. La música había cesado. El viento había muerto. Su hermano dormía junto a él.

Levantó con mucho cuidado las mantas y salió de la cama. Había dado unos pocos pasos por el cuarto cuando oyó la voz de su hermano.

-¿Adónde vas?

-¿Qué?

La voz de su hermano sonó otra vez fríamente:

-He dicho que adónde piensas que vas.

-A beber un trago de agua.

-Pero no tienes sed.

-Sí, sí, tengo sed.

-No, no tienes sed.

El capitán John Black echó a correr por el cuarto. Gritó, gritó dos veces.

Nunca llegó a la puerta.

A la mañana siguiente, la banda de música tocó una marcha fúnebre. De todas las casas de la calle salieron solemnes y relucidos cortejos llevando largos cajones, y por la calle soleada, llorando, marcharon las abuelas, las madres, las hermanas, los hermanos, los tíos y los padres, y caminaron hasta el cementerio, donde había fosas nuevas recién abiertas y nuevas lápidas instaladas. Dieciséis fosas en total, y dieciséis lápidas.

El alcalde pronunció un discurso breve y triste, con una cara que a veces parecía la cara del alcalde y a veces alguna otra cosa.

El padre y la madre del capitán John Black estaban allí, con el hermano Edward, llorando, y sus caras antes familiares, se fundieron y transformaron en alguna otra cosa.

El abuelo y la abuela de Lustig estaban allí, sollozando, y sus caras brillantes, con ese brillo que tienen las cosas en los días de calor, se derritieron como la cera.

Bajaron los ataúdes. Alguien habló de «la inesperada muerte durante la noche de dieciséis hombres dignos ... ».

La tierra golpeó las tapas de los cajones.

La banda de música volvió de prisa al pueblo, con paso marcial, tocando Columbia, la perla del océano, y ya nadie trabajó ese día.

JUNIO DE 2001

Aunque siga brillando la luna

Cuando por primera vez salieron del coche al aire de la noche, hacía tanto frío que Spender empezó a juntar la seca leña marciana y preparó una pequeña hoguera. No habló de celebraciones; recogió la leña, la encendió, y miró cómo ardía.

En el resplandor que iluminaba el aire enrarecido de aquel seco mar de Marte, miró por encima del hombro y vio el cohete que los había traído a todos, al capitán Wilder y a Cheroke y Hathaway y Sam Parkhill y a él mismo, a través de un oscuro y silencioso espacio estrellado hasta este mundo irreal y muerto.

Jeff Spender esperaba a que empezara el ruido. Miraba a los otros y esperaba el momento en que se pusieran a saltar alrededor y gritar. Ocurriría tan pronto como dejaran de sentirse aturdidos por ser los primeros hombres en Marte. Ninguno decía nada, pero muchos de ellos esperaban quizá que las otras expediciones hubieran fracasado y que ésta, la cuarta, fuese la primera. No eran malintencionados, y sin embargo lo pensaban. Allí, de pie, pensaban en la fama y el honor, mientras los pulmones se les iban acostumbrando a la atmósfera enrarecida, casi intoxicante cuando uno se movía con demasiada rapidez.

Gibbs se acercó a la hoguera recién encendida.

-¿Por qué no utilizamos el fuego químico de la nave en lugar de esa leña?

-¿Qué más da? -respondió Spender sin alzar la mirada.

No estaría bien hacer ruido, en esa primera noche de Marte, introducir un aparato extraño, brillante y tonto como una estufa Sería una suerte de blasfemia importada. Ya habría tiempo para eso; ya habría tiempo para tirar latas de leche condensada a los nobles canales marcianos; ya habría tiempo para que las hojas del New York Times volaran arrastrándose por los solitarios y grises fondos de los mares de Marte; ya habría tiempo para dejar pieles de plátano y papeles grasientos en las estriadas, delicadas ruinas de las ciudades de este antiguo valle. Habría tiempo de sobra para eso. Y Spender se estremeció por dentro al pensarlo.

Alimentó la hoguera moviendo las manos sobre ella como en una ofrenda a un gigante muerto. Habían descendido en la inmensa tumba de una civilización desaparecida. El más simple respeto exigía que pasaran en silencio esa primera noche.

-Esto no es mi idea de una fiesta. -Gibbs se volvió hacia el capitán Wilder---. Capitán, creo que podríamos repartir nuestras raciones de ginebra y carne y animarnos un poco.

El capitán Wilder volvió los ojos hacia una ciudad muerta a casi dos kilómetros de distancia.

-Todos estamos cansados -dijo con aire ausente, como si estuviese pensando en la ciudad y hubiera olvidado a los tripulantes-. Tal vez mañana por la noche. Hoy podemos estar satisfechos de haber recorrido todo ese espacio sin que algún meteoro atravesara las mamparas y sin ^perder un solo hombre.

Los tripulantes caminaban de aquí para allá. Eran veinte; apoyaban un brazo sobre el hombro de algún otro o se ajustaban los cinturones. Spender los observaba. No estaban contentos; habían arriesgado sus vidas en una gran aventura, y ahora querían emborracharse y gritar, disparar sus armas de fuego y mostrar así qué hombres admirables eran, hombres que habían abierto un agujero en el espacio y habían venido a Marte montados todo el tiempo en un cohete.

Pero nadie gritaba.

El capitán dio una orden en voz baja. Uno de los hombres corrió a la nave y volvió con unas latas de comida que se abrieron y Sirvieron sin mucho ruido. Los hombres de la tripulación comenzaron a hablar. El capitán se sentó en el suelo y contó para ellos la larga travesía. Ya lo sabían todo, pero era agradable oírlo ahora como algo superado y felizmente concluido. No querían hablar del viaje de vuelta. Cuando alguien lo nombró, los demás le dijeron que se callara. Las cucharas se movían al doble claro de luna; la comida sabía bien y el vino todavía mejor.

Hubo una pincelada de fuego en el cielo nocturno y un instante después el cohete auxiliar descendió más allá de¡ campamento Spender observó cómo se abría la portezuela, y cómo Hathaway, el médico-geólogo (todos los tripulantes tenían dos especialidades, para ganar espacio en el cohete), salía y se acercaba lentamente al capitán.

-¿Y bien? -dijo el capitán Wilder.

Hathaway clavó la mirada en las ciudades que centelleaban a lo lejos de la luz de las estrellas.

-Esa ciudad de ahí, capitán, está muerta y ha estado muerta durante muchos miles de años. Lo mismo se aplica a esas otras tres también en las colinas. Pero una quinta ciudad, señor, a tres cientos quilómetros de aquí...

-¿Qué le ocurre?

-Hace una semana estaba aún habitada.

Spender se incorporó.

-Marcianos -dijo Hathaway.

-¿Y dónde están ahora?

-Muertos -continuó Hathaway---. Entré en una casa. Creí que estaba vacía desde hacía siglos, como esas otras ciudades y esas otras casas. Dios mío, cuántos cadáveres. Era como caminar en una pila de hojas de otoño. Ramas secas y cenizas de papel de diario, nada más. Y recientes. Esos cadáveres no tienen más de diez días.

-¿Visitó alguna otra ciudad? ¿Encontró alguna cosa viva?

-Nada en absoluto. Así que fui a inspeccionar las otras ciudades. De estas cinco ciudades, cuatro han estado vacías durante miles de años. No sé qué puede haberles sucedido a las gentes del lugar. Pero en la quinta ciudad no había más que eso: cadáveres, miles de cadáveres.

-¿De qué murieron? -preguntó Spender acercándose.

-No lo creerá usted.

-Diga, ¿qué los mató?

-La varicela -dijo Hathaway.

-¡Dios mío, no!

-Sí. Lo he comprobado. La varicela. Atacó a los marcianos como nunca ha atacado a los terrestres. Supongo que tenían otro metabolismo. Los quemó hasta ennegrecerlos, y los secó hasta transformarlos en copos quebradizos. Y sin embargo, fue varicela. Así que las tres expediciones, la de York, la del capitán Williams y la del capitán Black tienen que haber llegado a Marte. ¡Sabe Dios qué ha sido de ellos! Pero por lo menos sabemos qué les hicieron ellos involuntariamente a los marcianos.

-¿No vio otras señales de vida?

-Es posible que algunos marcianos, si fueron listos, hayan huido a las montañas. Pero quedan muy pocos, y nunca serán un problema, puedo asegurarlo. Este planeta está acabado.

Spender se volvió y sentándose junto al fuego miró largo rato el movimiento de las llamas. «¡Varicela!, Señor, ¡parecía increíble! Una raza se desarrolla durante un millón de años, se civiliza, levanta ciudades como esas de ahí, hace todo lo que puede por ennoblecerse y embellecerse, y luego muere. Parte de esa raza muere lentamente, dentro del ciclo de su propia existencia, con dignidad. ¡Pero el resto! ¿Ha muerto el resto de los marcianos de una enfermedad de nombre adecuado o de nombre terrorífico o de nombre majestuoso? ¡No, por todos los santos, no! ¡Tenía que ser varicela, una enfermedad infantil, una enfermedad que en la Tierra no mata ni a los niños! No, eso no está bien, no es justo. ¡Es como decir que los griegos murieron de paperas, o los orgullosos romanos, de pie de atleta en sus hermosas colinas! ¡Si por lo menos les hubiéramos dado tiempo de preparar sus mortajas, de tenderse, de arreglarse, de encontrar alguna otra razón para morir .. ! ¡No esta sucia y estúpida varicela! ¡No concuerda con esta arquitectura, no concuerda con todo este mundo!»

-Bueno, Hathaway, coma usted algo.

-Gracias, capitán.

Y en seguida todo se olvidó. Los hombres hablaron entre ellos.

Spender los miraba fijamente, con el plato de comida entre las llanos. El suelo se enfriaba. Las estrellas se acercaban, brillantes.

Cuando alguien hablaba en un tono demasiado alto, el capitán replicaba en voz baja, y todos hablaban también quedamente, imitándolo.

El aire olía a limpio y nuevo. Spender no se movió durante un largo rato, disfrutando del aire. Había en él muchas cosas que no podía identificar: flores, elementos químicos, polvos, vientos.

-¿Y aquella vez, en Nueva York, cuando conseguí aquella rubia? ¿Cómo se llamaba? ¡Ah, si! ¡Ginnie! -gritó Biggs-. ¡Ginnie!

Spender se endureció por dentro. Le temblaban las manos. Los ojos se le movieron detrás de las escasas y delgadas pestañas.

-Y Ginnie me dijo... -siguió diciendo Biggs.

Los otros rugieron.

-¡Y le solté un tortazo! -gritó Biggs alzando una botella.

Spender dejó el plato en el suelo. Escuchó el viento fresco que le susurraba en los oídos. Miró los blancos y helados edificios marcianos a orillas del mar seco.

-¡Qué mujer, qué mujer! -Biggs se vació la botella en la boca abierta-. ¡Nunca hubo otra igual!

El olor del cuerpo sudoroso de Biggs flotaba en el aire. Spender dejó que el fuego muriera.

-¡Eh, anima un poco ese fuego, Spender! -dijo Biggs echándole una breve ojeada y volviendo en seguida a la botella-. Bueno, una noche Ginnie y yo...

Un hombre llamado Schoenke exhibió un acordeón y zapateó, al compás de la música, levantando polvo alrededor.

-¡Ajuuu! ¡Vivaaa!

-¡Huii! -rugieron los otros.

Tiraron al suelo los platos vacíos. Tres de ellos se pusieron en fila y levantaron las piernas como coristas, bromeando a gritos. Los otros aplaudieron y aullaron pidiendo algo más. Cheroke se, quitó la camisa y mostró el pecho desnudo, sudando mientras giraba como un torbellino. La luz de las lunas le brillaba en el pelo corto y en las mejillas jóvenes y bien afeitadas.

En el fondo del mar, el viento movió unos tenues vapores, y lo grandes rostros de piedra de las montañas miraron el cohete plateado y el pequeño fuego.

El ruido aumentaba. Otros hombres se unieron a los saltos. Alguien tocó una armónica: algún otro sopló en un peine envuelto en papel de seda. Se abrieron y se bebieron veinte botellas más.

Biggs se movía de un lado a otro sacudiendo los brazos, dirigiendo a los bailarines.

-¡Vamos, señor! -le gritó Cheroke al capitán, gimoteando una canción.

El capitán tuvo que unirse a la danza. No quería hacerlo. Estaba muy serio. Spender lo observaba y pensaba: ¡Pobre hombre, qué noche está pasando! No saben qué hacen Antes de venir a Marte tenían que haberlos metido en un programa de adiestramiento para que aprendieran a mirar y a caminar y a estar tranquilos unos pocos días.

-¡Basta! -imploró el capitán, y se sentó diciendo que estaba agotado.

Spender observó al capitán. El pecho no se le movía subiendo y bajando con rapidez. Tampoco tenía la cara sudorosa.

Acordeón, armónica, vino, gritos bailes canciones, rondas, ruido de cacerolas, risas.

Biggs se acercó tambaleándose a la orilla del canal marciano. Llevaba seis botellas vacías y las fue tirando una a una a las profundas aguas azules del canal. Las botellas se hundieron en el agua con un sonido hueco y ahogado.

-Yo te bautizo, yo te bautizo, yo te bautizo... -tartamudeó Biggs con una voz pastosa-, yo te bautizo Biggs, Biggs, canal Biggs...

Spender se incorporó, saltó sobre la hoguera, y antes que los otros alcanzaran a moverse, dio un golpe a Biggs en los dientes y otro golpe en una oreja. Biggs se dobló y cayó en las aguas del canal. Luego Spender esperó en silencio a que Biggs volviese a la orilla de piedra. Cuando Biggs apareció ya los demás sujetaban a Spender.

-¡Eh, Spender! ¿Qué mosca te ha picado? -le preguntaban.

Biggs salió del agua chorreando. Al ver que los otros sujetaban a Spender, dijo:

-Bueno -y dio un paso adelante.

-Basta -dijo el capitán Wilder.

Los hombres soltaron a Spender. Biggs se detuvo y miró al capitán.

-Bueno, Biggs, vaya y cámbiese de ropa. Y ustedes, ¡adelante con la fiesta! Spender, venga conmigo.

Siguieron la fiesta. Wilder se alejó y se volvió hacia Spender.

-¿Podría explicarme qué ha pasado? -le preguntó.

Spender miraba hacia el canal.

-No lo sé. Sentía vergüenza... Por Biggs, por todos nosotros, por ese ruido... Señor, ¡que espectáculo!

-El viaje ha sido largo. Necesitan un poco de diversión.

-¿Y el respeto, capitán? ¿No entienden lo que es correcto?

-Usted está cansado, Spender, y ve las cosas de otra manera. Le pondré una multa de cincuenta dólares.

-Está bien, capitán. Pensé en ellos. En ellos que nos miran mientras hacemos el ridículo.

-¿Ellos?

-Los marcianos, muertos o vivos.

-Muertos, la mayoría al menos -dijo el capitán-. ¿Usted cree que saben que estamos aquí?

-¿Acaso lo más viejo no se entera siempre de la llegada de lo nuevo?

-Quizás. Habla como si creyera en los espíritus.

-Creo en las obras, y hay muchas obras en Marte. Hay calles y casas, e imagino que también habrá libros, y grandes canales, y relojes, y cuadras, si no para caballos quizá para animales domésticos de doce patas, ¿quién sabe? En todas partes veo cosas usadas. Cosas que fueron tocadas y manejadas durante siglos.

»Si usted me pregunta si creo en el espíritu de las cosas usadas, le diré que sí. Ahí están todas esas cosas que sirvieron algún día para algo. Nunca podremos utilizarlas sin sentirnos incómodos. Y esas montañas, por ejemplo, tienen nombres... Nunca nos serán familiares; las bautizaremos de nuevo, pero sus verdaderos nombres son los antiguos. La gente que vio cambiar estas montañas las conocía por sus antiguos nombres. Los nombres con que bautizaremos las montañas y los canales resbalarán sobre ellos como agua sobre el lomo de un pato. Por mucho que nos acerquemos a Marte, jamás lo alcanzaremos. Y nos pondremos furiosos, ¿y sabe usted qué haremos entonces? Lo destrozaremos, le arrancaremos la piel y lo transformaremos a nuestra imagen y semejanza.

-No arruinaremos este planeta -dijo el capitán-. Es demasiado grande y demasiado hermoso.

-¿Cree usted que no? Nosotros, los habitantes de la Tierra, tenernos un talento especial para arruinar las cosas grandes y hermosas. No pusimos quioscos de salchichas calientes en el templo egipcio de Karnak sólo porque quedaba a trasmano y el negocio no podía dar grandes utilidades. Y Egipto es una pequeña parte de la Tierra. Pero aquí todo es antiguo y diferente. Nos instalaremos en alguna parte y lo estropearemos todo. Llamaremos al canal, canal Rockefeller; a la montaña, pico del rey Jorge, y al mar, mar de Dupont; y habrá ciudades llamadas Roosevelt, Linco1n y Coolidge, y esos nombres nunca tendrán sentido, pues ya existen los nombres adecuados para estos lugares.

-Ésa será la tarea de ustedes, los arqueólogos: encontrar los viejos nombres. Nosotros los usaremos.

-Unos pocos hombres contra todos los intereses comerciales... -Spender miró las montañas de hierro-. Ellos saben que estamos aquí esta noche, escupiendo en el vino de ellos, y puedo imaginar cómo nos odian.

El capitán meneó la cabeza.

-No hay odio aquí. -Escuchó el sonido del viento-. Por el aspecto de estas ciudades, parece que eran seres graciosos, hermosos y sabios. Aceptaron lo que traía el destino. Admitieron resignados la muerte de la raza y no se lanzaron en el último momento a una guerra desesperada que hubiese destruido sus ciudades. Las que hemos visto hasta ahora están intactas. Es probable que no nos Presten atención; como si fuésemos niños que juegan en un jardín, conociendo y comprendiendo a los niños por lo que son. Y, además, quizá Marte nos haga mejores.

»¿Observó usted, Spender, la rara tranquilidad de los hombres hasta que Biggs los obligó a animarse? Parecían humildes y asustados. El espectáculo que nos rodea no puede ponernos contentos. Ante él, parecemos niños, niños de pantalón corto, orgullosos y divertidos, alborotando con cohetes y átomos de juguete. Pero algún día la Tierra será como Marte es ahora. La vida en Marte nos devolverá la cordura; será como una lección práctica de civilización. Aprenderemos de Marte. Y ahora, tranquilícese. Volvamos con los demás y simulemos alegría. La multa de cincuenta dólares queda en pie.

La fiesta no prosperaba. El viento, que venía del mar muerto, se movió alrededor de los tripulantes, y alrededor del capitán y de Jeff Spender que se acercaban al grupo. El viento tiró del polvo y el cohete brillante y tiró del acordeón, y el polvo se metió en la armónica desafinada y en los ojos de los hombres, y el viento cantó con un sonido agudo. Y así como había llegado, el viento murió.

Pero también la fiesta había muerto.

Las figuras tiesas de los expedicionarios se alzaban contra el cielo frío y oscuro.

-¡Vamos, señores, vamos! -gritó Biggs saltando de la nave con un uniforme limpio y evitando mirar a Spender. Su voz resonó como en un anfiteatro vacío. Una voz solitaria---. ¡Vamos!

Nadie se movió.

-¡Vamos, W'hitie, tu armónica!

Whitie sopló un acorde extraño y desafinado. Sacudió la armónica y se la guardó en un bolsillo.

-¿Qué clase de fiesta es ésta? -inquirió Biggs.

Alguien apretó un acordeón. El acordeón gimió como un animal moribundo. Eso fue todo.

-Muy bien; mi botella y yo celebraremos nuestra propia fiesta.

En cuclillas, apoyado en el cohete, Biggs bebió empinando la botella.

Spender, inmóvil, lo observó largo rato. Luego los dedos le subieron lentamente a lo largo de la pierna temblorosa y palparon el estuche del arma.

-Los que quieran, pueden venir conmigo a la ciudad -anunció el capitán-. Dejaremos un centinela aquí en el cohete e iremos armados por si acaso.

Los hombres se consultaron. Catorce querían ir. Biggs se incluyó entre ellos, riendo y agitando la botella. Los otros seis se quedaron en el campamento.

-¡Allá vamos! -gritó Biggs.

El grupo avanzó en silencio. Llegaron al límite de la ciudad dormida y muerta. A la luz de las lunas mellizas, las sombras de los expedicionarios eran dobles. Parecía que nadie respiraba. Pasaron así varios minutos. Esperaban a que algo se moviera de pronto en la ciudad muerta, una forma gris que se levantaría inesperadamente entre las ruinas, un fantasma ancestral que cruzaría galopando el fondo vacío del mar en un antiguo corcel acorazado, de imposible progenie, de increíble descendencia.

Los ojos y la mente de Spender poblaron las calles. Unas siluetas se movían como vapores azules por las avenidas empedradas y había débiles murmullos, y unos extraños animales se escurrían por las arenas de color gris rojizo. Alguien saludaba desde las ventanas (moviendo lentamente la mano como si estuviese sumergido en un agua intemporal), a unas sombras que se arrastraban en el espacio bajo las torres plateadas por las lunas. Una música sonaba en algún oído interior, y Spender imaginó las formas de los instrumentos que evocaban esa música. Era un país encantado.

-¡Eh! -gritó Biggs, muy erguido, con las manos alrededor de la boca abierta---. ¡Eh! ¡Vosotros, los del pueblo!

-¡Biggs! -advirtió el capitán.

Biggs se calló.

Avanzaron por una avenida embaldosada. Ahora todos hablaban en voz baja, pues era como entrar en una vasta biblioteca al aire libre o en un mausoleo habitado por el viento y sobre el que brillaban las estrellas. El capitán habló sin levantar la voz. Se preguntó adónde habían ido los marcianos, qué habían sido y quiénes eran sus reyes, y cómo habían muerto. Se preguntó en voz alta cómo habían construido esta ciudad para que soportara el peso de los siglos, y si alguna vez habrían visitado la Tierra. ¿Serían ellos los antepasados de los hombres que habían aparecido en la Tierra diez mil años atrás? ¿Y habrían amado y odiado con amores y odios similares a los. terrestres, y habrían cometido las mismas tonterías cuando hicieron tonterías?

-Lord Byron --dijo Jeff Spender.

El capitán se volvió y lo miró.

-¿Lord qué?

-Lord Byron, un poeta del siglo diecinueve. Hace mucho tiempo escribió un poema que parece inspirado por esta ciudad y por cómo los marcianos tienen que sentirse si aún son capaces de sentir. Pudo haberlo escrito el último poeta marciano.

Los expedicionarios continuaban inmóviles, de pie sobre sus sombras.

-¿Qué dice el poema, Spender? -preguntó el capitán.

Spender cambió de posición, extendió la mano como recordando, entornó los ojos un momento, y en seguida se puso a recitar con voz lenta y apagada, y los hombres escucharon todo lo que decía:

Así que nunca más pasearemos
tan tarde de noche,
aunque el corazón siga enamorado,
y aunque siga brillando la luna

La ciudad inmóvil era alta y gris. Los rostros de los hombres estaban vueltos hacia la luz.

Pues la espada gasta la vaina,
y el alma gasta el pecho,
y el corazón tiene que pararse a tomar aliento,
y el amor mismo ha de descansar.
Aunque la noche fue hecha para amar,
y el día vuelve demasiado pronto,
nunca más pasearemos
a la luz de la luna.

Los terrestres estaban de pie, en silencio, en el centro de la ciudad. Era una noche clara. No se oía ningún sonido, excepto el viento. Debajo de ellos se extendía una plaza enlosada que imitaba formas de animales y seres antiguos. Los hombres contemplaron los dibujos.

De la garganta de Biggs salió un ronco ruido. Con la mirada turbia, se llevó las manos a la boca; cerró los ojos, se dobló hacia delante, y un líquido espeso le llenó la boca, se derramó, y cayó ruidosamente sobre las losas del patio, cubriendo los dibujos. Biggs repitió esto dos veces. Un penetrante olor a vino invadió el aire fresco de la noche.

Nadie se movió para auxiliar a Biggs, que siguió vomitando.

Spender lo miró durante un momento; luego se volvió y echó a andar por las avenidas de la ciudad, solo, a la luz de las lunas. Ni una sola vez se volvió a mirar a los hombres agrupados en la plaza.

Los expedicionarios volvieron a las cuatro de la mañana. Se tendieron sobre unas mantas y cerraron los ojos, respirando el aire apacible. El capitán Wilder, sentado cerca del fuego, lo alimentaba de vez en cuando con ramas secas.

Dos horas después McClure abrió los ojos.

~¿No duerme, capitán?

El capitán sonrió vagamente.

-Espero a Spender.

McClure reflexionó.

-¿Sabe, señor? No creo que vuelva. No sé por qué, pero tengo esa impresión. Nunca volverá.

McClure se envolvió en sus mantas y se durmió otra vez. El fuego crepitó y se apagó.

Pasó una semana, y Spender aún no había vuelto. El capitán envió unos hombres a buscarlo, pero regresaron diciendo que no sabían adónde podría haber ido. Ya volvería cuando se le pasara el berrinche. Era un cabeza dura, dijeron. ¡Que se fuera al diablo!

El capitán no decía nada, pero anotaba todo en el cuaderno de bitácora...

Una mañana que podía haber sido la de un miércoles, la de un jueves o la de cualquier otro día en Marte, Biggs estaba sentado a orillas del canal, de cara al sol, con los pies colgando en el agua fresca.

Un hombre se acercó caminando a lo largo de la orilla. La sombra del hombre cayó sobre Biggs. Biggs alzó los ojos.

-¡Bueno, que me condenen! -exclamó.

-Soy el último marciano -dijo el hombre sacando un arma de fuego.

-¿Qué dices? -preguntó Biggs.

-Voy a matarte.

-Basta. ¿Qué broma es ésa, Spender?

-Levántate y recíbela en el estómago.

-Por amor de Dios, aparta esa arma.

Spender apretó el gatillo sólo una vez. Se oyó un leve zumbido Durante unos instantes Biggs permaneció sentado a orillas del agua; luego se inclinó hacia delante y cayó. El cadáver flotó con lenta indiferencia bajo las lentas corrientes del canal. Se oyó un hueco gorgoteo, y luego nada.

Spender guardó el arma y se alejó en silencio. El sol brillaba sobre Marte, le calentaba el dorso de las manos y se le deslizaba por las mandíbulas apretadas. No corrió; caminó como si nada hubiera cambiado excepto la luz del día. Bajó hasta el cohete. Algunos de los hombres tomaban un desayuno recién preparado bajo un albergue construido por Cookie.

-Ahí viene el ermitaño -dijo alguien.

-¡Hola, Spender! ¿De dónde sales?

Los cuatro hombres sentados a la mesa observaron al hombre que los miraba en silencio.

-Tú y tus condenadas ruinas -rió Cookie, revolviendo una sustancia negra en una olla-. Pareces un perro en un campo de huesos.

-Es posible --dijo Spender---. He estado averiguando cosas. ¿Qué dirían si les contase que encontré a un marciano rondando por ahí?

Los cuatro hombres bajaron los tenedores.

-¿De veras? ¿Dónde?

-No importa dónde. Permitan que les haga una pregunta: ¿Cómo se sentirían si fuesen marcianos y viniera alguien y se pusiera a devastar el planeta?

-Yo sé muy bien cómo me sentiría -respondió Cheroke-. Llevo en mis venas sangre cherokee. Mi abuelo me contó muchas cosas del territorio de Oklahoma. Si hay algún marciano por los alrededores, yo estoy con él.

-¿Y qué dicen los demás? -preguntó Spender, cauteloso.

Ninguno contestó. El silencio era bastante elocuente. Agarra lo que puedas, lo que encuentras es tuyo; si el contrario te ofrece la otra mejilla, abofetéalo sin miedo, etcétera.

-Bueno -les dijo Spender-; he encontrado un marciano.

Los hombres lo miraron entornando los ojos.

-Allá arriba, en una ciudad muerta. No esperaba verlo. Ni siquiera intenté buscarlo. Ignoro lo que hacía allí. He vivido cerca de una semana en la ciudad de un valle pequeño, aprendiendo a leer los libros antiguos y contemplando las viejas obras de arte. Y un día vi a este marciano. Estuvo allí un momento y luego desapareció. No volvió hasta el día siguiente. Yo estaba allí, estudiando la vieja

escritura, y el marciano reaparecía una y otra vez, siempre más cerca. Hasta que un día en que aprendí a descifrar el idioma marciano, asombrosamente simple y además hay pictografías que ayudan, el marciano apareció ante mí y dijo: «Dame tus botas». Le di mis botas y dijo: «Dame tu uniforme y todo tu equipo». Se los di y me pidió mi revólver, y entonces dijo: «Ahora acompáñame y mira lo que pasa». Y el marciano vino al campamento, y ahora está aquí.

-No veo a ningún marciano -dijo Cheroke.

-Lo siento mucho.

Spender sacó su arma, y se oyó un zumbido apagado. La primera bala alcanzó al hombre de la izquierda, la segunda y la tercera a los que estaban a la derecha y en el centro de la mesa. Cookie, de cara al fuego, se volvió horrorizado y recibió la cuarta bala. Cayó de espaldas sobre las llamas y se quedó allí mientras las ropas le empezaban a arder.

El cohete yacía a la luz del sol. Tres de los hombres estaban sentados, inmóviles, con las manos sobre la mesa. El desayuno se enfriaba ante ellos. Cheroke miraba a Spender, aturdido e incrédulo.

-Puedes venir conmigo -dijo Spender.

Cheroke no contestó.

-Puedes estar a mi lado en este asunto.

Spender esperó.

Al fin, Cheroke pudo hablar.

-Tú los mataste -dijo, atreviéndose a mirar a los hombres.

-Se lo merecían.

-¡Estás loco!

-Quizá. Pero puedes venir conmigo.

-¿Ir contigo? ¿Para qué? -exclamó Cheroke, pálido, con ojos húmedos-. ¡Vete, fuera de aquí!

El rostro de Spender se endureció.

-De todos ellos, creí que tú entenderías.

-¡Fuera de aquí!

Cheroke echó mano a su arma.

Spender disparó por última vez y Cheroke dejó de moverse.

Spender se tambaleó. Se pasó la mano por el rostro sudoroso, miró el cohete y de pronto se echó a temblar, de pies a cabeza. La reacción física fue tan abrumadora que estuvo a punto de caer. Parecía haber despertado de un estado de hipnosis, de una pesadilla. Se sentó y se concentró unos momentos, y le dijo al temblor que se fuera.

_¡Basta! ¡Basta! -le ordenó a su cuerpo. Se le estremecían y sacudían todos los músculos-. ¡Basta! -se dijo otra vez, y exprimió mentalmente el cuerpo hasta que todo el temblor le salió afuera. Las manos, inmóviles, reposaban ahora en las tranquilas rodillas

Se levantó, y con movimientos precisos se ató a la espalda una caja de provisiones. La mano le tembló otra vez.

-¡No! -dijo con firmeza, y el temblor desapareció.

Luego, caminando rígidamente, Spender se alejó, solitario, entre las rojas y tórridas colinas.

El sol subía ardiendo por el cielo. Una hora más tarde el capitán salió del cohete en busca de unos huevos con jamón. Iba a saludar a los cuatro hombres sentados a la mesa, cuando de pronto se detuvo. Había en el aire un tenue olor a humo de arma. El cocinero yacía tendido de espaldas sobre la hoguera, y el desayuno parecía helado.

Un instante después, Parkhill y otros dos bajaron del cohete. El capitán los detuvo, fascinado por el silencio de los hombres y la manera en que estaban sentados a la mesa.

-Llamen a los hombres, a todos -dijo.

Parkhill echó a correr a lo largo del canal.

El capitán tocó a Cheroke. Cheroke se volvió lentamente y cayó de la silla. La luz del sol le ardió sobre el pelo corto y los pómulos salientes.

Llegaron los hombres.

-¿Quién falta?

- Todavía Spender, señor. Encontramos a Biggs flotando en el canal.

-¡Spender!

El capitán miró las colinas que se alzaban a la luz. El sol le descubrió los dientes, la boca torcida en una mueca.

-Maldita sea -dijo con cansancio-. ¿Por qué no vino a hablar conmigo?

-¿Por qué no conmigo? -exclamó Parkhill, con los ojos brillantes---. ¡Le hubiera metido una bala en el maldito cerebro, eso hubiera hecho, lo juro por Dios!

El capitán Wilder hizo una seña a dos de los hombres.

-Traigan palas -les dijo.

Cavaron las fosas fatigados por el calor. Mientras el capitán volvía las páginas de la Biblia, un viento cálido sopló desde el fondo del mar vacío, lanzando nubes de polvo a las caras de los hombres. El capitán cerró su libro, y alguien empezó a echar lentas corrientes de arena sobre los cuerpos amortajados.

Volvieron al cohete, probaron los mecanismos de los rifles, se echaron a la espalda pesados paquetes de granadas, y observaron si las armas salían con facilidad de las fundas. Cada uno de ellos exploraría cierto sector de las colinas. El capitán los dirigía sin levantar la voz, sin un ademán, con las manos colgando a los costados.

-En marcha -dijo.

Spender vio que una tenue nube de polvo se levantaba en distintos lugares del valle y supo que la persecución había comenzado Dejó a un lado el fino libro de plata que estaba leyendo, sentado cómodamente en una piedra plana. Las páginas del libro, delgadas como gasas, eran de plata, pintadas a mano en negro y oro. Era una obra de filosofía, de por lo menos diez mil años de antigüedad, que había encontrado en un pueblo marciano del valle. Abandonaba el libro de mala gana.

Durante unos instantes pensó: «¿Para qué? Me quedaré aquí leyendo hasta que vengan y terminen conmigo».

Después de matar a los seis hombres había sentido un confuso aturdimiento, luego náuseas, y por fin una extraña paz. Pero ahora, mientras contemplaba las estelas de polvo de sus perseguidores, también la paz se desvanecía, y volvía a sentir aquel resentimiento.

Bebió de la cantimplora un poco de agua fresca. Luego se levantó, se estiró, bostezó, y escuchó el maravilloso silencio del valle. Qué hermoso sería si él y algunos de sus amigos terrestres pudieran instalarse aquí, pasar aquí la vida, sin ruidos ni preocupaciones.

Llevó el libro consigo en una mano y la pistola cargada en la otra. Un arroyo corría rápidamente sobre un lecho de rocas y piedras blancas, y allí se desnudó y se metió en el agua un rato. Luego se vistió, sin darse prisa y recogió el arma.

El tiroteo comenzó aproximadamente a las tres de la tarde, cuando Spender estaba arriba en las colinas. Lo siguieron a través de tres pequeños pueblos marcianos. Más arriba de los pueblos, esparcidas como guijarros, había unas quintas en donde antiguas familias marcianas habían encontrado un prado o un arroyo, habían construido una piscina de mosaicos, una biblioteca y un patio con un surtidor. Spender nadó media hora en una piscina de agua de lluvia, esperando a sus perseguidores.

Cuando abandonaba la casa, sonaron los primeros disparos. A pocos metros de distancia, el azulejo de un muro saltó hecho trizas. Echó a correr, avanzó por entre unos riscos, se volvió, disparó el arma, y un hombre rodó por el polvo.

Lo envolverían en una red, en un círculo. Spender lo sabía. Lo rodearían, estrecharían el cerco y lo atraparían. ¿Por qué no utilizaban las granadas? Una orden del capitán Wilder, y empezaría el bombardeo.

«Pero soy un buen hombre y no quieren destrozarme -pensó Spender---. Así opina el capitán. Me quiere con un solo agujero. ¿No es raro? Quiere que mi muerte sea limpia. Y no una porquería. ¿Por qué? Porque me comprende. Y por ese motivo está decidido a arriesgar la vida de unos cuantos buenos muchachos que me agujerearán limpiamente la cabeza. ¿No es así?»

Sonó una ráfaga de nueve o diez disparos. Unos trozos de roca saltaron alrededor. Spender hacía fuego con mano firme, a veces mientras leía el libro de plata.

El capitán, rifle en mano, corrió bajo la ardiente luz del sol. Spender lo siguió con la mirada de la pistola, pero no disparó. En cambio se volvió e hizo saltar de un tiro el borde superior de la roca donde White estaba apostado. Se oyó un grito de furia.

De pronto, el capitán se detuvo. Llevaba un pañuelo blanco en la mano. Les dijo algo a sus hombres, y soltando el rifle, subió Por la falda de la colina. Spender estaba allí tendido. Se puso de Pie con el arma en la mano.

El capitán se acercó y se sentó en una piedra calcinada por el sol sin mirar una sola vez a Spender.

Poco después metió la mano en el bolsillo de la camisa, buscando algo. Los dedos de Spender se crisparon sobre el arma.

-¿Un cigarrillo? -preguntó el capitán.

-Gracias -respondió Spender tomando uno.

-¿Fuego?

-Tengo.

Echaron una o dos bocanadas en silencio.

-Hace calor -dijo el capitán.

-Así es.

-¿Se encuentra cómodo aquí arriba?

-Mucho.

-¿Cuánto tiempo cree que podrá resistir?

-El que me lleve matar a doce hombres, poco más o menos.

-¿Por qué no nos mató a todos esta mañana, cuando se le presentó la ocasión? Hubiera sido fácil, usted lo sabe.

-Lo sé. Sentí náuseas. Cuando uno quiere hacer algo terrible se miente a sí mismo. Se dice uno que todos los demás están equivocados. Bueno, en cuanto empecé a disparar contra ellos, comprendí que sólo eran unos necios y que no debía matarlos. Pero ya era demasiado tarde. No pude continuar, entonces subí hasta aquí con la esperanza de volver a creer en la mentira, de enfurecerme y empezar de nuevo.

-¿Ya está resuelto?

-No mucho. Bastante.

El capitán estudió su cigarrillo.

-¿Por qué lo hizo?

Tranquilamente Spender dejó el arma en el suelo.

-Porque he visto que los marcianos tenían algo que nosotros nunca soñamos tener. Se detuvieron donde nosotros debíamos habernos detenido hace un siglo. He paseado por sus ciudades y comprendo a esta gente y me gustaría llamarlos mis antepasados.

El capitán señaló con un movimiento de cabeza un grupo de edificios.

-Es magnífico ese pueblo.

-No es sólo eso. Sí, sus ciudades son hermosas. Los marcianos sabían cómo unir el arte y la vida. El arte fue siempre algo extraño entre nosotros. Lo guardamos en el cuarto del loco de la familia, 0 lo tomamos en dosis dominicales, tal vez mezclado con religión. Bueno, estos marcianos tenían arte, y religión y todo.

-Usted cree que habían llegado al fondo de las cosas, ¿no es así? -Estoy seguro.

-Y por eso empezó a masacrarnos.

-Cuando yo era pequeño mis padres me llevaron a la ciudad de México. Siempre recordaré el comportamiento de mi padre, vulgar y fatuo. A mi madre no le gustaba tampoco aquella gente porque eran morenos y no se bañaban a menudo. Mi hermana ni les hablaba. Sólo a mí me gustaban realmente. Y puedo imaginarme a mi madre y mi padre aquí en Marte haciendo otra vez lo mismo...

»Para el norteamericano común, lo que es raro no es bueno. si las cañerías no son como en Chicago, todo es un desatino. ¡Cada vez que lo pienso! ¡Oh, Dios mío, cada vez que lo pienso! Y luego... la guerra. Usted oyó los discursos en el Congreso antes de que partiéramos. Si todo marchaba bien, esperaban establecer en Marte tres laboratorios de investigaciones atómicas y varios depósitos de bombas. Dicho de otro modo: Marte se acabó, todas estas maravillas desaparecerán. ¿Cómo reaccionaría usted si un marciano vomitase un licor rancio en el piso de la Casa Blanca?

El capitán no decía nada, pero escuchaba.

-Luego vendrán los otros grandes intereses. Los hombres de las minas, los hombres del turismo -continuó Spender-. ¿Recuerda usted lo que pasó en México cuando Cortés y sus magníficos amigos llegaron de España? Toda una civilización destruida por unos voraces y virtuosos fanáticos. La historia nunca perdonará a Cortés.

-Hoy usted tampoco se ha comportado muy bien, Spender -observó el capitán.

-¿Qué podía hacer? ¿Discutir con usted? Estoy solo contra todos los granujas codiciosos y opresores que habitan la Tierra. Vendrán a arrojar aquí sus cochinas bombas atómicas, en busca de bases para nuevas guerras. ¿No les basta haber arruinado un planeta y tienen que arruinar otro más? ¿Por qué han de ensuciar una casa que no es suya? Esos fatuos charlatanes. Cuando llegué aquí no Sólo me sentí libre de toda esa supuesta cultura, sino también de la moral y las normas y las costumbres terrestres. Mis coordenadas son distintas, pensé. Lo único que tengo que hacer es matarlos Y luego vivir mi propia vida.

-Pero no le salió bien -dijo el capitán.

-No. A la hora del desayuno, después de mi quinto asesinato, descubrí que a pesar de todo no soy un hombre totalmente nuevo, totalmente marciano. No pude desprenderme con tanta facilidad de todo lo

que aprendí en la Tierra. Pero ahora me siento tranquilo otra vez. Los mataré a todos. Eso retrasará el viaje del próximo cohete unos cinco años. Este cohete es el único que tienen. En la Tierra esperarán un año, dos años. Sin noticias de nosotros, temerán construir una nueva nave. Antes lanzarán al espacio un centenar de modelos experimentales, para evitar otro, fracaso.

-Sí, así sería.

-Por otra parte, un buen informe suyo, si usted vuelve, acelerará la invasión del planeta. Con un poco de suerte viviré hasta los sesenta años. Las expediciones que lleguen a Marte, aquí me encontrarán. Vendrá una sola nave cada vez, aproximadamente una por año, con una tripulación no mayor de veinte hombres. Me haré amigo de ellos y les explicaré que nuestro cohete estalló cierto día. Proyecto volarlo en cuanto termine mi tarea de esta semana. Los mataré a todos. Marte seguirá intacto durante el próximo medio siglo. Tal vez los terrestres renuncien al fin. ¿Recuerda cómo se cansaron de construir zepelines que caían en llamas uno tras otro?

-Lo ha previsto todo -admitió el capitán.

-Sí, señor.

-Pero nosotros somos muchos. Dentro de una hora cerraremos el cerco. Dentro de una hora morirá.

-He encontrado algunos pasajes subterráneos y un refugio que ustedes jamás descubrirán. Viviré allí algún tiempo, y cuando ustedes se descuiden, saldré y los iré cazando, uno a uno.

El capitán inclinó la cabeza.

-Cuénteme algo de esa civilización -dijo señalando con la mano las ciudades de la montaña.

-Sabían cómo vivir con la naturaleza, y cómo entenderla. No trataron de ser sólo hombres y no animales. Cuando apareció, Darwin cometimos ese error. Lo recibimos con los brazos abiertos y también a Huxley y a Freud, deshaciéndonos en sonrisas. Después descubrimos que no era posible conciliar las teorías de Darwin con nuestras religiones, o por lo menos así pensamos. Fuimos unos estúpidos. Quisimos derribar a Darwin, Huxley y a Freud. pero eran inconmovibles. Y entonces, como unos idiotas, intentamos destruir la religión.

»Lo conseguimos bastante bien. Perdimos nuestra fe y empezamos a preguntarnos para qué vivíamos. Si el arte no era más que la derivación de un deseo frustrado, si la religión no era más que un engaño, ¿para qué la vida? La fe había explicado siempre todas las cosas. Luego todo se fue por el vertedero, junto con Freud y Darwin. Fuimos y somos todavía un pueblo extraviado.

-¿Y estos marcianos encontraron el camino? -preguntó el capitán.

-Sí. En Marte aprendieron a combinar ciencia y religión para que funcionaran juntas, y se enriquecieran así mutuamente, sin contradecirse.

-Una solución ideal.

-Así es. Me gustaría mostrarle cómo lo hicieron.

-Mis hombres me esperan.

-Media hora bastará. Avíseles, capitán.

El capitán titubeaba. Al fin se levantó y lanzó una orden a los que estaban al pie de la colina.

Spender lo llevó a una aldea marciana de edificios de mármol

Pulido y fresco, decorados con frisos de hermosos animales: felinos de patas blancas, símbolos solares de patas amarillas, estatuas de criaturas que parecían toros, estatuas de hombres y mujeres, y de perros enormes delicadamente cincelados.

-He aquí la respuesta, capitán.

-No entiendo.

-Los marcianos descubrieron el secreto de la vida entre los animales. El animal no discute su vida, vive. No tiene otra razón de Vivir que la vida. Ama la vida y disfruta de la vida. Observe la estatuaria; cómo los símbolos animales se repiten una y otra vez.

-Parece algo pagano.

-Al contrario, son símbolos divinos, símbolos de vida. También en Marte el hombre había llegado a ser demasiado humano, y no bastante animal. Los hombres de Marte comprendieron que si querían sobrevivir tenían que dejar de preguntarse de una vez por todas: «¿Para qué vivir?» La respuesta era la vida misma. La vida era la propagación de más vida, y vivir la mejor vida posible. Los marcianos comprendieron que se preguntaban «¿Para qué vivir?» en la culminación de algún período de guerra y desesperanza, cuando no había respuestas. Pero cuando la civilización se tranquiliza y calla, y la guerra termina, la pregunta se convierte en insensata de un modo nuevo. La vida es buena entonces, y las discusiones son inútiles.

-Me parece que los marcianos eran bastante ingenuos.

-Sólo cuando les convenía. Renunciaron a empeñarse en destruirlo todo, humillarlo todo. Combinaron religión, arte y ciencia, pues en verdad la ciencia no es más que la investigación de un milagro inexplicable, y el arte, la interpretación de ese milagro. No permitieron que la ciencia aplastara la belleza. Se trata simplemente de una cuestión de grados. Un hombre de la Tierra piensa: «En ese cuadro no hay realmente color. Un físico puede probar que el color es sólo una forma de la materia, un reflejo de la luz, no la realidad misma». Un marciano, mucho más inteligente, diría: «Este cuadro es hermoso. Nació de la mano y la mente de un hombre inspirado. El tema y los colores vienen de la vida. Es una cosa buena».

Hubo una pausa. Sentado al sol de las primeras horas de la tarde, el capitán miraba con curiosidad el pueblo fresco y silencioso.

-Me gustaría vivir aquí -dijo.

-Puede hacerlo, si quiere.

-¿Me está invitando?

-¿Acaso alguno de sus hombres comprendería verdaderamente todo esto? Son cínicos profesionales, y para ellos es demasiado tarde. ¿Por qué quiere volver junto a ellos? ¿Para vivir con el rebaño? ¿Para comprarse un giróscopo, como cualquiera de sus vecinos? ¿Para oír música con una libreta de notas y no con las entrañas? Ahí abajo, en uno de los patios, hay un cilindro de música marciana de

cincuenta mil años de antigüedad. Todavía se oye. Es una música incomparable. Usted podría escucharla. Hay también libros. Yo ya los leo. Podría usted descansar y leerlos

-Parece maravilloso, Spender.

-Pero usted no va a quedarse.

-No. Gracias, sin embargo.

-Y seguramente no me dejarán tranquilo. Tendré que matarlos a todos.

-Es usted optimista.

-He encontrado un motivo para luchar y vivir. Eso me hace más peligroso. He encontrado algo que es para mí como una religión. Como aprender a respirar otra vez. Sentir en la piel la caricia del sol, dejar que el sol trabaje en uno, escuchar música, leer un libro. ¿Qué me ofrece en cambio la civilización de usted?

El capitán cambió de postura. Meneó la cabeza.

-Lamento mucho todo esto, lo lamento de veras.

-También yo. Creo que será mejor que lo lleve de vuelta y que empiece a preparar el ataque.

-Sí.

-Capitán, yo no voy a matarlo. Cuando todo haya terminado, usted seguirá con vida.

-¿Cómo?

-Desde un principio decidí no tocarlo.

-Pero...

-Lo voy a librar de los demás. Cuando hayan muerto, quizá cambie usted de opinión.

-No -dijo el capitán-. Llevo en mis venas demasiada sangre terrestre. No dejaré de perseguirlo.

-Aun cuando pueda quedarse aquí.

-Es curioso, pero sí, aun así. No sé por qué, no me lo he preguntado. Bueno, nos separamos aquí. -Habían vuelto al sitio en donde se habían encontrado-. ¿Quiere usted acompañarme sin resistirse, Spender? Es mi última oferta.

-No, gracias. -Spender extendió una mano-. Espere un momento. Si usted gana, hágame un favor. Trate de postergar la destrucción de este planeta, al menos durante cincuenta años. Hasta que los arqueólogos hayan tenido una buena oportunidad. ¿Lo hará usted?

-Se lo prometo.

-Y por último, si le sirve de algo, recuérdeme como un neurótico que enloqueció un día de verano y que nunca recobró la razón Así será más fácil para usted.

-Así lo haré. Adiós, Spender. Buena suerte.

-Es usted un hombre raro -comentó Spender, mientras el capitán bajaba por el sendero, azotado por el viento caluroso.

El capitán se reunió con sus hombres cubiertos de polvo. Miró el sol con los ojos entornados, respirando con dificultad.

-¿Hay algo para beber? -preguntó. Alguien le puso en las manos una botella fresca-. Gracias. -Bebió y se enjugó los labios-. Bueno -prosiguió-. Anden con cuidado. Disponemos de un tiempo ilimitado y no quiero perder más hombres. Hay que matarlo. No quiso bajar. Si es posible, mátenlo de un solo tiro. No lo hagan pedazos. Terminen pronto.

-Voy a meterle una bala en el maldito cerebro -dijo Sam Parkhill.

-No, tiren al pecho -dijo el capitán. Recordó el rostro fuerte y resuelto de Spender.

-El cochino cerebro... -continuó Parkhill.

El capitán le alargó la botella con un movimiento brusco.

-Ya oyó lo que dije. Tiren al pecho.

Parkhill murmuró algo entre dientes.

-Vamos -dijo el capitán.

Volvieron a desplegarse, lentamente al principio, luego de prisa por las cálidas laderas. De pronto se encontraban en frescas cavernas que olían a musgo; de pronto en lugares abiertos y rocosos, que olían a sol sobre piedra.

«Odio la astucia cuando uno no se siente realmente astuto, ni quiere serlo -pensaba el capitán-. No puedo enorgullecerme de ir espiando por ahí y jactarme de que llevo a cabo grandes planes. Odio pensar que estoy cumpliendo con mi deber cuando no estoy seguro de que sea así. Al fin y al cabo, ¿quiénes somos nosotros? La mayoría siempre tiene razón, ¿no es así? Siempre, siempre. Jamás se equivoca, ni un breve e insignificante momento. En diez millones de años jamás se equivocó. ¿Qué es esa mayoría y quiénes la forman? ¿Qué piensa? ¿Cómo emprendió este camino? ¿Cambiará alguna vez? ¿Y por qué demonios he caído en esta putrefacta mayoría? No me siento a gusto. ¿Será claustrofobia, temor a las muchedumbres, o sentido común? ¿Es posible que un hombre tenga razón, aunque el resto del mundo opine que ellos tienen razón? No lo pensemos. Sometámonos, animémonos, y apretemos el gatillo. ¡Vaya, y vaya!»

Los hombres corrían y se agachaban, corrían y se agazapaban en las sombras. Mostraban los dientes, fatigados por el aire enrarecido, un aire que no había sido hecho para correr. El aire era tenue y tenían que descansar cinco minutos cada vez, jadeando, mientras unas manchas negras les bailaban delante de los ojos. Devoraban el aire delgado, nunca satisfechos, y cerraban con fuerza los párpados. Al fin se incorporaban, y alzando los fusiles desgarraban el aire enrarecido del verano con agujeros de sonido y calor.

Spender, inmóvil, sólo hacía fuego de cuando en cuando.

-¡Voy a saltarle los cochinos sesos! -aulló Parkhill, echando a correr por la ladera.

El capitán levantó el fusil y apuntó a Sam Parkhill. En seguida bajó el arma, y la contempló horrorizado.

-¿Qué iba a hacer? -se preguntó mirando la mano inerte. Había estado a punto de matar a Parkhill por la espalda-. Dios mío -murmuró.

Vio que Parkhill seguía corriendo y se arrojaba al suelo, poniéndose a salvo.

Una red de hombres que corrían estaban envolviendo a Spender. En la cima, detrás de dos rocas, Spender yacía agotado por la atmósfera enrarecida y con grandes manchas de sudor bajo los brazos. El capitán vio las dos rocas. Había entre ellas un intersticio de unos diez centímetros que mostraba el pecho de Spender.

-¡Eh! -gritó Parkhill-. ¡Sal de ahí! ¡Tengo una bala para tu cabeza!

El capitán Wilder esperaba. «¡Vamos, Spender! -se decía---. Escápate como me dijiste antes. Sólo tienes unos minutos. Escápate. Dijiste que lo harías. Escóndete en esos subterráneos que has encontrado y quédate allí meses, años, leyendo tus hermosos libros y bañándote en las piscinas de los templos. Vete, muchacho. Vete antes de que sea tarde.»

Spender no cambió de postura.

-¿Qué le pasará? -se preguntó el capitán.

Tomó el fusil y observó a los hombres que corrían escondiéndose. Miró las torres del inmaculado pueblo marciano, como piezas de ajedrez finamente cinceladas, caídas en la tarde. Vio las rocas, y entre ellas el pecho de Spender.

Parkhill se había lanzado al ataque, gritando con furia.

-No, Parkhill -dijo el capitán-. No puedo permitírselo. Ni usted ni ninguno de los otros. No. Ninguno de ustedes. Yo solo.

Levantó el fusil y apuntó.

«¿No me estoy ensuciando las manos? -pensó-. ¿Está bien que sea yo quien lo haga? Sí, lo está. Sé lo que hago y por qué. Sólo yo puedo hacerlo, y no sé si después podré seguir con vida.»

Le hizo una seña a Spender con la cabeza.

-Vete -dijo en un susurro que nadie oyó-. Te doy treinta segundos más. Treinta segundos...

El reloj le latía en la muñeca. El capitán lo miraba. Los hombres corrían agazapados. Spender no se movía. El reloj latió mucho tiempo con mucho ruido, en los oídos del capitán.

-¡Vete! ¡Vete, Spender! ¡Rápido!

El rifle apuntaba. El capitán tomó aliento.

-¡Spender! -murmuró.

Y apretó el gatillo.

Una débil polvareda asomó entre las rocas y se elevó a la luz del sol. Eso fue todo. Los ecos del estampido se desvanecieron.

El capitán Wilder se incorporó y llamó a sus hombres.

-Está muerto.

Los otros no lo creyeron

Desde donde estaban no se podía ver aquella fisura entre las rocas. Vieron correr al capitán colina arriba, solo, y pensaron o que era un valiente o que había enloquecido.

Unos minutos después, los hombres subieron detrás del capitán. Se juntaron alrededor del cadáver y uno de ellos dijo:

-¿En el pecho?

El capitán bajó los ojos.

-En el pecho -contestó. Bajo el cuerpo de Spender las rocas habían cambiado de color-. ¿Por qué habrá esperado? ¿Por qué no escapó como decía? ¿Por qué se dejó matar?

-¿Quién sabe? -dijo uno.

Spender yacía con las manos crispadas: una sobre el rifle, la otra sobre el libro de plata que brillaba al sol.

«¿Seré yo el culpable? -pensó el capitán-. ¿Por qué no quise ceder? ¿Aborrecía Spender la idea de matarme? ¿Acaso soy distinto de los otros? Pensó que podía confiar en mí. ¿Hay otra respuesta?»

Ninguna. Se agachó al lado del cuerpo silencioso.

«Tengo que cumplir mi parte -se dijo-. No puedo abandonarlo. Si se reconocía en mí, y por eso no pudo matarme, qué tarea difícil me espera. Así es, sí, así es. Soy Spender ahora. Sin embargo, yo pienso antes de abrir fuego. No mato. Trato de entenderme con la gente. No pudo matarme porque yo era él mismo, aunque con ciertas diferencias.»

El capitán sintió el calor del sol en la nuca. Se oyó decir a sí mismo:

-Si por lo menos hubiera hablado conmigo antes de matar.. Habríamos encontrado una solución.

-¿Qué solución? -preguntó Parkhill-. No hay solución posible con esa gente.

El zumbido del calor cubría la tierra, salía de las rocas, bajaba del cielo.

-Tiene razón -dijo el capitán-. Tal vez Spender y yo hubiéramos podido entendernos. Pero Spender y usted y todos los demás, no, nunca. Es mejor que haya muerto. Pásenme esa cantimplora.

El mismo capitán sugirió el sarcófago vacío. Habían encontrado Un antiguo cementerio marciano. Pusieron a Spender en el cajón de plata, con ceras y vinos de diez mil años de antigüedad, y le cruzaron las manos sobre el pecho. Lo último que vieron de él fue un rostro tranquilo.

Permanecieron un momento en la antigua cripta.

-Creo que sería bueno para ustedes que pensaran en Spender de vez en cuando -dijo el capitán.

Salieron de la cripta y cerraron la puerta de mármol.

A la tarde siguiente, Parkhill se dedicó a hacer ejercicios de tiro al blanco en una de las ciudades muertas, rompiendo los cristales de las ventanas y volando las puntas de las frágiles torres.

El capitán lo sorprendió y le hizo saltar los dientes de un puñetazo.

AGOSTO DE 2001

Los Colonos

Los hombres de la Tierra llegaron a Marte.

Llegaron porque tenían miedo o porque no lo tenían, porque eran felices o desdichados, porque se sentían como los Peregrinos, o porque no se sentían como los Peregrinos. Cada uno de ellos tenía una razón diferente. Abandonaban mujeres odiosas, trabajos odiosos o ciudades odiosas; venían para encontrar algo, dejar algo o conseguir algo; para desenterrar algo, enterrar algo o alejarse de algo. Venían con sueños ridículos, con sueños nobles o sin sueños. El dedo del gobierno señalaba desde letreros a cuatro colores, en innumerables ciudades: HAY TRABAJO PARA USTED EN EL CIELO. ¡VISITE MARTE! Y los hombres se lanzaban al espacio. Al principio sólo unos pocos, unas docenas, porque casi todos se sentían enfermos aun antes que el cohete dejara la Tierra. Y a esta enfermedad la llamaban la soledad, porque cuando uno ve que su casa se reduce hasta tener el tamaño de un puño, de una nuez, de una cabeza de alfiler, y luego desaparece detrás de una estela de fuego, uno siente que nunca ha nacido, que no hay ciudades, que uno no está en ninguna parte, y sólo hay espacio alrededor, sin nada familiar, sólo otros hombres extraños. Y cuando los estados de Illinois, lowa, Missouri o Montana desaparecen en un mar de nubes, y más aún, cuando los Estados Unidos son sólo una isla envuelta en nieblas y todo el planeta parece una pelota embarrada lanzada a lo lejos, entonces uno se siente verdaderamente solo, errando por las llanuras del espacio, en busca de un mundo que es imposible imaginar.

No era raro, por lo tanto, que los primeros hombres fueran pocos. Crecieron y crecieron en número hasta superar a los hombres que ya se encontraban en Marte. Los números eran alentadores.

Pero los primeros solitarios no tuvieron ese consuelo.

DICIEMBRE DE 2001

La mañana verde

Cuando el sol se puso, el hombre se acuclilló junto al sendero y preparó una cena frugal y escuchó el crepitar de las llamas mientras se nevaba la comida a la boca y masticaba con aire pensativo. Había sido un día no muy distinto de otros treinta, con muchos hoyos cuidadosamente cavados en las horas del alba, semillas echadas en los hoyos, y agua traída de los brillantes canales. Ahora, con un cansancio de hierro en el cuerpo delgado, yacía de espaldas y observaba cómo el color del cielo pasaba de una oscuridad a otra.

Se llamaba Benjamín Driscoll, tenía treinta y un años, y quería que Marte creciera verde y alto con árboles y follajes, produciendo aire, mucho aire, aire que aumentaría en cada temporada. Los árboles refrescarían las ciudades abrasadas por el verano, los árboles pararían los vientos del invierno. Un árbol podía hacer muchas cosas: dar color, dar sombra, fruta, o convertirse en paraíso para los niños; un universo aéreo de escalas y columpios, una arquitectura de alimento y de placer, eso era un árbol. Pero los árboles, ante todo, destilaban un aire helado para los pulmones y un gentil susurro para los oídos, cuando uno está acostado de noche en lechos de nieve y el sonido invita dulcemente a dormir.

Benjamín Driscoll escuchaba cómo la tierra oscura se recogía en sí misma, en espera del sol y las lluvias que aún no habían llegado. Acercaba la oreja al suelo y escuchaba a lo lejos las pisadas de los años e imaginaba los verdes brotes de las semillas sembradas ese día; los brotes buscaban apoyo en el cielo, y echaban rama tras rama hasta que Marte era un bosque vespertino, un huerto brillante.

En las primeras horas de la mañana, cuando el pálido sol se elevase débilmente entre las apretadas colinas, Benjamín Driscoll se levantaría y acabaría en unos pocos minutos con un desayuno ahumado, aplastaría las cenizas de la hoguera y empezaría a trabajar con los sacos a la espalda, probando, cavando, sembrando semillas y bulbos, apisonando levemente la tierra, regando, siguiendo adelante, silbando, mirando el cielo claro cada vez más brillante a medida que pasaba la mañana.

-Necesitas aire -le dijo al fuego nocturno.

El fuego era un rubicundo y vivaz compañero que respondía con un chasquido, y en la noche helada dormía allí cerca, entornando los ojos, sonrosados, soñolientos y tibios.

-Todos necesitamos aire. Hay aire enrarecido aquí en Marte. Se cansa uno tan pronto... Es como vivir en la cima de los Andes. Uno aspira y no consigue nada. No satisface.

Se palpó la caja del tórax. En treinta días, cómo había crecido. Para que entrara más aire había que desarrollar los pulmones. o plantar más árboles.

-Para eso estoy aquí -se dijo. El fuego le respondió con un chasquido-. En las escuelas nos contaban la historia de Johnny Appleseed, que anduvo por toda América plantando semillas de manzanos. Bueno, pues yo hago más. Yo planto robles, olmos, arces y toda clase de árboles; álamos, cedros y castaños. No pienso sólo en alimentar el estómago con fruta, fabrico aire para los pulmones. Cuando estos árboles crezcan algunos de estos años, ¡cuánto oxígeno darán!

Recordó su llegada a Marte. Como otros mil paseó los ojos por la apacible mañana y se dijo:

-¿Qué haré yo en este mundo? ¿Habrá trabajo para mí?

Luego se había desmayado.

Volvió en sí, tosiendo. Alguien le apretaba contra la nariz un frasco de amoníaco.

-Se sentirá bien en seguida -dijo el médico.

-¿Qué me ha pasado?

-El aire enrarecido. Algunos no pueden adaptarse. Me parece que tendrá que volver a la Tierra.

-¡No!

Se sentó y casi inmediatamente se le oscurecieron los ojos y Marte giró dos veces debajo de él. Respiró con fuerza y obligó a los pulmones a que bebieran en el profundo vacío.

- Ya me estoy acostumbrando. ¡Tengo que quedarme!

Le dejaron allí, acostado, boqueando horriblemente, como un pez. <<Aire, aire, aire -pensaba-. Me mandan de vuelta a causa del aire.» Y volvió la cabeza hacia los campos y colinas marcianos. y cuando se le aclararon los ojos vio en seguida que no había árboles, ningún árbol, ni cerca ni lejos. Era una tierra desnuda, negra, desolada, sin ni siquiera hierbas. Aire, pensó, mientras una sustancia enrarecida le silbaba en la nariz. Aire, aire. Y en la cima de las colinas, en la sombra de las laderas y aun a orillas de los arroyos, ni un árbol, ni una solitaria brizna de hierba. ¡Por supuesto! Sintió que la respuesta no le venía del cerebro, sino de los pulmones y la garganta. Y el pensamiento fue como una repentina ráfaga de oxígeno puro, y lo puso de pie. Hierba y árboles. Se miró las manos, el dorso, las palmas. Sembraría hierba y árboles. Ésa sería su tarea, luchar contra la cosa que le impedía quedarse en Marte. Libraría una privada guerra hortícola contra Marte. Ahí estaba el viejo suelo, y las plantas que habían crecido en él eran tan antiguas que al fin habían desaparecido. Pero ¿y si trajera nuevas especies? Árboles terrestres, grandes mimosas, sauces llorones, magnolias, majestuosos eucaliptos. ¿Qué ocurriría entonces? Quién sabe qué riqueza mineral no ocultaba el suelo, y que no asomaba a la superficie porque los helechos, las flores, los arbustos Y los árboles viejos habían muerto de cansancio.

-¡Permítanme levantarme! -gritó-. ¡Quiero ver al coordinador!

Habló con el coordinador de cosas que crecían y eran verdes, toda una mañana. Pasarían meses, o años, antes de que se organizasen las plantaciones. Hasta ahora, los alimentos se traían congelados desde la Tierra, en carámbanos volantes, y unos pocos jardines públicos verdeaban en instalaciones hidropónicas.

-Entretanto, ésta será su tarea -dijo el coordinador-. Le entregaremos todas nuestras semillas; no son muchas. No sobra espacio en los cohetes por ahora. Además, estas primeras ciudades son colectividades mineras, y me temo que sus plantaciones no contarán con muchas simpatías.

-¿Pero me dejarán trabajar?

Lo dejaron. En una simple motocicleta, con la caja llena de semillas y retoños, llegó a este valle solitario, y echó pie a tierra.

Eso había ocurrido hacía treinta días, y nunca había mirado atrás. Mirar atrás hubiera sido descorazonarse para siempre. El tiempo era excesivamente seco, parecía poco probable que las semillas hubiesen germinado. Quizá toda su campaña, esas cuatro semanas en que había cavado encorvado sobre la tierra, estaba perdida. Clavaba los ojos adelante, avanzando poco a poco por el inmenso valle soleado, alejándose de la primera ciudad, aguardando la llegada de las lluvias.

Mientras se cubría los hombros con la manta, vio que las nubes se acumulaban sobre las montañas secas. Todo en Marte era tan imprevisible como el curso del tiempo. Sintió alrededor las calcinadas

colinas, que la escarcha de la noche iba empapando, y pensó en la tierra del valle, negra como la tinta, tan negra y lustrosa que parecía arrastrarse y vivir en el hueco de la mano, una tierra fecunda en donde podrían brotar unas habas de larguísimos tallos, de donde caerían quizás unos gigantes de voz enorme, dándose unos golpes que le sacudirían los huesos.

El fuego tembló sobre las cenizas soñolientas. El distante rodar de un carro estremeció el aire tranquilo. Un trueno. Y en seguida un olor a agua.

«Esta noche -pensó-. Y extendió la mano para sentir la lluvia. Esta noche.»

Lo despertó un golpe muy leve en la frente.

El agua le corrió por la nariz hasta los labios. Una gota le cayó en un ojo, nublándolo. Otra le estalló en la barbilla.

La lluvia.

Fresca, dulce y tranquila, caía desde lo alto del cielo como un elixir mágico que sabía a encantamientos, estrellas y aire, arrastraba un polvo de especias, y se le movía en la lengua como raro jerez liviano.

Se incorporó. Dejó caer la manta y la camisa azul. La lluvia arreciaba en gotas más sólidas. Un animal invisible danzó sobre el fuego y lo pisoteó hasta convertirlo en un humo airado. Caía la lluvia. La gran tapa negra del cielo se dividió en seis trozos de azul pulverizado, como un agrietado y maravilloso esmalte y se precipitó a tierra. Diez billones de diamantes titubearon un momento y la descarga eléctrica se adelantó a fotografiarlos. Luego oscuridad y agua.

Calado hasta los huesos, Benjamín Driscoll se reía y se reía mientras el agua le golpeaba los párpados. Aplaudió, y se incorporó, y dio una vuelta por el pequeño campamento, y era la una de la mañana.

Llovió sin cesar durante dos horas Luego aparecieron las estrellas, recién lavadas y más brillantes que nunca.

El señor Benjamín Driscoll sacó una muda de ropa de una bolsa de celofán, se cambió, y se durmió con una sonrisa en los
labios

El sol asomó lentamente entre las colinas. Se extendió pacíficamente sobre la tierra y despertó al señor Driscoll.

No se levantó en seguida. Había esperado ese momento durante todo un interminable y caluroso mes de trabajo, y ahora al fin se incorporó y miró hacia atrás.

Era una mañana verde.

Los árboles se erguían contra el cielo, uno tras otro, hasta el horizonte. No un árbol, ni dos, ni una docena, sino todos los que había plantado en semillas y retoños. Y no árboles pequeños, no, ni brotes tiernos, sino árboles grandes, enormes y altos como diez hombres, verdes y verdes, vigorosos y redondos y macizos, árboles de resplandecientes hojas metálicas, árboles susurrantes, árboles alineados sobre las colinas, limoneros, tilos, pinos, mimosas, robles, olmos, álamos, cerezos, arces,

fresnos, manzanos, naranjos, eucaliptos, estimulados por la lluvia tumultuosa, alimentados por el suelo mágico y extraño, árboles que ante sus propios ojos echaban nuevas ramas, nuevos brotes.

-¡Imposible! -exclamó el señor Driscoll.

Pero el valle y la mañana eran verdes.

¿Y el aire?

De todas partes, como una corriente móvil, como un río de las montañas, llegaba el aire nuevo, el oxígeno que brotaba de los árboles verdes. Se lo podía ver, brillando en las alturas, en oleadas de cristal. El oxígeno, fresco, puro y verde, el oxígeno frío que transformaba el valle en un delta frondoso. Un instante después las puertas de las casas se abrirían de par en par y la gente se precipitaría en el milagro nuevo del oxígeno, aspirándolo en bocanadas, con mejillas rojas, narices frías, pulmones revividos, corazones agitados, y cuerpos rendidos animados ahora en pasos de baile.

Benjamín Driscoll aspiró profundamente una bocanada de aire verde y húmedo, y se desmayó.

Antes que despertara de nuevo, otros cinco mil árboles habían subido hacia el sol amarillo.

FEBRERO DE 2002

Las langostas

Los cohetes incendiaron las rocosas praderas, transformaron la piedra en lava, la pradera en carbón, el agua en vapor, la arena y la sílice en un vidrio verde que reflejaba y multiplicaba la invasión, como espejos hechos trizas. Los cohetes vinieron como langostas y se posaron como enjambres envueltos en rosadas flores de humo. Y de los cohetes salieron de prisa los hombres armados de martillos, con las bocas orladas de clavos como animales feroces de dientes de acero, y dispuestos a dar a aquel mundo extraño una forma familiar, dispuestos a derribar todo lo insólito, escupieron los clavos en las manos activas, levantaron a martillazos las casas de madera, clavaron rápidamente los techos que suprimirían el imponente cielo estrellado e instalaron unas persianas verdes que ocultarían la noche. Y cuando los carpinteros terminaron su trabajo, llegaron las mujeres con tiestos de flores y telas de algodón y cacerolas, y el ruido de las vajillas, cubrió el silencio de Marte, que esperaba detrás de puertas y ventanas.

En seis meses surgieron doce pueblos en el planeta desierto, con una luminosa algarabía de tubos de neón y amarillos bulbos eléctricos. En total, unas noventa mil personas llegaron a Marte, y otras más en la Tierra preparaban las maletas...

AGOSTO DE 2002

Encuentro Nocturno

Antes de subir hacia las colinas azules, Tomás Gómez se detuvo en la solitaria estación de gasolina.

- Aquí se sentirá usted bastante solo - le dijo al viejo.

El viejo pasó un trapo por el parabrisas de la camioneta.

- No me quejo.

- ¿Le gusta Marte?

- Muchísimo. Siempre hay algo nuevo. Cuando llegué aquí el año pasado, decidí no esperar nada, no preguntar nada, no sorprenderme por nada. Tenemos que mirar las cosas de aquí, y qué diferentes son. El tiempo, por ejemplo, me divierte muchísimo. Es un tiempo marciano. Un calor de mil demonios de día y un frío de mil demonios de noche. Y las flores y la lluvia, tan diferentes. Es asombroso. Vine a Marte a retirarme, y busqué un sitio donde todo fuera diferente. Un viejo necesita una vida diferente. Los jóvenes no quieren hablar con él, y con los otros viejos se aburre de un modo atroz. Así que pensé: lo mejor será buscar un sitio tan diferente que uno abre los ojos y ya se entretiene. Conseguí esta estación de gasolina. Si los negocios marchan demasiado bien, me instalaré en una vieja carretera menos bulliciosa, donde pueda ganar lo suficiente para vivir y me quede tiempo para sentir estas cosas tan diferentes.

- Ha dado usted en el clavo - dijo Tomás. Sus manos le descansaban sobre el volante. Estaba contento. Había trabajado casi dos semanas en una de las nuevas colonias y ahora tenía dos días libres e iba a una fiesta.

- Ya nada me sorprende - prosiguió el viejo -. Miro y observo, nada más. Si uno no acepta a Marte como es, puede volverse a la Tierra. En este mundo todo es raro; el suelo, el aire los canales, los indígenas (aun no los he visto, pero dicen que andan por aquí) y los relojes. Hasta mi reloj anda de un modo gracioso. Hasta el tiempo es raro en Marte. A veces me siento muy solo, como si yo fuese el único habitante de este planeta; apostaría la cabeza. Otras veces me siento como si me hubiera encogido y todo lo demás se hubiera agrandado. ¡Dios! ¡No hay sitio como éste para un viejo! Estoy siempre alegre y animado. ¿Sabe usted cómo es Marte? Es como un juguete que me regalaron en Navidad, hace setenta años. No sé si usted lo conoce. Lo llamaban calidoscopio: trocitos de vidrio o de tela de muchos colores. Se levanta hacia la luz y se mira y se queda uno sin aliento. ¡Cuántos dibujos! Bueno, pues así es Marte. Disfrútelo. Tómelo como es. ¡Dios! ¿Sabe que esa carretera marciana tiene dieciséis siglos y aún está en buenas condiciones? Es un dólar cincuenta. Gracias. Buenas noches.

Tomás se alejó por la antigua carretera, riendo entre dientes.

Era un largo camino que se internaba en la oscuridad y las colinas. Tomás, con una sola mano en el volante, sacaba con la otra, de cuando en cuando, un caramelo de la bolsa del almuerzo. Había viajado toda una hora sin encontrar en el camino ningún otro automóvil, ninguna luz. La carretera solitaria se deslizaba bajo las ruedas y sólo se oía el zumbido del motor. Marte era un mundo silencioso, pero aquella noche el silencio era mayor que nunca. Los desiertos y los mares secos giraban a su paso y las cintas de las montañas se alzaban contra las estrellas.

Esta noche había en el aire un olor a tiempo. Tomás sonrió. ¿Qué olor tenía el tiempo? El olor del polvo, los relojes, la gente. ¿Y qué sonido tenía el tiempo? Un sonido de agua en una cueva, y una voz muy triste y unas gotas sucias que caen sobre cajas vacías y un sonido de lluvia. Y aún más, ¿a qué se parecía el tiempo? A la nieve que cae calladamente en una habitación oscura, a una película muda en un cine muy viejo, a cien millones de rostros que descienden como esos globitos de Año Nuevo, que descienden y descienden en la nada. Eso era el tiempo, su sonido, su olor. Y esta noche (y Tomás sacó una mano fuera de la camioneta), esta noche casi se podía tocar el tiempo.

La camioneta se internó en las colinas del tiempo. Tomás sintió unas punzadas en la nuca y se sentó rígidamente, con la mirada fija en el camino.

Entraba en una muerta aldea marciana; paró el motor y se abandonó al silencio de la noche. Maravillado y absorto contempló los edificios blanqueados por las lunas. Deshabitados desde hacía siglos. Perfectos. En ruinas, pero perfectos.

Puso en marcha el motor, recorrió algo más de un kilómetro y se detuvo nuevamente. Dejó la camioneta y echó a andar llevando la bolsa de comestibles en la mano, hacia una loma desde donde aún se veía la aldea polvorienta. Abrió el termos y se sirvió una taza de café. Un pájaro nocturno pasó volando. La noche era hermosa y apacible.

Unos cinco minutos después se oyó un ruido. Entre las colinas, sobre la curva de la antigua carretera, hubo un movimiento, una luz mortecina, y luego un murmullo.

Tomás se volvió lentamente, con la taza de café en la mano derecha.

Y asomó en las colinas una extraña aparición.

Era una máquina que parecía un insecto de color verde jade, una mantis religiosa que saltaba suavemente en el aire frío de la noche, con diamantes verdes que parpadeaban sobre su cuerpo, indistintos, innumerables, y rubíes que centelleaban con ojos multifacéticos. Sus seis patas se posaron en la antigua carretera, como las últimas gotas de una lluvia, y desde el lomo de la máquina un marciano de ojos de oro fundido miró a Tomás como si mirara el fondo de un pozo.

Tomás levantó una mano y pensó automáticamente:

¡Hola!, aunque no movió los labios. Era un marciano. Pero Tomás habla nadado en la Tierra en ríos azules mientras los desconocidos pasaban por la carretera, y había comido en casas extrañas con gente extraña y su sonrisa había sido siempre su única defensa. No llevaba armas de fuego. Ni aun ahora advertía esa falta aunque un cierto temor le oprimía el pecho.

También el marciano tenía las manos vacías. Durante unos instantes, ambos se miraron en el aire frío de la noche.

Tomás dio el primer paso.

- ¡Hola! - gritó.

- ¡Hola! - contesto el marciano en su propio idioma. No se entendieron.

- ¿Has dicho hola? - dijeron los dos.

- ¿Qué has dicho? - preguntaron, cada uno en su lengua.

Los dos fruncieron el ceño.

- ¿Quién eres? - dijo Tomás en inglés.

- ¿Qué haces aquí - dijo el otro en marciano.

- ¿A dónde vas? - dijeron los dos al mismo tiempo, confundidos.

- Yo soy Tomás Gómez,

- Yo soy Muhe Ca.

No entendieron las palabras, pero se señalaron a sí mismos, golpeándose el pecho, y entonces el marciano sé echó a reír.

- ¡Espera!

Tomás sintió que le rozaban la cabeza, aunque ninguna mano lo había tocado.

- Ya está - dijo el marciano en inglés -. Así es mejor.

- ¡Qué pronto has aprendido mi idioma!

- No es nada.

Turbados por el nuevo silencio, ambos miraron el humeante café que Tomás tenía en la mano.

- ¿Algo distinto? - dijo el marciano mirándolo y mirando el café, y tal vez refiriéndose a ambos.

- ¿Puedo ofrecerte una taza? - dijo Tomás.

- Por favor.

El marciano descendió de su máquina.

Tomás sacó otra taza, la llenó de café y se la ofreció.

La mano de Tomás y la mano del marciano se confundieron, como manos de niebla.

- ¡Dios mío! - gritó Tomás, y soltó la taza.

- ¡En nombre de los Dioses! - dijo el marciano en su propio idioma.

- ¿Viste lo que pasó? - murmuraron ambos, helados por el terror.

El marciano se inclinó para tocar la taza, pero no pudo tocarla.

- ¡Señor! - dijo Tomás.

- Realmente... - comenzó a decir el marciano. Se enderezó, meditó un momento, y luego sacó un cuchillo de su cinturón.

- ¡Eh! - gritó Tomás.

- Has entendido mal. ¡Tómalo!

El marciano tiró al aire el cuchillo. Tomás juntó las manos. El cuchillo le pasó a través de la carne. Se inclinó para recogerlo, pero no lo pudo tocar y retrocedió, estremeciéndose.

Miró luego al marciano que se perfilaba contra el cielo.

- ¡Las estrellas! - dijo.

- ¡Las estrellas! - respondió el marciano mirando a Tomás.

Las estrellas eran blancas y claras más allá del cuerpo del marciano, y lucían dentro de su carne como centellas incrustadas en la tenue y fosforescente membrana de un pez gelatinoso; parpadeaban como ojos de color violeta en el estómago y en el pecho del marciano, y le brillaban como joyas en los brazos.

- ¡Eres transparente! - dijo Tomás.

- ¡Y tú también! - replicó el marciano retrocediendo.

Tomás se tocó el cuerpo, sintió su calor y se tranquilizó. «Yo soy real», pensó.

El marciano se tocó la nariz y los labios.

- Yo tengo carne - murmuró -. Yo estoy vivo.

Tomás miró fijamente al fío.

- Y si yo soy real, tú debes de estar muerto.

- ¡No! ¡Tú!

- ¡Un espectro!

- ¡Un fantasma!

Se señalaron el uno al otro y la luz de las estrellas les brillaba en los miembros como dagas, como trozos de hielo, corno luciérnagas, y se tocaron otra vez y se descubrieron intactos, calientes, animados, asombrados, despavoridos, y el otro, ah, si, ese otro, era sólo un prisma espectral que reflejaba la acumulada luz de unos mundos distantes.

Estoy borracho, pensó Tomás. No se lo contaré mañana a nadie. No, no.

Se miraron un tiempo, de pie, inmóviles, en la antigua carretera.

- ¿De dónde eres? - preguntó al fin el marciano.

- De la Tierra.

- ¿Qué es eso?

Tomás señaló el firmamento.

- ¿Cuándo llegaste?

- Hace más de un año, ¿no recuerdas?

- No.

- Y todos vosotros estabais muertos, así lo creímos. Tu raza ha desaparecido casi totalmente ¿no lo sabes?

- No. No es cierto.

- Sí. Todos muertos. Yo vi los cadáveres. Negros, en las habitaciones, en las casas. Muertos. Millares de muertos.

- Eso es ridículo. ¡Estamos vivos!

- Escúchame. Marte ha sido invadido. No puedes ignorarlo. Has escapado.

- ¿Yo? ¿Escapar de qué? No entiendo lo que dices. Voy a una fiesta en el canal, cerca de las montañas Eniall. Allí estuve anoche. ¿No ves la ciudad?

Tomás miró hacia donde le indicaba el marciano y vio las ruinas.

- Pero cómo, esa ciudad está muerta desde hace miles de años.

El marciano se echó a reír.

- ¡Muerta! dormí allí anoche

- Y Yo estuve allí la semana anterior y la otra, y hace un rato y es un montón de escombros. ¿No ves las columnas rotas?

- ¿Rotas? Las veo perfectamente a la luz de la luna. Intactas.

- Hay polvo en las calles - dijo Tomás.

- ¡Las calles están limpias!

- Los canales están vacíos.

- ¡Los canales están llenos de vino de lavándula!

- Está muerta.

- ¡Está viva! - protestó el marciano riéndose cada vez más -. Oh, estás muy equivocado ¿No ves las luces de la fiesta? Hay barcas hermosas esbeltas como mujeres, y mujeres hermosas esbeltas como barcas; mujeres del color de la arena, mujeres con flores de fuego en las manos. Las veo desde aquí, pequeñas, corriendo por las calles. Allá voy, a la fiesta. Flotaremos en las aguas toda la noche, cantaremos, beberemos, haremos el amor. ¿No las ves?

- Tu ciudad está muerta como un lagarto seco. Pregúntaselo a cualquiera de nuestro grupo. Voy a la Ciudad Verde. Es una colonia que hicimos hace poco cerca de la carretera de Illinois. No puedes ignorarlo. Trajimos trescientos mil metros cuadrados de madera de Oregon, y dos docenas de toneladas de buenos clavos de acero, y levantamos a martillazos los dos pueblos más bonitos que hayas podido ver. Esta noche festejaremos la inauguración de uno. Llegan de la Tierra un par de cohetes que traen a nuestras mujeres y a nuestras amigas. Habrá bailes y whisky...

El marciano estaba inquieto.

- ¿Dónde está todo eso?

Tomás lo llevó hasta el borde de la colina y señaló a lo lejos.

- Allá están los cohetes. ¿Los ves?

- No.

- ¡Maldita sea! ¡Ahí están! Esos aparatos largos y plateados.

- No.

Tomás se echó a reír.

- ¡Estás ciego!

- Veo perfectamente. ¡Eres tú el que no ve!

- Pero ves la nueva ciudad, ¿no es cierto?

- Yo veo un océano, y la marea baja.

- Señor, esa agua se evaporó hace cuarenta siglos.

- ¡Vamos, vamos! ¡Basta ya!

- Es cierto, te lo aseguro.

El marciano se puso muy serio.

- Dime otra vez. ¿No ves la ciudad que te describo? Las columnas muy blanca, las barcas muy finas, las luces de la fiesta... ¡Oh, lo veo todo tan claramente! Y escucha... Oigo los cantos. ¡No están tan lejos! Tomás escuchó y sacudió la cabeza.

- No.

- Y yo, en cambio, no puedo ver lo que tú me describes - dijo el marciano.

Volvieron a estremecerse. Sintieron frío.

- ¿Podría ser?

- ¿Qué?

- ¿Dijiste que «del cielo»?

- De la Tierra.

- La Tierra, un nombre, nada - dijo el marciano - Pero... al subir por el camino hace una hora... sentí...

Se llevó una mano a la nuca.

- ¿Frío?

- Sí.

- ¿Y ahora?

- Vuelvo a sentir frío. ¡Qué raro! Había algo en la luz, en las colinas, en el camino... - dijo el marciano -. Una sensación extraña... El camino, la luz... Durante unos instante creí ser el único sobreviviente de este mundo.

- Lo mismo me pasó a mí - dijo Tomás, y le pareció estar hablando con un amigo muy íntimo de algo secreto y apasionante.

El marciano meditó unos instantes con los ojos cerrados.

- Sólo hay una explicación. El tiempo. Sí. Eres una sombra del pasado.

- No. Tú, tú eres del pasado - dijo el hombre de la Tierra.

- ¡Qué seguro estas! ¿Cómo es posible afirmar quién pertenece al pasado y quién al futuro? ¿En qué año estamos?

- En el año dos mil dos.

- ¿Qué significa eso para mí?

Tomás reflexionó y se encogió de hombros.

- Nada.

- Es como si te dijera que estamos en el año 4462853 S.E.C. No significa nada. Menos que nada. Si algún reloj nos indicase la posición de las estrellas...

- ¡Pero las ruinas lo demuestran! Demuestran que yo soy el futuro, que yo estoy vivo, que tú estás muerto.

- Todo en mí lo desmiente. Me late el corazón, mi estómago siente hambre, mi garganta sed. No, no. Ni muertos, ni vivos, más vivos que nadie, quizá. Mejor, entre la vida y la muerte. Dos extraños cruzan en la noche. Nada más. Dos extraños que pasan. ¿Ruinas dijiste?

- Sí. ¿Tienes miedo?

- ¿Quién desea ver el futuro? ¿Quién ha podido desearlo alguna vez? Un hombre puede enfrentarse con el pasado, pero pensar... ¿Has dicho que las columnas se han desmoronado? ¿Y que el mar está vacío y los canales, secos y las doncellas muertas y las flores marchitas? - El marciano calló y miró hacia la ciudad lejana. - Pero están ahí. Las veo. ¿No me basta? Me aguardan ahora, y no importa lo que digas.

Y a Tomás también lo esperaban los cohetes, allá a lo lejos, y la ciudad, y las mujeres de la Tierra.

- Jamás nos pondremos de acuerdo - dijo.

- Admitamos nuestro desacuerdo - dijo el marciano -. ¿Qué importa quién es el pasado o el futuro, si ambos estamos vivos? Lo que ha de suceder sucederá, mañana o dentro de diez mil años. ¿Cómo sabes que esos templos no son los de tu propia civilización, dentro de cien siglos, desplomados y en ruinas? ¿No lo sabes? No preguntes entonces. La noche es muy breve. Allá van por el cielo los fuegos de la fiesta, y los pájaros.

Tomás tendió la mano. El marciano lo imitó. Sus manos no se tocaron, se fundieron atravesándose.

- ¿Volveremos a encontrarnos?

- ¡Quién sabe! Tal vez otra noche.

- Me gustaría ir contigo a la fiesta.

- Y a mí me gustaría ir a tu ciudad y ver esa nave de que me hablas y esos hombres, y oír todo lo que sucedió.

- Adiós - dijo Tomás.

- Buenas noches.

El marciano voló serenamente hacia las colinas en su vehículo de metal verde. El terrestre se metió en su camioneta y partió en silencio en dirección contraria.

- ¡Dios mío! ¡Qué pesadillas! - suspiró Tomás, con las manos en el volante, pensando en los cohetes, en las mujeres, en el whisky, en las noticias de Virginia, en la fiesta.

- ¡Qué extraña visión! - se dijo el marciano, y se alejó rápidamente, pensando en el festival, en los canales, en las barcas, en las mujeres de ojos dorados, y en las canciones.

La noche era oscura. Las lunas se habían puesto. La luz de las estrellas parpadeaba sobre la carretera ahora desierta y silenciosa. Y así siguió, sin un ruido, sin un automóvil, sin nadie, sin nada, durante toda la noche oscura y fresca.

FEBRERO DE 2003

Intermedio

Trajeron cinco mil metros cúbicos de madera de pino de Oregón para construir la décima ciudad, y veinticinco mil metros de abeto de California y levantaron a martillazos un pueblo limpio y claro, a orillas de los canales de piedra. En las noches de los domingos se iluminaban los vidrios rojos, azules y verdes de las iglesias, y desde la calle se oían los himnos numerados. «Cantaremos ahora el 79.» «Cantaremos ahora el 94». Y en ciertas casas se oía e duro repiqueteo de una máquina de escribir: el novelista estaba trabajando; o no se oía ningún ruido: el ex vagabundo estaba trabajando. Parecía a veces que un enorme terremoto hubiera arrancado de raíz una ciudad de lowa, y en un abrir y cerrar de ojos u ciclón fabuloso se hubiera llevado a Marte toda la ciudad, y la hubiera puesto allí sin una sacudida.

ABRIL DE 2003

Los músicos

Los niños daban largos paseos por el campo marciano. De cuando en cuando abrían las olorosas bolsas de papel y metían allí las narices, y respiraban el penetrante aroma del jamón y de los encurtidos con mayonesa y escuchaban el gorgoteo de la naranjada gaseosa en las botellas tibias. Balanceaban las bolsas de comestibles, repletas de cebollas verdes, acuosas y limpias, de olorosas salchichas, de roja salsa de tomate y de pan blanco, y se desafiaban mutuamente a desobedecer las órdenes severas de las madres. Corrían gritando:

-¡El primero se lleva todo!

Paseaban en verano, en otoño o en invierno. En otoño era más divertido, pues imaginaban entonces que arrastraban los pies entre las hojas otoñales de la Tierra.

Los niños de ojos de ágata azul, con las mejillas hinchadas de caramelos, lanzándose órdenes teñidas de cebolla, se desparramaban como canicas sobre las calzadas de mármol, a orillas de los canales.

Cuando llegaban a la ciudad muerta, a la ciudad prohibida, ya no era hora de gritar: «¡El último que llegue es una mujer!» o «¡El primero que llegue hace de músico!». Las puertas de la ciudad abandonada estaban abiertas para ellos y creían oír unos tenues crujidos en el interior de las casas, como hojas de otoño. Avanzaban imponiéndose silencio, unidos codo con codo, agitando sus Palos, recordando que sus padres les habían dicho: «¡Allá no! ¡A ninguna de las ciudades viejas! Cuidado adónde vas. Recibirás la paliza más grande de tu vida cuando vuelvas a casa. ¡Te miraremos los zapatos!».

Allí, en la ciudad muerta, un montón de niños, con sus meriendas a medio devorar, se desafiaban los unos a los otros, con agudos cuchicheos.

-¡Aquí no hay nada!

Y de pronto uno de ellos echaba a correr y entraba en la casa d piedra más próxima, cruzaba la sala y entraba en el dormitorio sin mirar alrededor comenzaba a dar puntapiés y a moverse con pasos arrastrados, y las hojas negras y quebradizas, finas como j rones de un cielo de medianoche, volaban

por el aire. Detrás d ese niño corrían otros seis, y el primero hacía de músico, tocando los blancos huesos xilofónicos que yacían bajo los copos cenicientos. Una enorme calavera aparecía a veces rodando, con una bola de nieve, y los niños gritaban. Las costillas parecían patas de araña y lloraban como un arpa de sonidos apagados, y lo negros copos de la mortalidad volaban alrededor de la arrastrad danza de los niños. Se empujaban unos a otros y caían entre la hojas, en la muerte que había transformado a los muertos en copos y sequedad, en un juego de niños con estómagos donde goteaba la naranjada gaseosa.

Y salían de una casa para entrar en otra, y así visitaban diecisiete casas, recordando que los horrores de todas las ciudades negra serían eliminados por los bomberos, guerreros antisépticos arma dos de palas y cajones, apartando con las palas los andrajos d ébano y las barras de menta de los huesos, separando lenta y eficazmente lo terrible de lo normal. De modo que los niños tenía que jugar de prisa, ¡pues muy pronto llegarían los bomberos!

Luego los niños, de rostros luminosos de sudor, mordisqueaban el último emparedado. Y después de un puntapié final, de un último concierto de marimba, de una última arremetida al montón de hojas otoñales, volvían a sus casas.

Las madres les examinaban los zapatos en busca de copos negros, y una vez descubiertos, venían los baños calientes y las palizas paternas.

A fines de ese año, los bomberos habían rastrillado las hojas secas y los blancos xilófonos, y se había acabado la diversión.

JUNIO DE 2003

Un camino a través del aire

-¿Te enteraste?

-¿De qué?

-¡Los negros, los negros!

-¿Qué les pasa?

-Se marchan, se van, ¿no lo sabes?

-¿Qué quieres decir? ¿Cómo pueden irse?

-Pueden irse. Se irán. Se van ya.

-¿Una pareja?

-Todos los que hay en el Sur.

-No.

-Sí.

-Imposible. No lo creo. ¿Adónde? ¿A África?

Silencio.

-A Marte.

-¿Quieres decir al planeta Marte?

-Exactamente.

Las figuras de los hombres se alzaban en la sombra cálida del porche de la ferretería. Uno de ellos dejó de encender una pipa. Otro escupió en el polvo ardiente y luminoso.

-No pueden irse. No pueden hacerlo.

-Pues sin embargo se van.

-¿Cómo lo sabes?

-Lo dicen en todas partes. Hace un minuto lo dijo la radio.

Como una hilera de estatuas polvorientas, los hombres se animaron.

Samuel Teece, el propietario de la ferretería, rió nerviosamente.

-Me pregunto qué le habrá pasado a Silly. Lo mandé con mi bicicleta hace ya una hora. Todavía no ha vuelto de casa de la señora Bordrnan. ¿Creen ustedes que ese negro tonto se habrá ido a Marte pedaleando?

Los otros gruñeron.

-Mejor será que me devuelva la bicicleta. No digo más, sí, señor. Por Dios, no permitiré que nadie me robe.

-¡Oigan!

Irritados, los hombres se volvieron, tropezando unos con otros.

Las aguas negras y cálidas descendían desde lo alto de la calle e inundaban el pueblo, como si se hubiera roto un dique. La marea negra corría entre las resplandecientes riberas blancas de las casas, entre los silencios de los árboles. Avanzaba espesamente, como una melaza de verano, sobre la canela polvorienta del camino; avanzaba lentamente, lentamente, y era hombres y mujeres y caballos y perros alborotados, y niños y niñas. Y de las bocas de la gente que formaba aquella marea, salía un sonido de río. Un río de verano que iba a alguna parte, sonoro e irrevocable. Y en ese caudal sombrío, lento y continuo, que atravesaba el blanco resplandor del verano, se veían unas vivas pinceladas de un blanco alerta: los ojos, los ojos de marfil que miraban adelante y a los lados, mientras el río, el largo e interminable río, entraba en un cauce nuevo. Con innumerables afluentes, con arroyos de animado color, se había formado una corriente madre que no dejaba de crecer. Y flotando entre las olas iban las cosas que se llevaba al río: relojes de pared con ruidosos carillones, relojes de cocina de sonoro tictac, gallinas enjauladas que protestaban cacareando, y bebés que lloriqueaban, y nadando entre los espesos remolinos iban mulas y gatos, colchones con los muelles al

aire y las crines revueltas y enloquecidas, y cajas y canastos, y retratos de oscuros abuelos en marcos de roble... El río pasaba, y los hombres estaban ahí en el porche, como nerviosos perros de presa -era demasiado tarde para reparar el dique-, con las manos vacías.

Samuel Téece no quería creerlo.

-¿Cómo diablos van a viajar? ¿Cómo van a llegar a Marte?

-En cohetes -dijo el viejo Quartermain.

-¡Malditos aparatos! Pero ¿de dónde los habrán sacado?

-Ahorraron dinero y los construyeron.

-No sabía nada.

-Parece que estos negros guardaron el secreto, y los armaron ellos mismos... Quizás en África.

-¿Y pueden hacerlo? -preguntó Samuel Téece, paseándose por el porche-. ¿No hay una ley?

-No es lo mismo que si declarasen la guerra -dijo el viejo en voz baja.

-¿De dónde van a partir esos malditos conspiradores? -exclamó

- Los negros del pueblo están citados en el lago Loon. Los cohetes estarán allí a la una; los recogerán y los llevarán a Marte.

-¡Telefoneen al gobernador, llamen a la milicia! -gritó Teece- ¡No pueden irse sin avisarnos!

-Ahí viene su mujer, Teece.

Los hombres se volvieron otra vez.

Calle abajo, en la luz ardiente y sin viento, apareció primero una mujer blanca y luego otra, y todas traían unas caras de asombro, y todas susurraban como papeles viejos. Algunas lloraban, otras estaban serias. Todas venían en busca de sus maridos. Empujaban las puertas de vaivén y desaparecían en las tabernas. Entraban en los almacenes frescos y silenciosos. Se metían en las droguerías y en los garajes. Y una de ellas, la señora Clara Téece, se detuvo al pie del porche de la ferretería, en el polvo de la calle, y miró parpadeando a su tieso y enfurecido marido mientras el caudaloso río negro fluía detrás.

-Es Lucinda, Sam. ¡Tienes que venir a casa!

-¡No me moveré por una condenada negra!

-Se va. ¿Qué haré sin ella?

-Te las arreglarás. Yo no voy a pedirle de rodillas que se quede.

-Pero es casi de la familia -gimoteó la señora Teece.

-¡No grites! Lloriqueando así en público por culpa de una maldita...

La mujer sollozó débilmente y Téece se calló.

-Me cansé de decirle: «Lucinda, quédate y te subiré el sueldo-comenzó a recitar la señora Téece secándose los ojos-. Tendrás dos noches libres por semana, si quieres». Pero estaba realmente decidida. Nunca la vi así. Y entonces le dije: «¿No me quieres, Lucinda?». Y ella me dijo que sí, pero que tenía que irse pues así eran las cosas. Limpió la casa, preparó el almuerzo, lo sirvió, y luego apareció en la puerta de la sala, y allí estaba con dos paquetes en el suelo, junto a ella, uno a cada lado, y me dio la mano y me dijo: «Adiós, señora Téece». Y se fue. Allá quedó el almuerzo sobre la mesa, y todos tan aturdidos que ni siquiera lo probamos. Todavía estará allí. La última vez que lo miré, ya estaba casi frío.

Téece tuvo ganas de pegarle.

-Maldición, señora Teece, váyase a casa. ¡Qué espectáculo está dando!

-Pero, Sam...

Téece entró a grandes trancos en la cálida oscuridad de la tienda. Un instante después reapareció con un revólver plateado en la mano.

La señora Teece se había ido.

El río fluía oscuramente entre los edificios, susurrando, crujiendo, con un constante y apagado ruido de pasos, con un movimiento decidido y tranquilo, sin risas, sin gestos, como una corriente interminable, firme y decidida.

Téece se sentó en el borde de la silla de madera.

-Si alguno de ellos se atreve a reírse, ¡por Cristo que lo mato!

Los hombres esperaron.

El río pasaba lentamente en el somnoliento mediodía.

-Parece que tendrás que cosechar tus propios nabos, Sam Tee ce -rió el viejo Quartermain entre dientes.

-También puedo acertarle a algún blanco -replicó Téece sin mirar al viejo.

El viejo volvió la cabeza y cerró la boca.

-¡Un momento! -Samuel Téece saltó del porche, alargó un brazo y agarró las riendas de un caballo montado por un negro-: ¡Tú, Belter, bájate!

-Sí, señor.

Belter desmontó.

Teece lo miró de arriba abajo.

-¿Qué crees que estás haciendo?

-Mire, señor Teece...

-Supongo que piensas irte... ¿Cómo dice esa canción? «Camino arriba, a través del aire», ¿no es así?

-Sí, señor.

El negro esperó.

-¿Recuerdas que me debes cincuenta dólares, Belter?

-Sí, señor.

-¿Y quieres escaparte? ¡Te mataré a latigazos!

-Con toda esa agitación, se me había olvidado, señor.

-Se le había olvidado... -Teece echó un guiño malicioso a los hombres que estaban en el porche-. Maldito seas, muchacho, ¿sabes lo que vas a hacer?

-No, señor.

-Pues vas a trabajar hasta pagarme esos cincuenta dólares, o no me llamo Samuel W Teece.

Y se volvió con una confiada sonrisa hacia los hombres sentados a la sombra.

Belter miró el río que corría por la calle, el río oscuro que pasaba y pasaba entre las tiendas, el río oscuro que se deslizaba sobre ruedas, caballos y zapatos polvorientos, el río oscuro del que había sido arrebatado. Se estremeció.

-Déjeme ir, señor Teece. Le mandaré el dinero desde allá arriba, ¡se lo prometo!

-Escucha, Belter -dijo Téece tomando al negro por los tirantes, como si fueran dos cuerdas de arpa, jugando con ellos de vez en cuando, mirando el cielo con aire de desprecio y burla, y alzando un dedo huesudo, que apuntaba directamente a Dios-. Belter, ¿sabes lo que te espera allá arriba?

-Sólo sé lo que me han dicho.

-¡Sólo lo que le han dicho! ¡Cristo! ¿Han oído? ¡Sólo lo que le han dicho! -Hamacó al negro, sosteniéndolo por los tirantes, ociosamente, distraídamente, sacudiendo un dedo bajo la cara negra-. Subirás y subirás como un petardo en la noche del cuatro de julio, y luego,¡pum! Y allá estarás tú, unas pocas cenizas desparramadas en el espacio. Esos chiflados hombres de ciencia, no saben nada, ¡los matarán a todos!

-No me importa.

-Me alegro. Porque ¿sabes qué hay allá, en ese planeta Marte? ¡Monstruos de ojos saltones y ensangrentados como hongos! ¡No los viste en esas revistas de cuentos del futuro que compras en la droguería por una moneda? Eh, ¿no los viste? Bueno, ¡esos monstruos se te echarán encima y te devorarán hasta los tuétanos!

-No me importa, no me importa nada.

Belter miraba a los que desfilaban por la calle alejándose. El sudor le brillaba sobre la frente oscura. Parecía a punto de desmayarse.

-Y además allá arriba hace frío. No hay aire. Caerás, retorciéndote como un pescado, boqueando, y te ahogarás y te ahogarás hasta morir. ¿Te gusta eso?

-Hay muchas cosas que no me gustan, señor. Por favor, señor, déjeme in Se me hace tarde.

-Te dejaré ir cuando esté dispuesto a dejarte in Seguiremos charlando amablemente y ya te diré cuándo puedes irte. Ya lo sabes. Quieres viajar, ¿no es cierto? Muy bien, señor camino a través del aire, ¡largo para casa!, ¡y a trabajar hasta que me pagues los cincuenta dólares! ¡Te llevará dos meses!

-Pero si me quedo a trabajar perderé el cohete, señor.

Téece puso una cara triste.

-¿No es una lástima?

-Le doy mi caballo, señor.

-El caballo no es un pago legal No, no te vas hasta que tenga mi dinero.

Teece rió entre dientes satisfecho y feliz.

Un grupo de gente negra se había reunido a escucharlos. Belter, cabizbajo, temblaba de pies a cabeza y un viejo dio un paso adelante.

Téece le echó una breve mirada.

-¿Qué pasa?

-¿Cuánto le debe este hombre, señor?

-Nada que te interese.

El viejo miró a Belter.

-¿Cuánto, hijo?

-Cincuenta dólares.

El viejo abrió las negras manos y miró a la gente de alrededor.

-Sois veinticinco. Que cada uno dé dos dólares. Pronto, no es momento de discutir.

-¡Eh, un momento! -exclamó Téece poniéndose tieso, y erguido, muy erguido.

Aparecieron los dólares. El viejo los metió dentro de su sombrero y se los dio a Belter.

-Hijo -comentó-, no perderás el cohete.

Belter miró sonriendo dentro del sombrero.

-No, señor, me parece que no.

-¡Devuélveles ese dinero! -gritó Téece.

Belter se inclinó respetuosamente, tendiéndole el dinero. Teece no se movió. Belter depositó el dinero en el polvo, a los pies de Téece.

-Ahí está su dinero, señor -dijo-. Muchísimas gracias.

Sonriendo, montó en el caballo, lo hizo avanzar y le dio las gracias al viejo, que cabalgó con él hasta que se alejaron y desaparecieron.

-Hijo de perra -murmuraba Teece mirando ciegamente al sol-. Hijo de perra.

-Recoge el dinero, Samuel -dijo alguien desde el porche.

Escenas similares se repetían a lo largo del camino. Niños blancos, descalzos, traían corriendo las noticias.

-Los que tienen, ayudan a los que no tienen. ¡Y así todos pueden irse! Vimos a un rico que le daba a otro diez dólares, cinco dólares, dieciséis dólares, montones de dólares, ¡en todas partes, todos!

Los blancos sentían un gusto amargo en la boca; cerraban los ojos hinchados como si el viento, la arena y el calor les hubiera golpeado las caras.

Samuel Téece estaba furioso. Subió al porche y contempló el enjambre en marcha. Sacudió el revólver. De pronto, no pudo más y se puso a gritarle a cualquiera, a cualquier negro que levantase los ojos hacia él.

-¡Pum! ¡Otro cohete estalla en el espacio! -gritó para que todos pudieran oírlo. Las oscuras cabezas seguían impasibles, pero los ojos blancos miraban a un lado y a otro-. ¡Crac! ¡Caen todos los cohetes! ¡Gritos! ¡Muertes! ¡Pum! ¡Dios Todopoderoso, cuánto me alegra estar aquí, pisando tierra firme! Como dice el viejo chiste, cuanto más firme, menos tierra. ¡Ja, ja!

Los caballos pasaban levantando el polvo de la calle. Los carros traqueteaban sobre muelles rotos.

-¡Pum! -La voz de Téece clamaba solitaria en medio del calor, como si quisiera atemorizar al polvo o al deslumbrante cielo soleado-. ¡Pam! ¡Negros por todo el espacio! ¡Despedidos fuera de los cohetes como pececitos golpeados por un meteoro! ¡Dios Santo! El espacio está inundado de meteoros, ¿no lo sabíais? ¡Claro que si! Y los gruesos perdigones entran en los cohetes de lata, y los cohetes caen como patos o estallan en pedazos como pipas de yeso, o latas de sardinas en aceite y bacalao negro! ¡Pum! ¡Pam! ¡Pum! ¡Golpeándose como ristras de pimientos verdes! Diez mil muertos por aquí. Diez mil muertos por allá. Flotan en el espacio, alrededor y alrededor de la Tierra, siempre y para siempre, helados y muy lejos ¡Señor! ¿Me oís vosotros ahí?

Silencio. El río era ancho y espeso. Había entrado en todas las chozas de la plantación durante una hora, y se había llevado todos los objetos de valor, y arrastraba ahora los relojes, las tablas de lavar, las piezas de seda y las varillas de las cortinas hacia algún mar oscuro y lejano.

La marea descendió. Eran las dos de la tarde. Vino la marea baja. El río se secó, el pueblo calló, y una capa de polvo cubrió las tiendas, los hombres sentados y los árboles altos y calientes.

Silencio.

Los hombres sentados en el porche escucharon atentamente. No oyeron nada y extendieron la imaginación y los pensamientos hacia los prados cercanos donde en las primeras horas del día habían resonado los ecos familiares. Aquí y allá, con la obstinada persistencia de la costumbre, había habido voces que cantaban, risas dulces bajo las ramas de las mimosas, risas cristalinas a orillas del arroyo, figuras que se movían e inclinaban en los campos, y bajo la sombra fresca y verde de la parra, bromas y gritos de alegría.

Y ahora, como si un huracán se hubiera llevado los ruidos de la Tierra, no había nada. Puertas esqueléticas colgaban de los goznes de cuero, y los neumáticos de los columpios pendían en la tarde apacible. No había nadie en las orillas rocosas del río, donde antes se reunían las lavanderas, y en los huertos abandonados el sol calentaba los licores ocultos de las sandías. Las arañas comenzaron a tejer nuevas telas en las chozas abandonadas, y el polvo entró en motas doradas por los techos agujereados. Aquí y allá, una débil hoguera, olvidada en las últimas prisas, crecía de pronto, alimentándose con los huesos secos de una desordenada cabaña. El ligero crepitar de las llamas se elevaba en el aire tranquilo.

Los hombres seguían sentados en el porche de la ferretería, sin parpadear, con las gargantas resecas.

-No comprendo por qué se van ahora. Las cosas mejoran, es indudable. Todos los días tienen nuevos derechos. En fin, ¿qué quieren? Han quitado el impuesto electoral y hay cada vez más estados que aprueban leyes contra el linchamiento y la discriminación. ¿Qué más quieren? Ganan casi tanto dinero como los blancos, y sin embargo se van.

En el extremo de la calle desierta, apareció una bicicleta.

-¡Teece, mira, ahí viene Silly!

La bicicleta se detuvo frente al porche. La montaba un negrito de diecisiete años, todo brazos y pies y piernas largas, y cabeza redonda de sandía. Miró a Samuel Téece y sonrió.

-Ah, has vuelto. No tenías la conciencia tranquila -dijo Teece.

-No, señor. Sólo vengo a traerle la bicicleta.

-¿Qué pasó? ¿No cabía en el cohete?

-No es eso, señor.

-¡No me digas lo que es! ¡Fuera de aquí! ¡No permitiré que me robes! -Dio un empellón al muchacho. La bicicleta cayó-. Métete dentro y empieza a limpiar los bronces.

-¿Cómo dice? -preguntó Silly abriendo los ojos.

-Ya me oíste. Hay que desembalar unos fusiles y acaba de llegar un cajón de clavos de Natchez...

-Señor Teece...

-Y hay que arreglar una caja de martillos...

-Señor Téece...

Téece lo miró furiosamente.

-¡Todavía estás ahí!

-Señor Téece, si usted me diera permiso para no trabajar hoy.. -dijo el muchacho como disculpándose.

-Ni tampoco mañana, ni pasado mañana, ni todos los demás días -dijo Téece.

-Temo que así sea, señor

-Haces bien en temerlo. Ven aquí. -Hizo que el muchacho atravesase el porche y sacó un papel de un escritorio-. ¿Te acuerdas de esto?

-Señor..

-Es tu contrato. Tú mismo lo firmaste. Esta cruz es tuya, ¿no es así? Contesta.

-Yo no firmé eso, señor Teece. Cualquiera puede hacer una cruz.

El muchacho temblaba.

-Escúchame, Silly: «Contrato. Trabajaré con el señor Samuel Téece durante dos años a partir del quince de julio del año dos mil uno, y si decido irme le avisaré con cuatro semanas de anticipación y seguiré trabajando hasta que otro ocupe mi puesto». Ya lo oyes. -Y Téece golpeaba el papel, con los ojos brillantes-. ¿Buscas dificultades? Bien, llevaremos el asunto a la justicia.

-No puedo, señor -gimió el muchacho, y unas lágrimas le rodaron por la cara-. Si no voy hoy, no iré nunca.

-Comprendo lo que sientes, Silly. Sí, muchacho, te compadezco. Pero te trataremos bien y te daremos buena comida, muchacho. Ahora, entras, te pones a trabajar, y olvidas todas esas tonterías, ¿eh, Silly? Claro que sí.

Téece sonrió con una mueca y palmeó el hombro del negrito.

Silly se volvió y miró a los hombres que estaban sentados en el porche. Apenas podía ver ahora, cegado por las lágrimas.

-Quizá... Quizás alguno de esos señores...

Los hombres alzaron lentamente la cabeza en las sombras calurosas, inquietas, y miraron primero al muchacho y después a Teece.

-¿Acaso estás pensando que un hombre blanco va a ocupar tu puesto, muchacho? -preguntó Téece fríamente.

El viejo Quartermain sacó las manos rojas de encima de las rodillas, contempló pensativo el horizonte y dijo:

-Teece, ¿sirvo yo?

-¿Qué?

-Tomo el puesto de Silly.

Todos callaron. Téece se balanceó en el aire.

-Abuelo -dijo en tono de advertencia.

-Deja que el muchacho se vaya. Yo limpiaré los bronces.

-¿Lo haría usted, lo haría usted, de veras?

Silly corrió hacia el viejo, riéndose, con lágrimas en las mejillas, incrédulo.

-Claro que sí.

-Abuelo -dijo Teece-, no te metas.

-Teece, déjalo ir.

Téece se adelantó y tomó al muchacho por el brazo.

-Es mío. Lo encerraré en el cuarto del fondo hasta la noche.

-¡No, señor Teece!

El muchacho se echó a llorar, con los ojos apretados, y el llanto llenó al aire del porche. En el extremo de la calle apareció un Ford destartalado con una última carga de gente de color.

-Ahí viene mi familia, señor Téece. ¡Por favor! ¡Por favor, señor Téece!

-Teece -dijo un hombre del porche, levantándose-, déjalo ir.

-Opino lo mismo, Téece -dijo otro incorporándose también.

-Y yo -dijo un tercero.

-¿Qué pretendes, Teece? -Todos los hombres hablaban ahora-. Suéltalo.

-Déjalo ir.

Téece metió la mano en un bolsillo, buscando el arma. Vio las caras de los otros hombres y sacó la mano vacía.

-¿Conque esas tenemos?

-Así es -dijo uno.

Teece soltó al muchacho.

-Muy bien, vete. -Señaló la trastienda con un movimiento del brazo-. Pero supongo que no me dejarás tus cachivaches estorbando en mi tienda.

-No, señor.

-Saca todo lo que tienes en esa choza del fondo. Quémalo.

Silly sacudió la cabeza.

-Me llevaré mis cosas.

-No van a permitir que las metas en ese cohete maldito.

-Me las llevaré -insistió el muchacho.

Entró de prisa en la ferretería. Se oyeron los ruidos de una escoba y de unos trastos que cambiaban de sitio, y un momento después Silly reapareció con las manos cargadas de trompos y canicas, de viejas cometas polvorientas y otros tesoros reunidos durante años. El viejo Ford llegó justo entonces frente al porche y Silly subió y cerró de un golpe la portezuela. Téece estaba de pie en el porche con una sonrisa amarga.

-¿Qué vas a hacer allá arriba?

-Empezaré de nuevo -contestó Silly---. Tendré mi propia ferretería.

-¡Maldito seas! ¡Aprendiste a hacer el trabajo sólo para escapar y aprovecharte!

-No, señor. Nunca pensé que esto ocurriría algún día. Pero ha ocurrido. Ahora no puedo olvidar lo que aprendí, señor Teece.

-Supongo que habréis bautizado los cohetes...

Los negros miraron el reloj del coche.

-Sí, señor.

-Como Elías y el Carro, El Gran Vehículo y El Pequeño Vehículo. Fe, Esperanza y Caridad, y otros nombres parecidos.

-Bautizamos las naves, señor Téece.

-Dios, Hijo y Espíritu Santo, supongo. Dime, muchacho, ¿no hay ninguno llamado Primera Iglesia Baptista?

-Tenemos que marcharnos, señor Téece.

Téece se echó a reír.

-Tendréis uno llamado Swing low y otro llamado Sweet Chariot. El coche arrancó.

-¡Adiós, señor Téece!

-Alguno se llamará Roll Dem Bones.

-Adiós, señor.

-Y otro Over Jordán[i][1] ¡Ja! Bueno, cárgate ese cohete a la espalda, muchacho, vuela con él, revienta con él, ¡ya ves cuánto me importa!

El coche se alejó balanceándose en el polvo. El muchacho se incorporó, se volvió, acercó las manos a la boca, y gritó por última vez:

-¡Señor Teece! ¡Señor Téece! ¿Qué va a hacer ahora por las noches? ¿Qué va a hacer por las noches, señor Téece?

Silencio. El automóvil se alejó por el camino y desapareció.

-¿Qué diablos quiso decir? -murmuró Téece pensativo-. ¿Qué voy a hacer por las noches?

Miró cómo el polvo volvía a posarse en el camino, y de pronto comprendió.

Recordó las noches en que unos hombres de mirada torva, sentados en los dos asientos de un automóvil, con las rodillas muy salientes, y entre ellas los fusiles más salientes aún, llegaban a su casa como un cargamento de sifones bajo los árboles nocturnos del estío. Tocaban la bocina y él salía dando un portazo, con un arma en la mano, riéndose por dentro y el corazón latiéndole de prisa, como el corazón de un niño de diez años. Se alejaban por la sombría y cálida carretera. El lazo de cuerda de cáñamo estaba enrollado en el piso del coche, y las cajas de balas abultaban en todos los bolsillos. ¡Cuántas noches a lo largo de los años, cuántas noches en las que el viento embestía el coche, les echaba el pelo sobre los ojos torvos y rugía mientras buscaban un árbol grande y robusto y llamaban a la puerta de una cabaña!

-¡Conque eso quería decir el hijo de perra! -Teece dio un salto hacia la luz del sol, ¡Vuelve, bastardo! ¿Qué voy a hacer por las noches? Insolente, asqueroso hijo de...

Era una buena pregunta. Se sintió débil, enfermo. Sí, ¿qué iba a hacer por las noches?

Ahora que se habían marchado, ¿qué iba a hacer?

Sacó el arma del bolsillo y verificó la carga.

~¿Qué estás tramando, Sam? -preguntó uno.

-Matar a ese hijo de perra.

-No te acalores -le dijo el viejo Quartermain.

Pero Samuel Téece estaba ya en la trastienda de la ferretería. Un momento después apareció en la calle en un coche abierto.

~¿Quién viene conmigo?

-Me gustaría dar un paseo -contestó el viejo poniéndose de pie. -¿Alguno más?

Nadie contestó.

El viejo subió al coche, cerró de golpe la portezuela y se alejaron envueltos en un torbellino de polvo. No se hablaron mientras se precipitaban por el camino, bajo el cielo brillante. En los campos secos reverberaba el calor.

-¿Qué camino tomaron? -preguntó Teece. deteniendo el coche en una encrucijada.

El viejo entornó los ojos.

-Derecho, adelante, me parece.

Continuaron. Bajo los árboles del estío el coche era un sonido solitario. La carretera estaba desierta, y mientras se adelantaban advirtieron algo nuevo.

Téece aminoró la marcha y miró por la ventanilla, los ojos amarillos de furia.

-Maldita sea, abuelo, ¿viste lo que han hecho?

-¿Qué? -dijo el viejo mirando el camino.

En bultos cuidadosamente alineados, a lo largo de la carretera, a poca distancia unos de otros, había unos viejos patines de ruedas, unas chucherías envueltas en trapos, unos zapatos rotos, una rueda de carro, pilas de pantalones, chaquetas y sombreros pasados de moda, unos adornos de cristal que en otro tiempo tintinearon en el viento, unas latas de geranios, bandejas de frutas de cera, cajas de zapatos con dinero del Sur, tablas de lavar, cuerdas, pastillas de jabón, el triciclo de alguien, las tijeras de podar de algún otro, un camión de juguete, una caja de sorpresas, un vidrio deslustrado de la iglesia baptista, viejas ruedas de automóviles, colchones, almohadones, mecedoras, tarros de cold cream, espejos de mano. No los habían tirado, no; los habían depositado con cuidado y orden en el borde polvoriento de la carretera, como si todos los habitantes de una ciudad hubiesen caminado hasta allí con las manos llenas de cosas, y a la señal de una enorme trompeta de bronce, lo hubieran dejado todo en el polvo, antes de elevarse directamente hacia el azul del cielo.

-No querían quemar nada -dijo Téece, furioso-. No, no quisieron quemar sus cosas como yo dije. Tenían que traerlas y dejarlas en la carretera, para poder verlas juntas por última vez. Esos negros se creen muy listos.

Téece avanzó kilómetro tras kilómetro evitando los bultos, aplastando paquetes de papel de periódico, rompiendo cajas, espejos, sillas.

-Aquí, maldición, ¡y aquí!

Un neumático delantero murió con un silbido. El automóvil se desvió de la carretera y cayó en una zanja, arrojando a Téece contra el parabrisas.

-¡Hijos de perra!

Teece se sacudió el polvo y salió del automóvil, casi llorando de rabia.

Miró la carretera silenciosa y desierta.

-No los alcanzaremos nunca, nunca.

Los paquetes se amontonaban hasta el horizonte, cuidadosamente agrupados, como reliquias abandonadas al cálido viento de las últimas horas de la tarde.

Téece y el viejo llegaron a la ferretería una hora después, arrastrando las piernas. Los hombres estaban aún allí, escuchando y examinando el cielo. En el mismo instante en que Téece se sentaba y se sacaba los zapatos, alguien gritó.

-¡Miren!

-Antes me muero -dijo Téece.

En los algodonales, el viento sopló ociosamente entre los copos blancos. En campos más lejanos, maduraban las sandías, intactas,
rayadas e inmóviles como gatos tendidos al sol

Pero los demás miraron. Y vieron que unos husos dorados se elevaban a lo lejos, en el cielo, con una estela de llamas, y desaparecían.

Los hombres del porche se sentaron, se miraron unos a otros, miraron los rollos de cuerda amarilla ordenados en los estantes, observaron las cajas de balas relucientes y vieron en las sombras las pistolas plateadas y los largos caños negros de los fusiles. Uno de ellos se llevó una brizna de paja a la boca. Otro dibujó una figura en el polvo.

Y Samuel Téece levantó con aire triunfal un zapato vacío, lo dio vuelta, lo miró bien, y dijo:

-¿Lo notaron ustedes? ¡Hasta el último momento, por Dios, me llamó «señor»!

2004-2005

La elección de los nombres

Llegaron a las extrañas tierras azules y les pusieron sus nombres: ensenada Hinkston, cantera Lusting, río Black, bosque Driscoll, montaña de los Peregrinos, ciudad Wilder, nombres todos de gente y de las hazañas de gente. En el lugar donde los marcianos mataron a los primeros terrestres, había un pueblo Rojo, en recuerdo de la sangre de esos hombres. El lugar donde fue destruida la segunda expedición se llamaba Segunda Tentativa. En todos los sitios donde los hombres de los cohetes quemaban el suelo con calderos ardientes, quedaban como cenizas los nombres. Y, naturalmente, había una colina Spender y una ciudad Nathaniel York...

Los antiguos nombres marcianos eran nombres de agua, de aire y de colinas. Nombres de nieves que descendían por los canales de piedra hacia los mares vacíos. Nombres de hechiceros sepultados en ataúdes herméticos y torres y obeliscos. Y los cohetes golpearon como martillos esos nombres, rompieron los mármoles, destruyeron los mojones de arcilla que nombraban a los pueblos antiguos, y levantaron entre los escombros grandes pilones con los nuevos nombres: Pueblo Hierro, Pueblo Acero, Ciudad Aluminio, Aldea Eléctrica, Pueblo Maíz, Villa Cereal, Detroit II, y otros nombres mecánicos, y otros nombres de metales terrestres.

Y después de construir y bautizar los pueblos, construyeron y bautizaron los cementerios: colina Verde, pueblo Musgo, colina Bota, y los primeros muertos bajaron a las sepulturas...

Y cuando todo estuvo perfectamente catalogado, cuando se eliminó la enfermedad y la incertidumbre, y se inauguraron las ciudades y se suprimió la soledad, los sofisticados llegaron de la Tierra. Llegaron en grupos, de vacaciones, para comprar recuerdos de Marte, sacar fotografías o conocer el ambiente; llegaron para estudiar y aplicar leyes sociológicas; llegaron con estrellas e insignias y normas y reglamentos, trayendo consigo parte del papeleo que había invadido la Tierra como una mala hierba, y que ahora crecía en Marte casi con la misma abundancia. Comenzaron a organizar la vida de las gentes, sus bibliotecas, sus escuelas; comenzaron a empujar a las mismas personas que habían venido a Marte escapando de las escuelas, los reglamentos y los empujones.

Era por lo tanto inevitable que algunas de esas personas replicaran también con empujones...

ABRIL DE 2005

Usher II

-«Durante todo un día de otoño, triste, oscuro y silencioso, cuando las nubes colgaban opresivas y bajas en los cielos, yo había estado cruzando, montado a caballo, una región singularmente lóbrega, y de pronto, cuando ya se cerraban las sombras de la noche, me encontré delante de la melancólica Casa Usher .. »

E1 señor Willíam Stendahl dejó de recitar. Allí, sobre una colina baja y negra, estaba la Casa, y la piedra angular tenía una inscripción: 2005 A.D.

-Ya está terminada -dijo el señor Bigelow, el arquitecto-. Aquí tiene la llave, señor Stendahl.

Las dos figuras se alzaban inmóviles en la tranquila tarde otoñal. Los planos azules crujían sobre la hierba de color de cuervo.

-La Casa Usher -dijo el señor Stendahl con satisfacción-. Proyectada, construida, comprada, pagada. ¿El señor Poe no estaría encantado?

El señor Bigelow entornó los ojos.

-¿Era esto lo que quería, señor?

-¡Sí!

-¿El color está bien? ¿Es desolado y terrible?

-¡Muy desolado, muy terrible!

-¿Las paredes son... lívidas?

-¡Asombrosamente lívidas!

-¿La laguna es bastante negra y siniestra?

-Increíblemente negra y siniestra.

-Y los juncos, no sé si sabe usted, señor Stendahl, que los hemos teñido, ¿tienen ahora el color gris y ébano apropiado?

-¡Son horribles!

El señor Bigelow consultó sus planos arquitectónicos.

-La Casa, la laguna, el suelo, señor Stendahl, <<enfrían y acongojan el corazón, entristecen el pensamiento»?

-Señor Bigelow, vale lo que cuesta, hasta el último centavo. Dios mío, ¡qué hermosa es!

-Gracias. He tenido que trabajar a ciegas. Por fortuna, tenía usted sus propios cohetes, o no hubiésemos podido traer la mayor parte del equipo. Ya habrá observado usted el permanente crepúsculo, el invariable mes de octubre, la tierra desnuda, estéril, muerta. Hemos trabajado mucho. Matamos todo. Diez mil toneladas de DDT No ha quedado una rana, una víbora, ni siquiera una mosca marciana. Crepúsculo permanente, señor Stendahl, estoy orgulloso. Unas máquinas ocultas oscurecen el sol. Todo es siempre adecuadamente «siniestro».

Stendah1 respiró la tristeza, la opresión, los vapores pestilentes, toda la «atmósfera» tan delicadamente concebida y adaptada. ¡Y la Casa! ¡Ese horror tambaleante, la laguna maléfica, los hongos, la extendida putrefacción! ¿Quién podía adivinar si era o no de material plástico?

Stendahl miró el cielo de otoño. En algún sitio, allá arriba, más allá, muy lejos, estaba el sol. En algún sitio era abril en Marte, un mes amarillo de cielo azul. En algún sitio, allá arriba, descendían las naves con una estela de llamas, dispuestas a civilizar un planeta maravillosamente muerto. Pero el fragor de los cohetes no llegaba a este mundo sombrío y silencioso, a este antiguo mundo otoñal y a prueba de ruidos.

-Ahora que mi tarea ha terminado -dijo el señor Bigelow, intranquilo-, ¿puedo preguntarle qué va a hacer usted con todo esto?

-¿Con Usher? ¿No lo ha adivinado?

-No.

-¿El nombre de Usher no significa nada para usted?

-Nada.

-Bueno, ¿y este nombre: Edgar Allan Poe?

El señor Bigelow meneó la cabeza.

-Por supuesto -gruñó delicadamente el señor Stendahl, con desaliento y desprecio a la vez-. ¿Cómo pude pensar que conoce al bendito señor Poe? Murió hace mucho tiempo, antes que Lincoln. Quemaron todos sus libros en la Gran Hoguera. Hace ya treinta años...

---Ali -dijo juiciosamente el señor Bigelow-. ¡Uno de aquéllos!

-Sí, Bigelow, uno de aquéllos. Allí ardieron Poe y Lovecraft y Hawthorne y Ambrose Bierce, y todos los cuentos de miedo, de fantasía y de horror, y con ellos los cuentos del futuro. Implacablemente. Se dictó una ley. Oh, no era casi nada al principio. Mil novecientos cincuenta y mil novecientos sesenta. Primero censuraron las revistas de historietas, las novelas policiales, y por supuesto, las películas, siempre en nombre de algo distinto: las pasiones políticas, los prejuicios religiosos, los intereses profesionales. Siempre había una minoría que tenía miedo de algo, y una gran mayoría que tenía miedo de la oscuridad, miedo del futuro, miedo del presente, miedo de ellos mismos y de las sombras de ellos mismos.

-Ya.

-Tenían miedo de la palabra «política», que entre los elementos más reaccionarios acabó por ser sinónimo de comunismo, de modo que pronunciar esa palabra podía costarle a uno la vida. Y apretando un tornillo aquí y una tuerca allá, presionando, sacudiendo, tironeando, el arte y la literatura fueron muy pronto como una gran pasta de caramelo, retorcida y aplastada, sin consistencia y sin sabor. Poco después las cámaras cinematográficas se detuvieron, los teatros quedaron a oscuras, y de las imprentas que antes inundaban el mundo con un Niágara de material de lectura, brotó una materia inofensiva e insípida, como de un cuentagotas. ¡Oh, hasta el «entretenimiento» era extremista, se lo aseguro!

-¿De veras?

-Así es. El hombre, decían, ha de afrontar la realidad. ¡Ha de afrontar el Aquí y el Ahora! Todo lo demás tiene que desaparecer. ¡Las hermosas mentiras literarias, las ilusiones de la fantasía, han de ser derribadas en pleno vuelo! Y las alinearon contra la pared de una biblioteca un domingo por la mañana, hace treinta años. Alinearon a Santa Claus, y al jinete sin Cabeza, y a Blanca Nieves y Pulgarcito, y a Mi Madre la Oca.... Oh, ¡qué lamentos!, y quemaron los castillos de papel y los sapos encantados y a los viejos reyes, y a todos los que «fueron eternamente felices», pues estaba demostrado que nadie fue eternamente feliz, y el «había una vez» se convirtió en «no hay más». Y las cenizas del fantasma Rickshaw se confundieron con los escombros del país de Oz, e hicieron unos paquetes con los huesos de Ozma y Glinda la Buena, y destrozaron a Polícromo en un espectroscopío y sirvieron a Jack Cabeza de Calabaza con un poco de merengue en el baile de los biólogos. La Bella Durmiente despertó con el beso de un hombre de ciencia y expiró con el fatal pinchazo de su jeringa. Hicieron que Alicia bebiera algo de una botella que la devolvió a un tamaño donde no podía seguir gritando «más curioso y más curioso» y rompieron el Espejo de un martillazo y acabaron con el Rey Rojo y la Ostra.

El señor Stendahl apretó los puños, jadeante, el rostro enrojecido. ¡Oh Dios, no había pasado tanto tiempo!

En cuanto al señor Bigelow, la larga explosión del señor Stendahl lo había dejado estupefacto. Al fin parpadeó y dijo:

-Lo siento. No sé de qué me habla usted. Sólo nombres para mí. He oído decir que la Gran Hoguera fue una cosa buena.

-¡Fuera! -gritó Stendahl-. ¡Su trabajo ha terminado, y ahora déjeme solo, idiota!

El señor Bigelow llamó a los carpinteros y se alejó.

El señor Stendahl se quedó solo ante la Casa.

-Oídme todos -les dijo a los invisibles cohetes-. Vine a Marte para alejarme de vosotros, gente de Mente Limpia, pero llegáis en enjambres cada vez más espesos, como moscas a la carroña. Pues bien, ha llegado mi hora. Os daré una buena lección por lo que le hicisteis al señor Poe en la Tierra. ¡Desde hoy, cuidado! ¡La Casa Usher está abierta!

Y alzó al cielo un puño amenazante.

El hombre salió del cohete con aire despreocupado. Le echó una mirada a la Casa, y una expresión de irritación y disgusto le ensombreció los ojos grises. Cruzó el foso y se acercó al hombrecito que esperaba allí.

-¿Usted es Stendahl?

-Yo soy Garrett, inspector de Climas Morales.

-¿De modo que al fin llegaron a Marte, ustedes los de¡ Clima Moral? Me estaba preguntando cuándo aparecerían.

-Llegamos la semana pasada. Muy pronto todo será aquí limpio y ordenado como en la Tierra -dijo Garrett, y sacudió irritado una tarjeta de identidad, señalando la Casa-. ¿Por qué no me dice que es esto, Stendahl?

-Un castillo encantado, si le parece.

-No me gusta, Stendahl, no me gusta. El sonido de esa palabra encantado

-No es nada complicado. En el año de gracia dos mil cinco, he construido un santuario mecánico: murciélagos de cobre que vuelvan en rayos electrónicos, ratas de bronce que corretean por sótanos de material plástico, esqueletos robots que bailan, vampiros robots, arlequines, lobos, fantasmas blancos, productos todos de la química y el ingenio del hombre.

-Lo que me temía -dijo Garrett sonriendo pacíficamente-. Tendremos que echar abajo la casa, señor Stendahl.

-Sabía que vendrían ustedes, tan pronto como se enteraran.

-Hubiera venido antes, pero en Climas Morales queríamos estar seguros de las intenciones de usted. Los desmanteladores y la brigada de incendios, podemos tenerlos aquí a la hora de la cena. Y a medianoche no quedará de su Casa ni los cimientos. Señor
Stendahl, me parece usted un poco bobo. Gastar en una tontería dinero ganado con trabajo. Por lo menos le ha costado a usted tres millones de dólares...

-Cuatro millones. Pero en mi juventud, señor Garrett, heredé veinticinco millones. Me puedo permitir este gasto. Es una lástima, sin embargo, haber terminado la Casa no hace más de una hora y que ya se precipiten sobre ella usted y sus desmanteladores ¿No podría dejarme disfrutar de mi juguete durante digamos, veinticuatro horas?

-Ya conoce usted la ley. Es muy estricta. Nada de libros, nada de Casas, nada que pueda sugerir de alguna manera fantasmas, vampiros, hadas y otras criaturas de la imaginación.

- ¡Pronto quemarán a los Babbitt!

-Usted nos dio mucho que hacer, señor Stendahl. Consta en nuestros registros. Hace veinte años. En la Tierra. Usted y su biblioteca.

-Sí, yo y mi biblioteca. Y unos pocos más como yo. Oh, ya nadie se acordaba de Poe, de Oz y de los otros. Pero yo tenía mi pequeño refugio. Unos pocos ciudadanos conservamos nuestras bibliotecas hasta que llegaron ustedes, con antorchas e incineradores, y destrozaron y quemaron mis cincuenta mil libros. Un día atravesaron también con un palo el corazón del día de Todos los Muertos, y les dijeron a los productores de cine que si querían hacer algo se limitasen a repetir y a repetir, una y otra vez, a Ernest Hemingway. ¡Dios santo, cuántas veces he visto Por quién doblan las campanas! Treinta versiones diferentes. Todas realistas. ¡Oh, el realismo! ¡Oh el aquí, oh el ahora, oh el infierno!

-Es inútil amargarse.

-Señor Garrett, usted tiene que presentar un informe completo, ¿no es así

-Sí.

-Aunque sólo sea por curiosidad, entre y mire un rato. No tardaremos más de un minuto.

-Muy bien. Guíeme. Y nada de trampas. Estoy armado.

La puerta de la Casa Usher se abrió rechinando, y dejó escapar un viento de humedad, y se oyeron unos gemidos y unos suspiros muy hondos, como si grandes fuelles subterráneos respiraran en lejanas catacumbas.

Una rata corrió por el suelo de piedra. Garrett, gritando, le dio un puntapié. La rata rodó, y de su piel de nailon brotó una increíble horda de moscas metálicas.

-¡Asombroso! -Garrett se inclinó y miró.

Una vieja bruja estaba sentada en un nicho y barajaba con temblorosas manos de cera un mazo anaranjado y azul de naipes de Tarot. Sacudió la cabeza, y le siseó a Garrett a través de la boca desdentada, golpeando los naipes grasientos con las puntas de los dedos.

-¡La muerte! -gritó.

-A esto, precisamente, me refería -dijo Garrett-. ¡Deplorable!

-Permitiré que usted mismo la queme.

-¿De veras? -dijo Garrett satisfecho. En seguida frunció el entrecejo-. He de reconocer que se lo toma usted muy bien.

-Me basta haber podido crear este sitio. Poder decir que lo hice. Decir que he creado un ambiente medieval en un mundo moderno e incrédulo.

-Yo mismo no puedo dejar de admirar el genio inventivo de usted, señor.

Garrett miró una niebla que pasaba, susurrando y susurrando, y que parecía una hermosa y vaporosa mujer. En el fondo de un pasillo húmedo giraron unas ruedas, y como hilos de caramelo lanzados por una máquina centrífuga, las neblinas flotaron murmurando en los aposentos silenciosos.

Un gorila brotó de la nada.

-¡Cuidado! -gritó Garrett.

Stendahl golpeó levemente el pecho negro de¡ gorila.

-No tema. Un robot. Cobre y otros materiales, como la bruja. ¿Ve? -Tocó la piel descubriendo unos tubos de metal.

_Sí. -Garrett alargó tímidamente una mano-. Pero ¿por qué? ¿Por qué todo esto, señor Stendahl? ¿Qué lo obsesiona?

-La burocracia, señor Garrett. Ahora no puedo explicárselo. Pero el gobierno lo sabrá muy pronto. -Y Stendahl hizo una seña al gorila---. Bien. Ahora.

El gorila mató al señor Garrett.

-¿Estamos listos, Pikes?

Pikes, inclinado sobre la mesa, alzó los ojos.

-Sí, señor.

-Ha hecho usted un espléndido trabajo.

-Bueno, para eso me pagan, señor -dijo Pikes suavemente mientras levantaba el párpado de plástico del robot y ajustaba con precisión el ojo de vidrio a los músculos de goma-Ya está.

-La vera efigie del señor Garrett.

Pikes señaló la mesa rodante donde yacía el cadáver del verdadero señor Garrett.

-¿Qué hacemos con él, señor?

-Quémelo, Pikes. No necesitamos dos Garrett, ¿no es cierto?

Pikes arrastró la mesa hasta el incinerador de ladrillo.

-Adiós -dijo, metió dentro al señor Garrett y cerró la puerta.

-Adiós.

Stendah1 miró al robot.

-¿Recuerda las instrucciones, Garrett?

-Sí, señor. -El robot se sentó en la mesa muy tieso-. Vuelvo a Climas Morales. Redactaré un informe complementario. Demoren intervención cuarenta y ocho horas. Continúo investigando.

-Bien, Garrett. Adiós.

El robot corrió hacia el cohete de Garrett, entró, y se fue volando.

Stendahl se volvió.

-Bueno, Pikes, ahora enviaremos las últimas invitaciones para esta noche. Creo que nos divertiremos, ¿no es cierto?

-Teniendo en cuenta que hemos esperado veinte años, ¡será toda una fiesta! -Se guiñaron los ojos.

Las siete. Stendahl miró su reloj. Era casi la hora. Hizo girar la copa de jerez en la mano, y luego se sentó, tranquilamente. Sobre él, entre las vigas de roble, los murciélagos, de delicados huesos de cobre ocultos bajo la carne de caucho, chillaban y lo miraban parpadeando. Stendahl levantó la copa hacia ellos.

-Por nuestro éxito -dijo.

Y reclinándose en el sofá cerró los ojos y consideró otra vez el asunto. Con qué placer recordaría esta noche cuando fuera viejo. El gobierno antiséptico pagaba al fin sus conflagraciones y sus terrores literarios. Oh, cómo habían crecido en él la furia y el odio a lo largo de los años. Oh, cómo el plan había cobrado forma lentamente en su mente aletargada, hasta el día en que había conocido a Pikes, tres años atrás.

Ah, sí, Pikes. Pikes, corroído por una amargura profunda, como un oscuro pozo de ácido verde. ¿Quién era Pikes? El más grande de todos. Pikes, el hombre de diez mil caras, una furia, una humareda, una niebla azul, una lluvia blanca, un murciélago, una gárgola, un monstruo, ¡eso era Pikes! ¿Superior a Lon Chaney, padre? Stendahl, que había visto a Lon Chaney noche tras noche, en películas viejas, muy viejas, meditó unos instantes. Sí, superior a Chaney. ¿Superior a aquella otra vieja momia? ¿Cómo se llamaba? ¿Karloff? Muy superior. ¿Lugosi? La comparación era odiosa. No, no había más que un Pikes. Y le habían prohibido todas sus fantasías. No había lugar para él en la Tierra, ni gente que pudiera admirarlo. ¡Ni siquiera podía representar ante un espejo, ante sí mismo!

¡Pobre, imposible y derrotado Pikes! ¡Qué habrás sentido, Pikes, aquella noche en que arrancaron tus películas de las cámaras, como si les sacaran las entrañas, tus propias entrañas, para arrojarlas luego en rollos y pilas a las llamas de un horno! ¿Habrás sufrido tanto como yo cuando destruyeron mis cincuenta mil libros sin una disculpa? Sí, sí. Stendahl sintió que una furia insensata le helaba las manos. Cómo no iba a ser natural que en incontables medias noches conversaran consumiendo interminables cafeteras, y que de esas conversaciones y de ese fermento amargo saliera... la Casa Usher.

Se oyeron las campanadas de una gran iglesia. Llegaban los invitados.

Stendahl, sonriendo, fue a recibirlos.

Adultos sin memoria, los robots esperaban. Vestidos de seda verde como los charcos de los bosques, envueltos en sedas del color de las ranas y los helechos, ellos esperaban. Envueltos en pieles amarillas, como el sol y la arena, los robots esperaban. Aceitados, con huesos de tubos de bronce sumergidos en gelatina. En cajas de madera, en ataúdes fabricados para los que no estaban vivos ni muertos, los metrónomos esperaban que los pusieran en marcha. Un olor de lubricación y bronces torneados. Un silencio de cementerio. Sexuados, pero sin sexo, los robots. Nominados, pero sin nombre, con todas las características humanas menos la humanidad, en una muerte que ni siquiera era muerte, ya que nunca había sido vida, los robots miraban fijamente las tapas cerradas de sus cajas, esas cajas en las que alguien había grabado las letras EO.B. Y de pronto rechinaron los clavos. De pronto se levantaron las tapas, hubo sombras en las cajas, y una mano apretó una lata de aceite. Se oyó el leve tictac de un reloj, luego otro y otro, hasta que el sótano se convirtió en una inmensa y ronroneante relojería. Los párpados de goma se abrieron y descubrieron los ojos de mármol; las narices palpitaron; los robots se levantaron vestidos con una velluda piel de mono, o una piel blanca de conejo; Tweedledum detrás de Tweediedee, la Tortuga y el Ratón, cadáveres de ahogados en un mar de sal y algas, ahorcados de rostros violáceos y ojos desorbitados y viscosos, seres de hielo y de ardientes oropeles, enanos de arcilla y gnomos de pimienta, Tik-Tok, Ruggedo, Santa Claus precedido por un torbellino de nieve, Barba Azul con patillas de acetileno, y nubes sulfurosas con lenguas de fuego verde, y por último un dragón gigantesco y escamoso que llevaba un horno en el vientre cruzó la puerta con un grito, un rugido, un silencio, un torrente, una ráfaga. Diez mí¡ tapas cayeron. La relojería invadió Usher. La noche estaba encantada.

Una cálida brisa pasó sobre el paisaje. Los invitados llegaron en cohetes que abrasaban el cielo y transformaban el otoño en primavera.

Los hombres vestidos de etiqueta salieron de los cohetes, y detrás de ellos salieron las mujeres con peinados muy altos y complicados.

-¡Así que esto es Usher!

-¿Pero dónde está la puerta?

En ese momento apareció Stendahl. Las mujeres reían y parloteaban. El señor Stendahl levantó una mano imponiendo silencio. Se volvió, miró una alta ventana de castillo y llamó:

-Rapunzel, Rapunzel, suéltale el pelo.

Y allá arriba, una hermosa doncella se inclinó sobre el viento de la noche, y se soltó el cabello dorado. Y el cabello flotó y se retorció y fue una escalera, y los invitados subieron riendo, y entraron en la Casa.

¡Muy eminentes sociólogos! ¡Inteligentes psicólogos! ¡Tremendamente importantes políticos, bacteriólogos y neurólogos! Allí estaban, entre paredes húmedas.

-¡Bienvenidos!

El señor TVron, el señor Owen, el señor Dunne, el señor Lang, el señor Steffen, el señor Fletcher, y dos docenas más.

-Pasen, pasen.

La señorita Gibbs, la señorita Pope, la señorita Churchill, la señorita Blunt, la señorita Drummond y una veintena de otras resplandecientes mujeres.

Personas eminentes, sí, eminentes todas ellas, miembros de la Sociedad de Represión de la Fantasía, enemigos de la fiesta de Todos los Muertos y de¡ día de Guy Fawkes, cazadores de murciélagos, incendiarios de libros, portadores de antorchas; ciudadanos pacíficos y limpios, ciudadanos que habían, todos ellos, esperado a que los hombres toscos llegaran a Marte, enterraran a los marcianos, limpiaran las ciudades, construyeran pueblos, repararan las carreteras y suprimieran todos los peligros. Después, cuando ya todo estaba tranquilo, vinieron ellos, los aguafiestas, gentes con ojos de color de yodo y sangre de mercuriocromo a imponer sus Climas Morales, a repartir bondad. ¡Y ésos eran los amigos de Stendahl! Sí, con cuidado, con mucho cuidado, los había buscado, uno por uno, y en el último año pasado en la Tierra se había hecho amigo de todos ellos.

-¡Bienvenidos a las antesalas de la Muerte! -les gritó.

-Hola, Stendahl, ¿qué es esto?

-Ya lo verán, Que se desvista todo el mundo. Entren en estos cuartos y cámbiense de ropa. Los hombres aquí, las mujeres allá.

Los invitados, un poco intranquilos, no se movieron.

-No sé si debemos quedarnos -dijo la señorita Pope-. No me gusta el aspecto de todo esto. Es casi... una blasfemia.

-¡Qué tontería! Es un baile de disfraz.

-Parece algo ¡legal -gruñó el señor Steffens.

Stendahl se echó a reír.

-Vamos, vamos, diviértanse. Mañana todo esto será una ruina. Entren en los cuartos.

La Casa resplandeció, de vida y color. Los arlequines corrían con gorros de cascabeles; los ratones blancos bailaban unas cuadrillas al compás de una música que unos enanos tocaban con arcos diminutos en violines diminutos; en las vigas chamuscadas ondeaban los banderines, nubes de murciélagos volaban entre unas gárgolas, y de las bocas de las gárgolas salía un vino fresco, puro y espumante. Un arroyo serpenteaba por las siete salas del baile de máscaras. Los invitados lo probaban y descubrían que era jerez. Los invitados salían de los cuartos transformados en personajes de otra época, con los rostros cubiertos por antifaces, perdiendo al ponerse las máscaras todo derecho a querellarse con la fantasía y el terror. Las mujeres vestidas de rojo se reían desplazándose por los salones. Los hombres las cortejaban bailando. Y en las paredes había sombras, aun donde no había cuerpos, y aquí y allá había espejos que no reflejaban ninguna imagen.

-¡Todos nosotros vampiros! -rió el señor Fletcher---. ¡Muertos!

Las siete salas eran de distinto color: una azul, una morada, una verde, una anaranjada, una blanca, una violeta, y la última amortajada en terciopelo negro. En esta sala negra un reloj de ébano daba sonoramente la hora. Y los invitados, ya casi borrachos, corrían por las salas entre fantásticos robots, entre ratones y Sombrereros Locos, gnomos y gigantes, Gatos Negros y Reinas Blancas, y bajo los pies de los bailarines el suelo latía pesadamente como un oculto corazón delator,

-Señor Stendahl.

Un murmullo.

-Señor Stendahl.

Un monstruo, con el rostro de la Muerte, se detuvo junto a Stendahl. Era Pikes.

-Quiero hablar con usted.

-¿Qué pasa?

Pikes extendió una mano esquelética con unas cuantas ruedas, tuercas, tornillos y pernos calcinados o fundidos a medias.

Stendahl los contempló largamente. Luego llevó a Pikes a un pasillo.

-¿Garrett? -susurró.

Pikes asintió.

-Ha mandado a un robot. Cuando limpié el horno, encontré esto.

Pikes y Stendahl miraron las fatídicas piezas.

-Esto significa que la policía llegará en cualquier momento -dijo Pikes-. Y arruinarán nuestros planes.

Stendahl observó a los bailarines; un torbellino de gente amarilla, anaranjada y azul. La música barría los salones neblinosos.

-No sé. Tendría que haber adivinado que Garrett no vendría en persona. No es tan tonto. Pero, espere...

~¿Qué pasa?

-Nada. No pasa nada. Garrett nos envió un robot. Bien, pero nosotros le enviamos otro... Si no lo examina con cuidado, no notará la diferencia.

-¡Por supuesto!

-La próxima vez vendrá él mismo, pues pensará que no hay peligro. Es posible que se presente en cualquier momento, ¡en persona! ¡Más vino, Pikes!

Se oyó un enorme tañido.

-Apuesto a que es él. Hágalo pasar.

Rapunzel se soltó el cabello dorado.

-¿El señor Stendahl?

-¿El señor Garrett? ¿El verdadero señor Garrett?

Garrett examinó las paredes húmedas y a la gente que daba vueltas.

-El mismo. He creído conveniente una inspección personal. No se puede confiar en los robots, menos aún en los ajenos. Antes de salir para aquí he citado a los desmanteladores. Llegarán dentro de una hora, preparados para echar abajo esta horrible guarida.
Stendah1 se inclinó ceremoniosamente.

-Gracias por advertírmelo. Mientras tanto, podría usted divertirse. ¿Un poco de vino?

-No, gracias. ¿Qué pasa aquí? ¿A qué extremos puede llegar un hombre?

-Véalo usted mismo, señor Garrett.

-El crimen -dijo Garrett.

-El más repugnante.

Una mujer chilló. La señorita Pope llegó corriendo, con la cara blanca como un queso.

-¡Ha ocurrido algo horrible! ¡Un mono ha estrangulado a la señorita Blunt y la ha metido en una chimenea!

Stendahl y Garrett se volvieron y vieron una larga cabellera amarilla desparramada al pie de la chimenea. Garrett dio un grito.

-¡Horroroso! -sollozaba la señorita Pope. De pronto dejó de llorar. Parpadeó y miró-. ¡Señorita Blunt!

-Sí, aquí estoy -dijo la señorita Blunt.

-¡Pero si acabo de ver cómo la metían en la chimenea!

-No -dijo la señorita Blunt riéndose-. Era un robot. Un perfecto facsímil.

-Pero, pero...

-No llore, querida. Estoy perfectamente bien. Voy a verme a mí misma. ¡Pues sí, aquí estoy! En la chimenea, como usted dijo. Tiene gracia, ¿eh?

Y la señorita Blunt se fue, riéndose.

-¿Quiere un vaso de vino, Garrett?

-Creo que sí. Este asunto me ha puesto los nervios de punta. Dios mío, qué lugar. Merece verdaderamente que lo echemos abajo. Durante un momento creí...

Garrett bebió. Otro alarido. El piso se abrió mágicamente y cuatro conejos blancos descendieron por una escalera llevando en hombros al señor Steffens. Y allá fue el señor Steffens, al fondo de un foso, y allá lo dejaron amordazado y atado, bajo la cuchilla de acero de un gran péndulo oscilante que ahora descendía y descendía, acercándose cada vez más al cuerpo ultrajado del señor Steffens.

-¿Soy yo el que está ahí abajo? -preguntó el señor Steffens apareciendo al lado de Garrett. Se inclinó sobre el pozo-. Qué extraño, qué curioso es verse morir.

El péndulo dio un golpe final.

-No, gracias. ¿Qué pasa aquí? ¿A qué extremos puede llegar un hombre?

-Véalo usted mismo, señor Garrett.

-El crimen -dijo Garrett.

-El más repugnante.

Una mujer chilló. La señorita Pope llegó corriendo, con la cara blanca como un queso.

-¡Ha ocurrido algo horrible! ¡Un mono ha estrangulado a la señorita Blunt y la ha metido en una chimenea!

Stendahl y Garrett se volvieron y vieron una larga cabellera amarilla desparramada al pie de la chimenea. Garrett dio un grito.

-¡Horroroso! -sollozaba la señorita Pope. De pronto dejó de llorar. Parpadeó y miró-. ¡Señorita Blunt!

-Sí, aquí estoy -dijo la señorita Blunt.

-¡Pero si acabo de ver cómo la metían en la chimenea!

-No -dijo la señorita Blunt riéndose-. Era un robot. Un perfecto facsímil.

-Pero, pero...

-No llore, querida. Estoy perfectamente bien. Voy a verme a mí misma. ¡Pues sí, aquí estoy! En la chimenea, como usted dijo. Tiene gracia, ¿eh?

Y la señorita Blunt se fue, riéndose.

-¿Quiere un vaso de vino, Garrett?

-Creo que sí. Este asunto me ha puesto los nervios de punta. Dios mío, qué lugar. Merece verdaderamente que lo echemos abajo. Durante un momento creí...

Garrett bebió. Otro alarido. El piso se abrió mágicamente y cuatro conejos blancos descendieron por una escalera llevando en hombros al señor Steffens. Y allá fue el señor Steffens, al fondo de un foso, y allá lo dejaron amordazado y atado, bajo la cuchilla de acero de un gran péndulo oscilante que ahora descendía y descendía, acercándose cada vez más al cuerpo ultrajado del señor Steffens.

-¿Soy yo el que está ahí abajo? -preguntó el señor Steffens apareciendo al lado de Garrett. Se inclinó sobre el pozo-. Qué extraño, qué curioso es verse morir.

El péndulo dio un golpe final.

-Qué realismo -dijo Steffens alejándose.

-Otro vaso de vino, señor Garrett.

-Sí, por favor.

-Esto no durará. Pronto llegarán los desmanteladores.

-Gracias a Dios.

Y por tercera vez, un grito.

-¿Ahora qué? -dijo Garrett, receloso.

-Ahora me toca a mí -dijo la señorita Drummond-. Miren.

Y poco después una segunda señorita Drummond chillaba dentro de un ataúd mientras la metían debajo del suelo, en una tierra húmeda.

-Pero cómo, yo recuerdo esto -jadeó el investigador de Climas Morales-. Estaba en los viejos libros prohibidos. El enterramiento prematuro. Y lo demás. La fosa, el péndulo, y el mono, la chimenea y los asesinatos de la calle Morgue. ¡Sí! ¡En uno de los libros que quemé!

-Otro trago, Garrett. No mueva la copa.

-¡Dios mío, qué imaginación!

Y en seguida vieron morir a otros cinco. Uno en la boca de un dragón, los otros arrojados a las aguas negras de una laguna, donde se hundieron y desaparecieron.

-¿Le gustaría ver lo que hemos proyectado para usted? -preguntó StendahI.

-¿Por qué no? ¿Qué importa? Pronto vamos a destruir este infiemo. Es usted horrible, Stendahl.

-Venga por aquí.

Y Stendahl llevó abajo a Garrett, a través de numerosos pasillos, y otra vez más abajo por escaleras de caracol, hacia el interior de la tierra, hacia las catacumbas.

-¿Qué quiere mostrarme? -preguntó Garrett.

-Su propia muerte.

-¿La muerte de mi doble?

-Sí. Y otra cosa.

-¿Qué?

-El Amontillado -dijo Stendah1 adelantándose y alzando una linterna deslumbrante.

Unos esqueletos se asomaban levantando las tapas de los ataúdes. Garrett, con un gesto de repugnancia, se llevó una mano a la nariz.

-¿El qué?

-¿No ha oído hablar usted del Amontillado?

-No.

~¿No reconoce usted eso? -Stendahl le señaló una celda.

- ¿Tendría que reconocerlo?

Stendahl sonrió y sacó de entre los pliegues de su capa una paleta de albañil.

-¿Y esto?

-¿Qué es?

-Venga.

Entraron en la celda y Stendahl encadenó a Garrett, que estaba casi borracho.

-Por Dios, ¿qué hace usted? -gritó Garrett sacudiendo las cadenas.

-Me siento irónico. No interrumpa a un hombre que se siente irónico. No sea descortés. Ya está.

-¡Me ha encadenado!

-Es cierto.

-Pero ¿qué pretende?

-Dejarlo en esta celda.

-Usted bromea.

-Una broma muy graciosa.

-¿Dónde está mi doble? ¿No vamos a ver cómo lo matan?

-No hay doble.

-Pero ¿y los otros?

-Los otros están muertos. Los que usted vio matar eran los verdaderos. Los dobles, los robots, miraban solamente.

Garrett calló.

-Ahora usted debe decir: «¡Por amor de Dios, Montresor!» -continuó Stendahl-. Y yo contestaré: «¡Sí, por amor de Dios!». ¿No quiere usted decirlo? Vamos. Dígalo.

-Imbécil.

- ¿Tengo que repetírselo? Dígalo. Diga: «¡Por amor de Dios. Montresor!».

Garrett se sentía más despejado.

-No lo diré, idiota. Sáqueme de aquí.

-Póngase eso -dijo Stendahl. tirándole algo que campanilleaba y tintineaba.

-¿Qué es?

-Un gorro de cascabeles. Póngaselo y quizá lo deje salir.

-¡Stendahl!

-Le he dicho que se lo ponga.

Garrett obedeció. Los cascabeles repicaron.

-¿No siente usted como si esto hubiera sucedido antes? -Preguntó Stendahl, y comenzó a trabajar con la paleta, un mortero y unos ladrillos.

-¿Qué hace?

-Estoy amurallándolo. Ya hay una hilera. Ahora va otra.

-¡Usted está loco!

-No lo discuto.

Stendah1 mojó un ladrillo en el mortero, cantando entre dientes. Ahora había golpes y gritos y llantos en la celda cada vez más oscura. La pared crecía lentamente.

-Un poco más de ruido, por favor -dijo Stendahl-. Representemos bien la escena.

-¡Déjeme salir! ¡Déjeme salir!

Sólo faltaba un ladrillo. Los gritos eran ahora continuos.

-¿Garrett? -llamó Stendahl. en voz baja. Garrett calló-. ¿Sabe usted por qué le hago esto? Porque quemó los libros del señor Poe sin haberlo leído. Le bastó la opinión de los demás. Si hubiera leído los libros, habría adivinado lo que yo le iba a hacer, cuando bajamos hace un momento. La ignorancia es fatal, señor Garrett.

Garrett no replicó.

-Quiero que esto sea perfecto -dijo Stendah1 levantando la linterna para que la luz cayera sobre la encogida figura de Garrett-. Agite suavemente los cascabeles. -Los cascabeles tintinearon-. Ahora diga usted: «¡Por amor de Dios, Montresor!»; es posible que lo deje salir

La luz de la linterna alumbró la cara de Garrett. Garrett titubeó y luego dijo grotescamente:

-Por amor de Dios, Montresor.

-Ah -exclamó Stendahl con los ojos cerrados. Colocó el último ladrillo y lo aseguró con una capa de cemento-. Requiescat in pace, querido amigo.

Salió de prisa de la catacumba.

El sonido de un reloj de medianoche hizo que todo se detuviera en las siete salas de la Casa.

Apareció la Muerte Roja.

Stendahl se volvió un momento en el umbral y luego echó a correr fuera de la Casa, más allá del foso, donde esperaba un helicóptero.

-¿Listo, Pikes?

-Listo.

-¡Vamos allá!

Miraron la Casa, sonriendo. Las paredes empezaron a abrirse por el medio, como en un terremoto, y mientras Stendahl observaba la magnífica escena, oyó a Pikes que recitaba detrás de él en un tono bajo y cadencioso:

-«Cuando vi que las enormes paredes se hundían, sentí un vértigo... Se oyó un largo ruido tumultuoso, como la voz de innumerables cataratas, y la laguna profunda y oscura que había a mis pies se cerró triste y silenciosamente sobre las ruinas de la casa Usher.»

El helicóptero se elevó sobre las aguas hirvientes del lago y voló hacia el oeste.

AGOSTO DE 2005

Los viejos

¿Y no era natural que al fin llegaran los viejos a Marte, siguiendo los pasos de los ruidosos exploradores, de la gente sofisticada y aromática, de los viajeros profesionales y de los conferenciantes románticos en busca de nuevos temas?

Pues sí, los viejos secos y crujientes, los que se pasaban el tiempo escuchándose los corazones, tomándose el pulso y llevándose cucharadas de jarabe a la boca torcida, los que en noviembre iban en autobús a California y en abril embarcaban para Italia en tercera, las pasas de uva, las momias, llegaron al fin a Marte...

SEPTIEMBRE DE 2005

El marciano

Las montañas azules se alzaban en la lluvia y la lluvia caía en los largos canales, y el viejo La Farge y su mujer salieron de la casa a mirar.

-La primera lluvia de la estación -señaló La Farge.

-Qué bien -dijo la mujer.

-Bienvenida, de veras.

Cerraron la puerta. Dentro se calentaron las manos junto a las llamas. Se estremecieron. A lo lejos, a través de la ventana, vieron que la lluvia centelleaba en los costados del cohete que los había traído de la Tierra.

-Sólo falta una cosa -dijo La Farge mirándose las manos.

-¿Qué? -preguntó su mujer.

-Me gustaría haber traído a Tom con nosotros.

-Oh, por favor, Lafe.

-Sí, no empezaré otra vez. Perdona.

-Hemos venido a disfrutar en paz nuestra vejez, no a pensar en Tom. Murió hace tanto tiempo... Tratemos de olvidarnos de Tom y de todas las cosas de la Tierra.

La Farge se calentó otra vez las manos, con los ojos clavados en el fuego.

-Tienes razón. No hablaré de eso nunca más. Pero echo de menos aquellos domingos, cuando íbamos en automóvil a Green Lawn Park, a poner unas flores en su tumba. Era casi nuestra única salida.

La lluvia azul caía sobre la casa.

A las nueve se fueron a la cama y se tendieron en silencio, tomados de la mano, él de cincuenta y cinco años, y ella de sesenta en la lluviosa oscuridad.

-¿Anna? -llamó La Farge suavemente.

-¿Qué?

-¿Has oído algo?

Los dos escucharon la lluvia y el viento.

-Nada -dijo ella.

-Alguien silbaba.

-No lo he oído.

-De todos modos voy a ver.

La Farge se levantó, se puso una bata, atravesó la casa y llegó a la puerta de la calle. La abrió titubeando, y la lluvia fría le cayó en la cara. En la puerta del patio había una figura. Un rayo agrietó el cielo; una ola de color blanco iluminó un rostro que miraba fijamente a La Farge.

-¿Quién está ahí? -llamó La Farge, temblando.

No hubo respuesta.

-¿Quién es? ¿Qué quiere?

Silencio.

La Farge se sintió débil, cansado, entumecido.

-¿Quién eres? -gritó, Anna se le acercó y lo tomó por el brazo.

-¿Por qué gritas?

-Hay un chico ahí fuera en el patio y no me contesta -dijo La Farge, estremeciéndose-. Se parece a Tom.

-Ven a acostarte, estás soñando.

-Pero mira, ahí está.

Y La Farge abrió un poco más la puerta para que también ella pudiera ver. Soplaba un viento frío y la lluvia fina caía sobre el patio, y la figura inmóvil los miraba con ojos distantes. La vieja se adelantó hacia el umbral.

-¡Vete! -gritó agitando una mano-. ¡Vete!

-¿No se parece a Tom? -preguntó La Farge.

La figura no se movió.

-Tengo miedo -dijo la vieja---. Echa el cerrojo y ven a la cama. Deja eso, déjalo.

Y se fue, gimiendo, hacia el dormitorio.

El viejo se quedó, y el viento le mojó las manos con una lluvia fría.

-Tom -llamó La Farge en voz baja-. Tom, si eres tú, si por un azar eres tú, no cerraré con llave. Si sientes frío y quieres calentarte, entra más tarde y acuéstate junto a la chimenea; hay allí unas alfombras de piel.

Cerró la puerta, pero sin echar el cerrojo.

La mujer sintió que La Farge se metía en la cama y se estremeció.

-Qué noche horrible. Me siento tan vieja... -dijo sollozando.

-Bueno, bueno -la calmó él, abrazándola-. Duerme.

Al cabo de un rato la mujer se durmió.

Y entonces La Farge alcanzó a oír que la puerta se abría, casi en silencio, dejaba entrar el viento y la lluvia, y se cerraba otra vez. Luego oyó unos pasos blandos que se acercaban a la chimenea, y una respiración muy suave.

-Tom -dijo.

Un rayo estalló en el cielo y abrió en dos la oscuridad.

A la mañana siguiente, el sol calentaba.

El señor La Farge abrió la puerta de la sala y miró rápidamente alrededor. No había nadie sobre la alfombra. La Farge suspiró:

-Estoy envejeciendo.

Salía de la casa hacia el canal, en busca de un balde de agua clara, cuando casi derribó a Tom, que ya traía un balde Reno.

-Buenos días, papá.

El viejo se tambaleó.

-Buenos días, Tom.

El chico, descalzo, cruzó de prisa el cuarto, dejó el balde en el suelo y se volvió sonriendo.

-¡Qué día más hermoso!

-Sí -dijo La Farge, estupefacto.

El chico actuaba con naturalidad. Se inclinó sobre el balde y comenzó a lavarse la cara.

La Farge dio un paso adelante.

-Tom, ¿cómo viniste aquí? ¿Estás vivo?

El chico alzó la mirada.

-¿No tendría que estarlo?

-Pero, Tom... Green Lawn Park todos los domingos, las flores y.. La Farge tuvo que sentarse. El chico se le acercó y le tomó la mano. La mano de Tom era cálida y firme.

-¿Estás realmente aquí? ¿No es un sueño?

-Tú quieres que esté aquí, ¿no? -El chico parecía preocupado.

-Sí, sí, Tom.

-Entonces, ¿por qué me preguntas? Acéptame...

-Pero tu madre.., la impresión...

-No te preocupes. Estuve a vuestro lado, cantando, toda la noche, y me aceptaréis, especialmente ella. Espera a que venga y lo verás.

Tom se echó a reír sacudiendo la cabeza de rizado pelo cobrizo. Tenía ojos muy azules y claros.

La madre salió del dormitorio recogiéndose el pelo.

-Buenos días. Lafe, Tom. ¡Qué hermoso día!

Tom se volvió hacia su padre y se le rió en la cara.

-¿Ves?

Almorzaron muy bien, los tres, a la sombra de detrás de la casa. La señora La Farge descorchó una vieja botella de vino de girasol, que había apartado en otro tiempo, y todos bebieron un poco. El señor La Farge nunca la había visto tan contenta. Si Tom la preocupaba, no lo demostró. Para ella era algo completamente natural. La Farge comenzó a pensar también que era natural.

Mientras mamá lavaba los platos, La Farge se inclinó hacia su hijo y le preguntó con aire de confidencia:

-¿Cuántos años tienes, hijo?

-¿No lo sabes? Catorce, por supuesto.

-¿Quién eres, realmente? No es posible que seas Tom, pero eres alguien. ¿Quién?

Atemorizado, el chico se llevó las manos a la cara.

-No preguntes.

-Puedes decírmelo -dijo el hombre-. Lo comprenderé. Eres un marciano, ¿no es cierto? He oído historias de los marcianos, pero nada definido. Dicen que son muy raros y que cuando andan entre nosotros parecen terrestres. Hay algo en ti... Eres Tom y no eres Tom.

-¿Por qué no me aceptas y callas? -gritó el chico hundiendo la cara entre las manos-. No dudes, por favor, ¡no dudes de mil

Se levantó de la mesa y echó a correr.

-¡Tom, vuelve!

El chico corrió a lo largo de¡ canal, hacia el pueblo lejano.

-¿Adónde va Tom? -preguntó Anna que regresaba a buscar el resto de los platos. Miró atentamente a su marido-. ¿Le has dicho algo desagradable?

---Anna-dijo el señor La Farge tomándole una mano-. Anna, ¿te acuerdas de Green Lawn Park, del mercado, de Tom enfermo de neumonía?

La mujer se echó a reír.

-¿Qué dices?

-No importa -contestó La Farge en voz baja.

A lo lejos, el polvo se posaba a orillas del canal por donde había pasado Tom.

Tom volvió a las cinco de la tarde, cuando el sol se ponía. Miró indeciso a su padre.

-¿Me vas a preguntar algo? -quiso saber.

-Nada de preguntas -dijo La Farge.

El chico sonrió con una sonrisa blanca.

-Estupendo.

-¿Dónde has estado?

-Cerca del pueblo. Casi no vuelvo. He estado a punto de caer en una... -el chico buscaba la palabra exacta-, en una trampa.

-¿Cómo en una trampa?

-Pasaba al lado de una casita de chapas de zinc, cerca del canal y de pronto pensé que me perdía y que no volvería a veros. No sé cómo explicártelo, no encuentro cómo, ni siquiera yo mismo lo sé. Es raro, pero prefiero no hablar de eso ahora.

-No hablemos entonces. Lávate las manos, es hora de cenar.

El chico corrió a lavarse.

Unos diez minutos más tarde, una lancha se acercó por la serena superficie de las aguas. Un hombre alto y flaco, de pelo negro, la impulsaba con una pértiga, moviendo lentamente los brazos.

-Buenas tardes, hermano La Farge -dijo deteniéndose.

-Buenas tardes, Saúl. ¿Qué se cuenta por aquí?

-Esta noche, muchas cosas. ¿Conoces a un tal Nomland que vive al borde del canal en una casa de chapas?

La Farge se enderezó.

-Sí.

-¿Sabías que era un granuja?

-Se dijo que salió de la Tierra porque había matado a un hombre.

Saúl se apoyó en la pértiga mojada y miró a La Farge.

-¿Recuerdas el nombre del muerto?

-Gillings, ¿no?

-Sí, Gillings. Pues bien, hace unas dos horas el señor Nomland llegó al pueblo gritando que había visto a Gillings, vivo, aquí, en Marte, hoy, esta misma tarde. Nom1and quería esconderse en la cárcel, pero no lo dejaron. De modo que volvió a su casa y veinte minutos después, dicen, se pegó un tiro. Vengo ahora de allí.

-Bueno, bueno -dijo La Farge.

-Ocurren unas cosas... -dijo Saúl-. En fin, buenas noches, La Farge.

-Buenas noches.

La lancha se alejó por las serenas aguas del canal.

-La cena está lista -llamó la mujer.

El señor La Farge se sentó a la mesa y cuchillo en mano miró a Tom.

-Tom, ¿qué has hecho esta tarde?

-Nada -contestó Tom con la boca llena---. ¿Por qué?

-Quería saber, nada más -dijo el viejo poniéndose la servilleta.

A las siete, aquella misma tarde, la señora La Farge dijo que quería ir al pueblo.

-Hace tres meses que no voy.

Tom se negó.

-El pueblo me da miedo -dijo-. La gente. No quiero ir.

-Pero cómo -dijo Anna-, qué palabras son ésas para tamaño grandullón. No te haré caso. Vendrás con nosotros. Yo lo digo.

-Pero Anna, si el chico no quiere... -farfulló La Farge.

Pero era inútil discutir. Anna los empujó a la lancha y remontaron el canal bajo las estrellas nocturnas. Tom estaba tendido de espaldas, con los ojos cerrados; era imposible saber si dormía o no. El viejo lo miraba fijamente. ¿Qué criatura es ésta, pensaba, tan necesitada de cariño como nosotros? ¿Quién es y qué es esta criatura que sale de la soledad, se acerca a gentes extrañas y asumiendo la voz y la cara del recuerdo se queda al fin entre nosotros, aceptada y feliz? ¿De qué montaña procede, de qué caverna, de qué raza, aún viva en este mundo cuando los cohetes Regaron de la Tierra? El viejo meneó la cabeza. Era imposible saberlo. Por ahora aquello era Tom.

El viejo miró con aprensión el pueblo lejano, y pensó otra vez en Tom y en Anna. Quizá nos equivoquemos al retener a Tom, se dijo a sí mismo, pues de todo esto no saldrá otra cosa que preocupaciones y penas, pero cómo renunciar a lo que hemos deseado tanto aunque se quede sólo un día y desaparezca, haciendo el vacío más vacío, y las noches más oscuras y las noches lluviosas más húmedas. Quitamos esto sería como quitarnos la comida de la boca.

Y miró al chico, que dormitaba pacíficamente en el fondo de la lancha. El chico se quejó, como en una pesadilla

-La gente. Cambiar y cambiar. La trampa.

-Calma, calma -dijo La Farge acariciándole el pelo rizado.

Tom se calló.

La Farge ayudó a Anna y a Tom a salir de la lancha.

-¡Aquí estamos!

Anna sonrió a las luces, escuchó la música de los bares, los pianos, los gramófonos, observó a la gente que paseaba tomada del brazo por las calles animadas.

-Quiero volver a casa -dijo Tom.

-Antes no hablabas así -dijo Anna-. Siempre te gustaron las noches de sábado en el pueblo.

-No te apartes de mí -le susurró Tom a La Farge-. No quiero caer en una trampa.

Anna alcanzó a oírlo.

-¡Deja de decir esas cosas! Vamos.

La Farge advirtió que Tom le había tomado la mano.

-Aquí estoy, Tom -dijo apretando la mano del chico. Miró a la muchedumbre que iba y venía y sintió, también, cierta inquietud-. No nos quedaremos mucho tiempo.

-No digas tonterías, no nos iremos antes de las once -dijo Anna.

Cruzaron una calle y tropezaron con tres borrachos. Hubo un momento de confusión, una separación, una media vuelta, y La Farge miró consternado alrededor. Tom no estaba entre ellos.

-¿Adónde ha ido? -preguntó Anna, irritada---. Aprovecha cualquier ocasión para escaparse. ¡Tom!

El señor La Farge corrió entre la muchedumbre, pero Tom había desaparecido.

-Ya volverá. Estará en la lancha cuando nos vayamos -afirmó Anna, guiando a su marido hacia el cinematógrafo.

De pronto, hubo una conmoción en la muchedumbre, y un hombre y una mujer pasaron corriendo junto a La Farge. La Farge los reconoció. Eran Joe Spaulding y su mujer. Antes de que pudiera hablarles, ya habían desaparecido.

Sin dejar de mirar ansiosamente hacia la calle, compró las entradas y entró de mala gana en la poco acogedora oscuridad.

A las once, Tom no estaba en el embarcadero. La señora La Farge se puso muy pálida.

-No te preocupes. Yo lo encontraré. Espera aquí -dijo La Farge.

-Date prisa.

La voz de Anna murió en la superficie rizada del agua.

La Farge caminó por las calles nocturnas, con las manos en los bolsillos. Las luces de alrededor se iban apagando, una a una.

Unas pocas gentes se asomaban todavía a las ventanas pues la noche era calurosa, aunque unas nubes de tormenta pasaban de vez en cuando por el cielo estrellado. Mientras caminaba, La Farge pensaba en el chico, en sus constantes alusiones a una trampa, en el miedo que tenía a las muchedumbres y las ciudades. Esto no tiene sentido, reflexionó con cansancio. Tal vez el chico se ha ido para siempre, tal vez no ha existido nunca. La Farge dobló por una determinada callejuela, observando los números.

-Hola, La Farge.

Un hombre estaba sentado en el umbral de una puerta, fumando una pipa.

-Hola, Mike.

-¿Has peleado con tu mujer? ¿Estás calmándote con una caminata?

-No, paseo nada más.

-Parece que se te hubiera perdido algo. A propósito. Esta noche encontraron a alguien. ¿Conoces a Joe Spaulding? ¿Te acuerdas de su hija Lavinia?

-Sí.

La Farge se sintió traspasado de frío. Todo era como un sueño repetido. Ya sabía qué palabras vendrían ahora.

-Lavinia volvió a casa esta noche -dijo Mike, y arrojó una bocanada de humo-. ¿Recuerdas que se perdió hace cerca de un mes en los fondos del mar muerto? Encontraron un cadáver que podría ser el suyo y desde entonces la familia Spaulding no ha estado bien. Spaulding iba de un lado a otro diciendo que Lavinia no había muerto, que aquel cadáver no era ella. Parece que tenía razón. Lavinia apareció esta noche.

La Farge sintió que le faltaba el aire, que el corazón le golpeaba el pecho.

-¿Dónde?

-En la calle principal. Los Spaulding estaban comprando entradas para una función y de pronto vieron a Lavinia entre la gente. Qué impresión la de ellos, imagínate. Al principio Lavinia no los reconoció; pero la siguieron calle abajo y le hablaron y entonces ella recobró la memoria.

-¿La has visto?

-No, pero la he oído cantar. ¿Recuerdas con qué gracia cantaba Las bonitas orillas del lago Lomond? La oí hace un rato allá en la casa gorjeando para su padre. Es muy agradable oírla. Una muchacha encantadora. Era lamentable que se hubiera muerto. Ahora que ha regresado, todo es distinto. Pero oye, qué te pasa, no te veo muy bien. Entra y te serviré un whisky..

-No, gracias, Mike.

La Farge se alejó calle abajo. Oyó que Mike le daba las buenas noches y no contestó. Tenía la mirada fija en una casa de dos plantas con el techo de cristal donde serpenteaba una planta marciana de flores rojas. En la parte trasera de la casa, sobre el jardín, había un retorcido balcón de hierro. Las ventanas estaban iluminadas. Era muy tarde, y La Farge seguía pensando: «¿Cómo se sentirá Anna si no vuelvo con Tom? ¿Cómo recibirá este segundo golpe, esta segunda muerte? ¿Se acordará de la primera y a la vez de este sueño y de esta desaparición repentina? Oh Dios, tengo que encontrar a Tom, ¿o qué va a ser de Anna? Pobre Ana, me está esperando en el embarcadero». La Farge se detuvo y levantó la cabeza. En alguna parte, allá arriba, unas voces daban las buenas noches a otras voces muy dulces. Las puertas se abrían y cerraban, se apagaban las luces y continuaba oyéndose un canto suave. Un momento después una hermosa muchacha, de no más de dieciocho años, se asomó al balcón.

La Farge la llamó a través del viento que comenzaba a levantarse.

La muchacha se volvió y miró hacia abajo.

-¿Quién está ahí?

-Yo -dijo el viejo La Farge, y notando que esta respuesta era tonta y rara, se calló y los labios se le movieron en silencio.

¿Qué podía decir? ¿«Tom, hijo mío, soy tu padre»? ¿Cómo le hablaría? La muchacha pensaría que estaba loco y llamaría a la familia.

La figura se inclinó hacia delante, asomándose a la luz ventosa.

-Sé quién eres -dijo en voz baja---. Por favor, vete. No hay nada que pueda hacer por ti.

-¡Tienes que volver! -Las palabras se le escaparon a La Farge.

La figura iluminada por la luz de la luna se retiró a la sombra, donde no tenía identidad, donde no era más que una voz.

-Ya no soy tu hijo. No teníamos que haber venido al pueblo.

-¡Anna espera en el embarcadero!

-Lo siento -dijo la voz tranquila-. Pero ¿qué puedo hacer? Soy feliz aquí; me quieren tanto como vosotros. Soy lo que soy y tomo lo que puedo. Ahora es demasiado tarde. Me han atrapado.

-Pero, y Anna... Piensa qué golpe será para ella.

-Los pensamientos son demasiado fuertes en esta casa; es como estar en la cárcel. No puedo cambiar otra vez.

-Eres Tom, eras Tom, ¿verdad? ¡No estarás bromeando con un viejo! ¡No serás realmente Lavinia Spaulding!

-No soy nadie; soy sólo yo mismo. Dondequiera que esté soy algo, y ahora soy algo que no puedes impedir.

-No estás seguro en el pueblo. Estarás mejor en el canal, donde nadie puede hacerte daño -suplicó el viejo.

-Es cierto. -La voz titubeó-. Pero he de pensar en ellos. ¿Qué sentirían mañana al despertar cuando vieran que me fui de nuevo, y esta vez para siempre? Además, la madre sabe lo que soy; lo ha adivinado como tú. Creo que todos lo adivinaron, aunque no hicieron preguntas. Cuando no se puede tener la realidad, bastan los sueños. No soy quizá la muchacha muerta, pero soy algo casi mejor, el ideal que ellos imaginaron. Tendría que elegir entre dos víctimas: ellos o tu mujer.

-Ellos son cinco, lo soportarían mejor que nosotros.

-¡Por favor! -dijo la voz---. Estoy cansada.

La voz del viejo se endureció.

-Tienes que venir. No puedo permitir que Anna sufra otra vez. Eres nuestro hijo. Eres mi hijo, y nos perteneces.

La sombra tembló.

-¡No, por favor!

-No perteneces a esta casa ni a esta gente.

-No. No.

-Tom, Tom, hijo mío, óyeme. Vuelve. Baja por la parra. Ven, Anna te espera; tendrás un hogar, y todo lo que quieras.

El viejo alzaba los ojos esperando el milagro.

Las sombras se movieron, la parra crujió levemente.

Y al fin la voz dijo:

-Bueno, papá.

-¡Tom!

La ágil figura de un niño se deslizó por la parra a la luz de las lunas. La Farge abrió los brazos para recibirlo.

Una habitación se iluminó arriba, y en una ventana enrejada dijo una voz:

-¿Quién anda ahí?

-Date prisa, hijo mío.

Más luces, más voces:

-¡Alto o hago fuego! ¿No te ha pasado nada, Vinny?

El ruido de pasos precipitados.

El hombre y el chico corrieron por el jardín.

Sonó un disparo. La bala dio en la pared en el momento en que cerraban el portón.

-Tom, vete por ahí. Yo iré por aquí para despistarlos. Corre al canal. Allí estaré dentro de diez minutos.

Se separaron. La luna se ocultó detrás de una nube. El viejo corrió en la oscuridad.

-Anna,¡aquí estoy!

La vieja, temblando, lo ayudó a salvar a la lancha.

-¿Dónde está Tom?

-Llegará en un minuto -jadeó La Farge.

Se volvieron y miraron las calles del pueblo dormido. Aún había alguna gente: un policía, un sereno, el piloto de un cohete, varios hombres solitarios que regresaban de alguna cita nocturna, dos parejas que salían de un bar riéndose. Una música sonaba débilmente en alguna parte.

-¿Por qué no viene? -preguntó la vieja.

-Ya vendrá, ya vendrá.

Pero La Farge estaba inquieto. ¿Y si el niño hubiera sido atrapado otra vez, de algún modo, en alguna parte, mientras corría hacia el embarcadero, por las calles de medianoche, entre las casas oscuras? Era un trayecto muy largo, aun para un chico; sin embargo ya tenía que haber llegado.

Y entonces, lejos, en la avenida iluminada por las lunas alguien corrió.

La Farge gritó y calló en seguida, pues allá lejos resonaron también unas voces y otros pasos apresurados. Las ventanas se iluminaron una a una. La figura solitaria cruzó rápidamente la plaza, acercándose al embarcadero. No era Tom; no era más que una forma que corría, una forma con un rostro de plata que resplandecía a la luz de las lámparas, agrupadas en la plaza. Y a medida que se acercaba, la forma se hizo más y más familiar, y cuando llegó al embarcadero ya era Tom. Anna le tendió los brazos. La Farge se apresuró a desanudar las amarras.

Pero ya era demasiado tarde. Un hombre, otro, una mujer, otros dos hombres y Spaulding aparecieron en la avenida y atravesaron de prisa la plaza silenciosa. Luego se detuvieron, perplejos. Miraron asombrados alrededor, como si quisieran volverse atrás. Todo les parecía ahora una pesadilla, una verdadera locura. Pero se acercaron, titubeando, deteniéndose y adelantándose.

Era ya demasiado tarde. La noche, la aventura, todo había terminado. La Farge retorció la amarra entre los dedos. Se sintió desalentado y solo. La gente alzaba y bajaba los pies a la luz de la luna, acercándose rápidamente, con los ojos muy abiertos, hasta que todos, los diez llegaron al embarcadero. Se detuvieron, lanzaron unas miradas aturdidas a la lancha, y gritaron.

-¡No se mueva, La Farge!

Spaulding tenía un arma.

Todo era evidente ahora. Tom atraviesa rápidamente las calles iluminadas por las lunas, solo, cruzándose con la gente. Un policía descubre la figura veloz. El policía gira sobre sí mismo, ve el rostro, pronuncia un nombre y echa a correr. ¡Alto! Había reconocido a un criminal. Y en todo el trayecto, la misma escena: hombres aquí, mujeres allá, serenos, pilotos de cohete. La fugitiva figura era todo para ellos, todas las identidades, todas las personas, todos los nombres. ¿Cuántos nombres diferentes se habían pronunciado en los últimos cinco minutos? ¿Cuántas caras diferentes, ninguna verdadera, se habían formado en la cara de Tom?

Y en todo el trayecto el perseguido y los perseguidores, el sueño y los soñadores, la presa y los perros de presa. En todo el trayecto la revelación repentina, el destello de unos ojos familiares, el grito de un viejo, viejo nombre, los recuerdos de otros tiempos, la muchedumbre cada vez mayor. Todos lanzándose hacia delante mientras, como una imagen reflejada en diez mil espejos, diez mil ojos, el sueño fugitivo viene y va, con una cara distinta para todos, los que le preceden, los que vienen detrás, los que todavía no se han encontrado con él, los aún invisibles.

Y ahora todos estaban allí, al lado de la lancha, reclamando sus sueños. «Del mismo modo -pensó La Farge-, nosotros queremos que sea Tom, y no Lavinia, no William, ni Roger, ni ningún otro. Pero todo ha terminado. Esto ha ido demasiado lejos.»

-¡Salgan todos de la lancha! -les ordenó Spaulding.

Tom saltó al embarcadero. Spaulding lo tomó por la muñeca.

-Tú vienes a casa conmigo. Lo sé todo.

-Espere -dijo el policía-. Es mi prisionero. Se llama Dexten Lo buscan por asesinato.

-¡No! -sollozó una mujer---. ¡Es mi marido! ¡Creo que puedo reconocer a mi marido!

Otras voces se opusieron. El grupo se acercó.

La señora La Farge se puso delante de Tom.

-Es mi hijo. Nadie puede acusarlo. ¡Ya nos íbamos a casa!

Tom, mientras tanto, temblaba y se sacudía con violencia. Parecía enfermo. El grupo se cerró, exigiendo, alargando las manos, aferrándose a Tom.

Tom gritó.

Y ante los ojos de todos, comenzó a transformarse. Fue Tom, y James, y un tal Switchman, y un tal Butterfield; fue el alcalde del pueblo, y una muchacha, Judith; y un marido, William; y una esposa, Clarisse. Como cera fundida, tomaba la forma de todos los pensamientos. La gente gritó y se acercó a él, suplicando. Tom chilló, estirando las manos, y el rostro se le deshizo muchas veces.

-¡Tom! -gritó La Farge.

-¡Alicia! -llamó alguien.

-¡Wffliam!

Le retorcieron las manos y lo arrastraron de un lado a otro, hasta que al fin, con un último grito de terror, Tom cayó al suelo.

Quedó tendido sobre las piedras, como una cera fundida que se enfría lentamente, un rostro que era todos los rostros, un ojo azul, el otro amarillo; el pelo castaño, rojo, rubio, negro, una ceja espesa, la otra fina, una mano muy grande, la otra pequeña.

Nadie se movió. Se llevaron las manos a la boca. Se agacharon junto a él.

-Está muerto -dijo al fin una voz.

Empezó a llover.

La lluvia cayó sobre la gente, y todos alzaron los ojos. Lentamente, y después más de prisa, se volvieron, dieron unos pasos, y echaron a correr, dispersándose. Un minuto después, la plaza estaba desierta. Sólo quedaron el señor La Farge y su mujer, horrorizados, cabizbajos, tomados de la mano.

La lluvia cayó sobre el rostro irreconocible.

Anna no dijo nada, pero empezó a llorar.

-Vamos a casa, Anna. No hay nada que podamos hacer -dijo el viejo.

Subieron a la lancha y se alejaron por el canal, en la oscuridad. Entraron en la casa, encendieron la chimenea y se calentaron las manos. Se acostaron, y juntos, helados y encogidos, escucharon la lluvia que caía otra vez sobre el techo.

-¡Escucha! -dijo La Farge a medianoche-. ¿Has oído algo?

-Nada, nada.

-Voy a mirar, de todos modos.

Atravesó a tientas el cuarto oscuro, y esperó algún tiempo al lado de la puerta de la calle.

Al fin abrió y miró afuera.

La lluvia caía desde el cielo negro, sobre el patio desierto, sobre el canal y entre las montañas azules.

La Farge esperó cinco minutos y después, suavemente, con las manos húmedas, entró en la casa, cerró la puerta y echó el cerrojo.

NOVIEMBRE DE 2005

La tienda de equipajes

Cuando aquella noche el dueño de la tienda de equipajes escuchó la noticia, transmitida directamente desde la Tierra en una onda de luz- sonido, le pareció algo muy remoto.

Una guerra iba a estallar en la Tierra.

El dueño de la tienda de equipajes se asomó a la puerta y miró el cielo.

Sí, allá estaba la Tierra, en el cielo nocturno, descendiendo como el sol detrás de las colinas. Las palabras de la radio y aquella estrella verde eran lo mismo.

-No lo creo -dijo el dueño de la tienda.

-Porque usted no está allá -dijo el padre Peregrine, que se había detenido para entretener la velada.

-¿Qué quiere decir, padre?

-En mi infancia era lo mismo -explicó el padre Peregrine-. Nos decían que había estallado una guerra en China y no lo creíamos. China estaba demasiado lejos. Y moría demasiada gente. Imposible. No lo creíamos ni al ver las películas. Bueno, así es ahora. La Tierra es China. Está tan lejos que parece irreal. No está aquí. No se puede tocar. No se puede ver. Es sólo una luz verde. ¿En esa luz viven dos billones de personas? ¡Increíble! ¿Una guerra! No oímos las explosiones.

-Ya las oiremos -dijo el dueño de la tienda---. No puedo olvidarme de todos los que iban a venir a Marte en esta semana. ¿Cuántos eran? Unos cien mil en un mes, más o menos. ¿Qué hará esa gente si estalla la guerra?

-Supongo que volverán. Los necesitarán en la Tierra.

-Bueno -dijo el dueño-. Será mejor que sacuda el polvo de las maletas. Sospecho que en cualquier momento habrá aquí un tropel de clientes.

-¿Cree usted que si es ésta la Gran Guerra de la que tanto se ha hablado las gentes de Marte volverán a la Tierra?

-Es curioso, padre; pero sí, creo que volverán, todos. Ya sé que hemos venido huyendo de muchas cosas: la política, la bomba atómica, la guerra, los grupos de presión, los prejuicios, las leyes; ya lo sé. Pero nuestro hogar está aún allá abajo. Espere y verá. Cuando la primera bomba atómica caiga en los Estados Unidos, la gente de aquí arriba comenzará a pensar. No han vivido aquí bastante tiempo. No más de un par de años. Si hubieran pasado aquí cuarenta años, todo sería distinto; pero allá abajo están sus parientes, y los pueblos donde nacieron. Yo ya no puedo creer en la Tierra; apenas puedo imaginármela. Pero yo soy viejo. No cuento. Podría quedarme aquí.

-Lo dudo.

-Sí, tiene usted razón.

De pie, en el porche, contemplaron las estrellas. Al fin el padre Peregrine sacó algún dinero del bolsillo y se lo dio al propietario.

-Ahora que lo pienso, mejor que me dé una maleta nueva. La que tengo está muy estropeada...

NOVIEMBRE DE 2005

Fuera de temporada

Sam Parkhill, armado de una escoba, barría hacia fuera la arena azul de Marte.

-Y bien -dijo-. Mira eso. -Y señaló con la mano-. Mira ese letrero: Salchichas calientes de Sam. Es hermoso, ¿no es cierto, Elma?

-Sí, Sam -dijo Elma.

-Dios, ¡qué cambio! ¡Si los muchachos de la cuarta expedición me vieran ahora! Es bueno tener un negocio mientras todos los demás andan todavía armas al hombro. Ganaremos millones, Elma, ¡millones!

Elma lo miró largamente, en silencio.

-¿Qué fue del capitán Wilder? -preguntó al fin-. El que mató a aquel hombre que quería acabar con todos los terrestres, ¿cómo se llamaba?

-Spender. Un chiflado, un extravagante... ¿El capitán Wilder? Me dijeron que partió para Júpiter. Sí, se lo quitaron de encima con un ascenso. Me parece que Marte lo dejó un poco trastornado también. Quisquilloso, ¿comprendes? Volverá de Júpiter y Plutón dentro de unos veinte años... Si tiene suerte. Eso es lo que ha conseguido abriendo la boca. Y mientras él se muere de frío, ¡mírame, mira este sitio!

Dos carreteras muertas desembocaban en aquella encrucijada, perdiéndose luego en la oscuridad de la noche. Allí había construido Sam Parkhill. una casa de chapas de aluminio de brillo enceguecedor, sacudidas ahora por la música del fonógrafo automático.

Sam Parkhill se inclinó y enderezó los vidrios rotos que bordeaban el sendero. Había sacado los vidrios de unos viejos edificios marcianos de las colinas.

-¡Las mejores salchichas de dos mundos! ¡El primer hombre en Marte con un quiosco de salchichas calientes! ¡Las mejores salchichas, los mejores pimientos y la mejor mostaza! No dirás que no soy un hombre emprendedor. Aquí las carreteras, allá la ciudad muerta y las minas. Los camiones de la colonia terrestre Ciento Uno pasarán por aquí las veinticuatro horas del día. ¿No he elegido bien el sitio?

Elma se miraba las uñas.

--Tú crees que esos diez mil nuevos cohetes llegarán a Marte? -dijo al fin.

-Dentro de un mes -afirmó Parkhill-. ¿Por qué pones esa cara?

-No confío en los terrestres. Creeré cuando vea llegar esos diez mil cohetes, con esos cien mil mexicanos y chinos a bordo.

-Clientes -dijo Parkhill con aire soñador---. Cien mil individuos hambrientos.

-Si antes no estalla una guerra atómica -dijo Elma lentamente, alzando los ojos al cielo-. Desconfío de las bombas atómicas. Hay tantas en la Tierra que no se sabe qué puede pasar.

-Ah -dijo Sam, y siguió barriendo.

Alcanzó a ver de reojo un resplandor azul. Algo flotaba gentilmente detrás de Sam.

-Sam -dijo la voz de Elma-, un amigo tuyo viene a verte.

Sam se volvió rápidamente y vio la máscara que parecía flotar en el viento.

-¡Otra vez aquí! -Sam blandió la escoba como un arma.

La máscara asintió. Era de cristal tallado, de color celeste, y se alzaba sobre un cuello delgado y unas ropas ondulantes y sueltas de fina seda amarilla. Dos manos de plata trenzada surgieron de las ropas. De la boca de la máscara salió una música suave, y las sedas, la máscara y las manos subieron y bajaron.

-Señor Parkhill, he venido a conversar otra vez con usted -dijo la voz detrás de la máscara.

-¡Ya le dije que no quiero verlo por aquí! -gritó Sam-. Váyase, o le contagiaré la Enfermedad.

-Ya tuve la Enfermedad -dijo la voz-. Fui uno de los pocos sobrevivientes. Estuve enfermo mucho tiempo.

-Váyase, escóndase en las colinas. Allá está su casa, allá ha vivido siempre. ¿Por qué viene a molestarme? Y así, de pronto. Dos veces en un día.

-No tenemos malas intenciones.

-Yo sí -dijo Sam, enojado-. No me gustan los desconocidos. No me gustan los marcianos. Nunca vi ninguno hasta hoy. Y no es natural. Se esconden durante años y de pronto se meten conmigo. Déjenme en paz.

-Es algo importante -dijo la máscara azul.

-Si se trata del terreno, es mío. He construido este quiosco con mis propias manos.

-En cierto sentido se trata del terreno.

-Mire -dijo Sam-. Soy de Nueva York. Una ciudad de diez millones de hombres. Ustedes, los marcíanos, son sólo un par de docenas. No tienen ciudades, andan vagando por las colinas, no tienen jefes, ni leyes, y ahora me vienen a hablar del terreno. Pues bien, los viejos deben dar paso a los jóvenes. Es la ley del más fuerte. Desde esta mañana, desde que usted se fue, llevo un arma conmigo, y cargada.

-Nosotros los marcianos somos telepáticos -dijo la fría máscara azul---. Estamos en contacto con un pueblo terrestre del otro lado del mar muerto. ¿Ha oído usted la radio?

-Se me ha estropeado el aparato.

-Entonces no sabe. Hay grandes noticias. De la Tierra...

Una mano de plata se movió ligeramente, y en ella apareció un tubo de bronce.

-Permítame que le enseñe esto.

-Un arma -gritó Sam Parkhill.

En un instante se llevó la mano a la cadera, sacó el arma, e hizo fuego contra la neblina, la ropa de seda y la máscara azul.

La máscara flotó todavía un momento. Luego, como la tienda de un circo pequeño que ha aflojado las estacas y se va doblando en pliegues sucesivos, las sedas susurraron, la máscara descendió, y las manos de plata tintinearon en el sendero de piedra. La máscara descansó sobre un pequeño montón de ropa y de huesos blancos y silenciosos.

Sam jadeaba.

Elma se inclinó sobre el marciano.

-Esto no es un arma -dijo agachándose y levantando el tubo de bronce-. El marciano te iba a mostrar un mensaje. Está todo escrito con letras serpentinas, todas azules. Yo no lo entiendo. ¿Y tú?

-No, esa escritura marciana con figuras nunca fue nada. Tíralo -replicó Sam mirando alrededor---. Es posible que haya otros. Hay que ocultar el cadáver. Trae una pala.

-¿Qué vas a hacer?

-Enterrarlo, por supuesto.

-No debías haberlo matado.

-Fue un error. ¡Pronto!

Elma le alcanzó la pala en silencio.

A las ocho, Sam, con rostro preocupado, barría otra vez el frente del quiosco. Elma estaba de pie en el umbral iluminado cruzada de brazos.

-Lamento lo que pasó -dijo Sam. Miró a Elma y en seguida volvió los ojos-. Fue sólo la fatalidad, ¿no es cierto?

-Sí -dijo ella.

_Me trastornó verle sacar el arma.

-¿Qué arma?

-Bueno, ¡yo creía que era un arma! Lo siento. Lo siento. ¿Cuántas veces tengo que decirlo?

Elma se llevó un dedo a los labios.

-Calla...

-No me importa -bufó Sam---. Me apoya la compañía Colonias Terrestres, Sociedad Anónima. Los marcianos no se atreverán a...

-Mira -dijo Elma.

Sam miró el fondo del mar muerto. La escoba se le cayó de las manos. La recogió, temblando, abrió la boca y un hilo de saliva le flotó en el aire.

-¡Elma, Elma, Elma! -dijo.

-Allá vienen -dijo Elma.

Sobre el fondo antiguo del mar, doce embarcaciones marcianas de velas azules flotaban como fantasmas azules, como columnas de humo azul.

-¡Barcos de arena! Pero ya no hay más, Elma, ya no hay más barcos de arena.

-Ésos parecen barcos de arena -dijo Elma.

-Las autoridades los confiscaron. Los desarmaron y los subastaron. En todo este maldito territorio no hay más que un barco de arena, el mío, y sólo yo sé manejarlo.

-No sólo tú -dijo Elma señalando el fondo del mar.

-Vamos, ¡salgamos de aquí!

-¿Por qué? -preguntó Elma lentamente, fascinada por las naves marcianas.

-¡Me van a matar! ¡Vamos al camión, rápido!

Elma no se movió.

Sam tuvo que arrastrarla al otro lado del quiosco, donde estaban las dos máquinas: el camión que había usado regularmente hasta hacía un mes y el viejo barco marciano para andar por la arena, que había comprado sonriendo en una subasta y que en las últimas tres semanas había utilizado para transportar mercancías sobre el vítreo fondo del mar. Miró el camión y recordó. El motor estaba en el suelo y desde hacía dos días intentaba repararlo.

-Me parece que ese camión no está en condiciones -dijo Elma.

-El barco de arena. ¡Sube!

-¿Y dejaré que me lleves en un barco de arena? Oh, no.

-Sube. Sé manejarlo.

Sam la empujó dentro del barco, saltó detrás de ella, y empuñando la caña del timón, soltó la vela azul al viento del anochecer.

Las estrellas brillaban, y los azules barcos marcianos se deslizaban por las arenas susurrantes. El barco de Sam no se movía. Recordó el ancla de arena y la arrancó de un tirón.

-¡Allá vamos!

El viento empujó la nave sobre el antiguo fondo del mar, sobre cristales enterrados hacía mucho tiempo, y las columnas, los muelles desiertos de mármol y bronce, las ciudades muertas ajedrezadas y blancas, y las laderas purpúreas desfilaron y se alejaron. Las siluetas de los barcos marcianos se empequeñecieron, y luego empezaron a seguir a Sam.

-¡Muy pronto sabrán de mil -gritó Sam-. Informaré a la Compañía Cohete. Me protegerán. No, no me dormiré, te lo aseguro.

-Si hubiesen querido -dijo Elma con cansancio- habrían podido detenerte. No se han molestado, nada más.

Sam se echó a reír.

-No digas tonterías. ¿Por qué iban a dejarme escapar? No, no fueron bastante rápidos, eso es todo.

-¿No? -dijo Elma señalando detrás de ellos con un movimiento de cabeza.

Sam no se volvió. Sintió que soplaba un viento frío. Temió darse cuenta. Sintió que en el banco detrás de él había algo, algo tan leve como el aliento de un hombre en una mañana fría, algo tan azul como un humo de leña en el crepúsculo, algo que parecía un antiguo encaje blanco, una nevada, la helada escarcha del invierno en los juncos quebradizos.

Una delgada lámina de cristal se rompió de pronto. Una risa. Después, silencio. Sam se volvió.

La figura estaba sentada, inmóvil, en el banco del timón. Era una joven de muñecas transparentes como cristales de hielo, y de ojos claros como las lunas, grandes, tranquilos y blancos. El viento sopló y el cuerpo de ella tembló como una imagen en el agua, y las sedas se extendieron alrededor como jirones de lluvia azul.

-Vuelva -dijo la joven.

-No. -Sam se estremeció, con el leve y delicado estremecimiento de una avispa suspendida en el aire, asustada, indecisa entre el miedo y el odio-. ¡Salga del barco!

-Este barco no es suyo -dijo la visión-. Es tan viejo como el mundo. Navegaba en los mares de arena hace diez mil años, cuando desaparecieron las aguas y los muelles quedaron desiertos; y vino usted y lo robó. Vuelva al cruce de la carretera, queremos hablar con usted. Ha ocurrido algo.

-¡Fuera del barco! -dijo Sam sacando el arma de la funda con un crujido de cuero. Sam apuntó con cuidado-. Salte antes de que cuente tres o...

-¡No dispare! -gritó la muchacha-. No le haré daño. Ni tampoco los otros. Venimos en paz.

-Uno -dijo Sam.

-¡Sam! -dijo Elma.

-Escúcheme -dijo la muchacha.

-Dos -dijo Sam firmemente, con el dedo en el gatillo.

-¡Sam! -gritó Elma.

-Tres -dijo Sam.

-Nosotros sólo... -dijo la muchacha.

Sam hizo fuego.

A la luz del sol se funde la nieve, los cristales se evaporan transformándose en nubes, en nada. A la luz del fuego los vapores danzan y se desvanecen. En el cráter del volcán, las cosas frágiles estallan y se volatilizan. La joven marciana, ante el disparo, ante el calor, ante el impacto, se dobló como una bufanda de seda y se fundió como una figurita de cristal. Lo que quedó de ella -hielo, nieve, humo- se lo llevó el viento. El banco del timón estaba vacío.

Sam guardó el arma, sin mirar a su mujer.

Susurrante, la nave continuó el viaje sobre las arenas del color de las lunas.

-Sam -dijo Elma al cabo de un rato-, para el barco.

-Oh, no, no -respondió Sam muy pálido-. No me dejarás ahora, después de tanto tiempo.

Elma miró la mano que empuñaba el arma.

-Creo que serías capaz. Sí, creo que serías capaz.

Sam, empuñando el timón, sacudió la cabeza.

-Es una locura, Elma. Dentro de un minuto estaremos en la ciudad, ¡y a salvo!

-Sí -dijo Elma tendiéndose en el fondo del barco.

-Elma, óyeme.

-Nada tengo que oír.

-¡Elma!

Pasaban ante una blanca ciudad ajedrezada, y Sam, despechado, furioso, disparó seis veces contra las torres de cristal. La ciudad se deshizo en una lluvia de antiguos cristales y astillas de cuarzo, y cayó disolviéndose en escamas de jabón. Desapareció. Sam, riéndose, hizo fuego una vez más, y una última torre, una última figura de ajedrez, se incendió, ardió, y en cenizas azules subió a las estrellas.

-¡Les enseñaré! ¡Les enseñaré a todos!

-Sigue, Sam, sigue enseñándonos -dijo Elma tendida en la sombra.

-¡Ahí viene otra ciudad! -Sam volvió a cargar el arma-. Verás cómo la arreglo.

Los fantasmales barcos azules se alzaron detrás de ellos, acercándose. Aunque al principio Sam no los vio, oía un silbido continuo, un viento que chillaba como una hoja de acero en la arena. Era el ruido de las proas afiladas de los barcos de desplegados gallardetes rojos y azules. Se abrían camino en el fondo del mar. Y en los barcos de color azul claro había unas imágenes de color azul oscuro: hombres enmascarados, hombres con rostros de plata, hombres con ojos como estrellas azules, hombres con orejas talladas en oro, hombres con mejillas de estaño y labios adornados de rubíes, hombres de brazos cruzados, hombres que seguían a Sam, marcianos.

Uno, dos, tres, contó Sam. Los barcos marcianos se acercaban.

-Elma, Elma, no puedo con todos.

Elma no respondió ni se movió.

Sam disparó su arma ocho veces. Uno de los barcos se deshizo. La vela, el casco de esmeralda, la quilla de bronce, la caña del timón, blanca como la luna, y los hombres enmascarados y azules se hundieron en la arena con una llama anaranjada y humeante.

Pero otros barcos se acercaron.

-Son demasiados, Elma -gritó Sam-. Me van a matar..

Echó el ancla. Era inútil seguir. La vela aleteó, cayó y se plegó sobre sí misma, con un suspiro. El barco se detuvo. El viento se detuvo. El viaje se detuvo. Marte no se movió mientras las majestuosas naves marcianas giraban titubeando alrededor de Sam.

-Terrestre -llamó una voz desde un asiento alto, en alguna parte.

Una máscara plateada se animó. Unos labios de rubíes centellearon.

-¡No he hecho nada!

Sam observó las caras de alrededor. Un centenar de caras. No quedaban muchos marcianos en Marte, cien, ciento cincuenta, y casi todos estaban ahora allí, en el fondo seco del mar, en sus barcos resucitados, no muy lejos de sus ajedrezadas ciudades muertas. Una de ellas acababa de caer en pedazos, como una copa de cristal derribada por una piedra. Las máscaras plateadas destellaban.

-Fue todo un error -alegó Sam irguiéndose en el barco. Elma yacía encogida como una muerta en el fondo de la cala-. Vine a Marte como un honrado y emprendedor hombre de negocios. Con los materiales de un viejo cohete, hice en el cruce de las carreteras... ya conocen el sitio, el quiosco más hermoso que hayan visto jamás. Admitirán ustedes que es una construcción excelente. -Sam se rió y miró alrededor-. Y entonces llegó aquel marciano. Ya sé que era amigo de ustedes. Su muerte fue un accidente, puedo asegurarlo. Yo sólo quería tener un quiosco de salchichas. El único en todo el planeta. El primero y el más importante. ¿Entienden? Yo iba a servir allí las mejores salchichas calientes, con pimientos, cebollas y naranjada.

Las inmóviles máscaras de plata ardían a la luz de las lunas. Unos ojos amarillos brillaban sobre Sam. Sam sintió que el estómago se le encogía, se le retorcía, se le endurecía como una piedra. Dejó caer el arma en la arena.

-Me entrego.

-Recoja el arma, terrestre -dijeron los marcianos a coro.

~¿Qué?

Una mano enjoyada se movió en la proa de un brazo azul.

-El arma. Recójala. Guárdela.

Sam, asombrado, la recogió.

-Ahora -dijo la voz- haga girar el barco y regrese al quiosco.

-¿Ahora?

-Ahora -repitió la voz-. No le haremos daño. Usted huyó antes de que pudiéramos explicárselo. Venga.

Los grandes barcos giraron como villanos de luna. Las velas aletearon en el viento con un ruido de aplausos leves, y las máscaras se movieron y brillaron, encendiendo las sombras.

-¡Elma! -Sam avanzó, tambaleándose por el barco-. Levántate -tartamudeó-. Regresamos, Elma. No me van a hacer daño, no me van a matar. Levántate, querida, levántate.

-¿Qué? ¿Qué pasa?

El viento arrastraba otra vez la nave. Elma parpadeó y lentamente, como en un sueño, se incorporó y se dejó caer en un banco, como un saco de piedras.

La arena se deslió bajo la quilla de bronce. Media hora después los barcos se detenían en la encrucijada, y todos bajaron a la orilla.

El jefe de los marcianos miró a Sam y a Elma con una máscara de bronce pulido y ojos que eran sólo agujeros de un insondable y oscuro azul, y del agujero de la boca le salieron unas palabras que flotaron en el viento.

-Prepare el quiosco -dijo la voz. Una mano enguantada en diamantes se agitó en el aire-. Prepare la comida, prepare los vinos raros, porque esta noche es la gran noche.

-¿Quieren decir -le preguntó Sam- que puedo quedarme?

-Sí.

-¿No me odian, entonces?

La máscara era rígida, y tallada y fría y ciega.

-Prepare esa casa de comidas -dijo la voz-. Y tome esto.

-¿Qué es?

Sam contempló parpadeando el rollo de papel de plata que le ofrecía el marciano, y donde bailaban unos jeroglíficos con figuras de serpiente.

-El acta de concesión del territorio entre las montañas de plata y las colinas azules, entre el mar muerto y los valles lejanos de ópalo y de esmeralda -dijo el jefe.

-¿Es mío? -preguntó Sam, incrédulo.

-Suyo.

-¿Cien mil kilómetros cuadrados de territorio?

-Suyo.

-¿Has oído, Elma?

Elma, sentada en el suelo, con los ojos cerrados, apoyaba la cabeza en el quiosco de aluminio.

-Pero ¿por qué?.... ¿por qué me dan todo esto? -preguntó Sam tratando de ver en las hendiduras metálicas de los ojos.

-Eso no es todo. Tome.

Aparecieron otros seis rollos de papel. Se leyeron los nombres; se designaron los territorios.

-Pero ¡es la mitad de Marte! ¡Soy dueño de la mitad de Marte! -Sam apretaba los rollos en sus puños. Riendo como un loco agitó los papeles delante de Elma-. Elma, ¿has oído?

-He oído -dijo Elma observando el cielo.

-Gracias, oh, gracias -le dijo Sam. a la máscara de bronce.

-Esta noche es la noche -dijo la máscara-. Tiene que estar preparado.

-Me prepararé. ¿Qué es ... ? ¿Una sorpresa? ¿Vienen los cohetes de la Tierra antes de lo que pensábamos? ¿Un mes antes? ¿Los diez mil cohetes con los colonos, los mineros, los obreros y sus mujeres? ¿Los cien mil hombres? ¿No te parece magnífico, Elma? ¿Ves?, ya te lo había dicho, ya te lo había dicho. Ese pueblo no va a tener siempre mil habitantes. Vendrán cincuenta mil, y al mes siguiente cien mil, y a fin de año cinco millones. ¡Y yo dueño del único quiosco de salchichas calientes en una concurrida carretera que lleva a las minas!

La máscara flotó en el viento.

-Nos vamos. Prepárese. El territorio es suyo.

A la luz de las lunas, en el viento, como pétalos metálicos de alguna flor antigua, como plumas azules, como inmensas y silenciosas mariposas de cobalto, las viejas naves giraron y se deslizaron sobre las arenas, y las máscaras brillaron y resplandecieron hasta que el último reflejo, el último color azul, se perdió entre las colinas.

-Elma, ¿por qué lo habrán hecho? ¿Por qué no me mataron? ¿No saben nada? ¿Qué les pasa? ¿Tú lo entiendes, Elma? -le preguntaba Sam sacudiéndole un hombro-. ¡Soy dueño de medio Marte!

-Elma miraba el cielo nocturno, esperando.

-Ven -le dijo Sam---. Hay que arreglar la casa, cocinar todas las salchichas, calentar el pan, freír los pimientos, pelar y cortar las cebollas, preparar las salsas, poner las servilletas, barrer y limpiar. ¡Ja! -Dio unos pasos de baile, entrechocando los talones-. Oh, muchacho, qué feliz me siento, sí, señor, qué feliz me siento -cantó con voz desafinada-. ¡Es mi día de suerte!

Corriendo de un lado a otro, coció las salchichas, cortó el pan, peló las cebollas.

-Piénsalo, el marciano habló de una sorpresa. Eso sólo puede significar una cosa, Elma: cien mil personas llegan antes de lo esperado, esta misma noche, ¡entre todas las noches! ¡Nos van a inundar! Trabajaremos horas y horas durante días y días. Y todos esos turistas alrededor, mirando cosas. ¡Elma! ¡Piensa en el dinero!

Salió de la casa y examinó el cielo. No vio nada.

-Dentro de un minuto quizá -dijo aspirando con satisfacción el aire frío, levantando los brazos, golpeándose el pecho-. ¡Ah!

Elma no hablaba. Pelaba tranquilamente unas patatas, con los ojos fijos en el cielo nocturno.

-Sam -dijo media hora después-. Allá está, mira.

Sam miró y vio.

La Tierra.

Se elevaba sobre las colinas, llena y verde, como una piedra finamente tallada.

-La buena y vieja Tierra -suspiró Parkhill cariñosamente-. La vieja y maravillosa Tierra. Mándame tus hambrientos desfallecidos. Algo.... algo, ¿cómo dice el poema? Mándame tus hambrientos, vieja Tierra. Aquí está San Parkhill con las salchichas preparadas, los pimientos en la sartén y todo limpio como un espejo. Vamos, Tierra, ¡mándame tus cohetes!

Salió y contempló su quiosco. Allí estaba, perfecto como un huevo recién puesto en el antiguo fondo del mar, el único núcleo de luz y calor en cien kilómetros cuadrados de tierra desolada, como un corazón solitario en un enorme cuerpo sombrío. Sam se sintió triste de orgullo, mirando el quiosco con ojos húmedos.

-Uno se siente humilde -dijo entre el olor de las salchichas, los panes calientes y la mantequilla-. ¡Vengan! -dijo, invitando a las estrellas del cielo-. ¿Quién será el primer cliente?

-Sam -dijo Elma.

La Tierra cambió en el cielo negro.

Una parte pareció volar en innumerables pedazos, como un gigantesco rompecabezas. Luego ardió durante un minuto con un resplandor siniestro, tres veces mayor que el normal, y se fue apagando.

-¿Qué ha sido eso? -preguntó Sam mirando el fuego verde en el cielo.

-La Tierra -dijo Elma juntando las manos.

-No puede ser la Tierra. No es la Tierra. No, no es la Tierra. No puede ser.

-¿Quieres decir que no podía ser la Tierra? -dijo Elma mirándolo-. No, ya no es la Tierra. ¿Es eso lo que quieres decir?

-No es la Tierra, no; no podía ser -gimió Sam.

Y se quedó allí inmóvil, con los brazos colgantes, la boca abierta, la mirada apagada.

-Sam -llamó Elma. Por primera vez, después de muchos días, le brillaban los ojos-. ¿Sam?

Sam contemplaba el cielo.

-Bueno -dijo Elma. Miró alrededor unos instantes, en silencio, y luego, de pronto, se echó una servilleta al brazo-. Enciende las luces, ¡que suene la música, que se abran las puertas! Dentro de un millón de años vendrá otra hornada de clientes. Hay que estar preparado, sí, señor.

Sam no se movió.

-Qué lugar magnífico para un quiosco de salchichas -dijo Elma mientras sacaba un mondadientes y se lo ponía en la boca-. Te voy a contar un secreto, Sam -murmuró inclinándose hacia él-. Me parece que estamos fuera de temporada.

NOVIEMBRE DE 2005

Librodot

Los observadores

Aquella noche todos salieron de sus casas y miraron al cielo. Dejaron las cenas, dejaron de lavarse o de vestirse para la función, y salieron a los porches, ahora no tan nuevos, y observaron el astro verde, la Tierra. Fue un movimiento involuntario; todos lo hicieron, para comprender mejor las noticias que habían oído en la radio un momento antes. Allá estaba la Tierra y allá la guerra inminente, y allá los cientos de Infles de madres o abuelas, padres o hermanos, tías o tíos, primas o primos. De pie, en los porches, trataban de creer en la existencia de la Tierra, tanto como en otro tiempo habían tratado de creer en la existencia de Marte. El problema se había invertido. En la práctica era como si la Tierra estuviese muerta; la habían abandonado hacía ya tres o cuatro años. El espacio era un anestésico; cien millones de kilómetros de espacio lo insensibilizaban a uno, dormían la memoria, despoblaban la Tierra, borraban el pasado y permitían que los hombres de Marte continuaran trabajando. Pero ahora, esta noche, se levantaban los muertos, la Tierra volvía a poblarse, la memoria despertaba, miles de nombres venían a los labios. ¿Qué haría fulano esa noche en la Tierra? ¿Y zutano o mengano? Las gentes de los porches se miraban de reojo.

A las nueve, la Tierra pareció estallar, encenderse y arder. Las gentes de los porches extendieron las manos como para apagar el incendio.

Esperaron. A medianoche, el fuego se extinguió. La Tierra seguía allí. Un suspiro surgió de los porches como una brisa otoñal.

-No tenemos noticias de Harry

-Está bien.

-Tendríamos que enviarle un mensaje a mamá.

-Está bien.

-Tendríamos que enviarle un mensaje a mamá.

-Está bien.

-¿Crees que estará bien?

-No te preocupes.

-¿Crees que no le pasará nada?

-Claro que no. Vamos a acostarnos.

Pero nadie se movió. Llevaron las cenas atrasadas a los prados nocturnos, las sirvieron en mesas plegables, y comieron lentamente hasta las dos de la mañana. El mensaje luminoso de la radio flameó en la Tierra y todos leyeron las luces del código Morse, como una luciérnaga lejana.

CONTINENTE AUSTRALIANO ATOMIZADO EN PREMATURA EXPLOSIÓN DEPÓSITO BOMBAS ATÓMICAS.
LOS ÁNGELES, LONDRES, BOMBARDEADAS.
VUELVAN. VUELVAN. VUELVAN.

Se levantaron de las mesas.

VUELVAN. VUELVAN. VUELVAN.

-¿Has tenido noticias de Ted este año?

-Y... ya sabes, con un franqueo de cinco dólares por carta no escribo mucho a mi hermana.

VUELVAN.

-¿Qué será de Jane? ¿Te acuerdas de mi hermanita Jane?

VUELVAN.

A las tres, en la helada madrugada, el dueño de la tienda de equipajes alzó los brazos. Calle abajo venía mucha gente.

-No he cerrado a propósito. ¿Qué desea, señor?

Al amanecer, las maletas habían desaparecido de los estantes.

DICIEMBRE DE 2005

Los pueblos silenciosos

A orillas del seco mar marciano se alzaba un pequeño pueblo blanco, silencioso y desierto. No había nadie en las calles. Unas luces solitarias brillaban todo el día en los edificios. Las puertas de las tiendas estaban abiertas de par en par, como si la gente hubiera salido rápidamente sin cerrar con llave. Las revistas traídas de la Tierra hacía ya un mes en el cohete plateado, aleteaban al viento, intactas, ennegreciéndose en los estantes de alambre frente a las droguerías.

El pueblo estaba muerto; las camas vacías y heladas. Sólo se oía el zumbido de las líneas eléctricas y de las dinamos automáticas, todavía vivas. El agua desbordaba en bañeras olvidadas, corría por habitaciones y porches, y nutría las flores descuidadas de los jardines. En los teatros a oscuras, las gomas de mascar que aún conservaban las marcas de los dientes se endurecían debajo de los asientos.

Más allá del pueblo había una pista de cohetes. Allí donde la última nave se había elevado entre llamaradas hacia la Tierra, se podía respirar aún el olor penetrante del suelo calcinado. Si se ponía una moneda en el telescopio y se apuntaba hacia el cielo, quizá pudieran verse las peripecias de la guerra terrestre. Quizá pudiera verse cómo estallaba Nueva York. Quizá pudiera verse la ciudad de Londres, cubierta por una nueva especie de niebla. Quizá pudiera comprenderse, entonces, por qué habían abandonado este pueblecito marciano. La evacuación, ¿había sido muy rápida? Bastaba entrar en una tienda cualquiera y apretar la tecla de la caja registradora. Los cajones asomaban tintineando con monedas brillantes. La guerra terrestre era sin duda algo terrible...

Por las desiertas avenidas del pueblo, silbando suavemente y empujando a puntapiés, con profunda atención, una lata vacía, avanzó un hombre alto y flaco. Los ojos le brillaban con una mirada oscura,

mansa y solitaria. Movía las manos huesudas dentro de los bolsillos, repletos de monedas nuevas. De vez en cuando tiraba alguna al suelo, riendo entre dientes, y seguía caminando, regando todo con monedas brillantes.

Se llamaba Walter Gripp. En las lejanas colinas azules tenía un lavadero de oro y una cabaña, y cada dos semanas bajaba al pueblo y buscaba una mujer callada e inteligente con quien pudiera casarse. Durante varios años había vuelto a la cabaña decepcionado y solo. ¡Y la semana anterior había encontrado el pueblo en este estado!

Se había sorprendido tanto que había entrado rápidamente en una tienda de comestibles y había pedido un sándwich triple de carne.

-¡Voy! -gritó con una servilleta en un brazo.

Se movió con rapidez, sacando de algún sitio unos embutidos y unas rodajas de pan de la víspera, quitó el polvo de una mesa, se invitó a sí mismo a sentarse, y comió hasta que tuvo que buscar una droguería donde pidió bicarbonato. El droguero, el propio Walter Gripp, se lo sirvió en seguida, con una cortesía asombrosa.

Luego se metió en los jeans todo el dinero que pudo encontrar, cargó un cochecito de niño con billetes de diez dólares y se fue traqueteando por las calles del pueblo. Al llegar a los suburbios comprendió que estaba haciendo tonterías. No necesitaba dinero. Llevó los billetes de diez dólares a donde los había encontrado, sacó un dólar de su propia billetera -el precio de los sándwiches- lo metió en la caja registradora, añadiendo como propina una moneda de veintiocho centavos.

Aquella noche disfrutó de un baño turco caliente, un sabroso bistec adornado de setas delicadas, un jerez seco importado, y fresas con vino. Luego se puso un traje de franela azul y un sombrero de fieltro que se le balanceaba de un modo extraño en la cima de la afilada cabeza. Metió una moneda en un fonógrafo automático, que tocó Aquella mi vieja pandilla, y echó otras veinte monedas en otros veinte fonógrafos del pueblo. Las calles solitarias y la noche se llenaron de la música triste de Aquella mi vieja pandilla, mientras alto, delgado y solo, Walter Gripp se paseaba con las manos frías en los bolsillos acompañado por el leve crujido de un par de zapatos nuevos.

Pero todo esto había ocurrido la semana anterior. Ahora dormía en una cómoda casa de la avenida Marte, se levantaba a las nueve, se bañaba y recorría perezosamente el pueblo en busca de unos huevos con jamón. Todas las mañanas congelaba una tonelada de carne, verduras y tartas de crema de limón; cantidad suficiente para diez años, hasta que los cohetes volvieran de la Tierra, si volvían.

Ahora, esta noche, se paseaba arriba y abajo mirando las hermosas y sonrosadas mujeres de cera de los coloridos escaparates. Por primera vez comprendió qué muerto estaba el pueblo. Se sirvió un vaso de cerveza y sollozó en voz baja.

-Bueno -dijo-, estoy realmente solo.

Entró en el Teatro Elite para proyectarse una película y distraer su soledad. En el teatro vacío y hueco, parecido a una tumba, unos espectros grises y negros se arrastraron por la vasta pantalla. Estremeciéndose, huyó de aquel lugar fantasmagórico.

Atravesaba de prisa una calle lateral, ya decidido a volver a casa, cuando de pronto oyó el campanilleo de un teléfono. Escuchó.

-En una casa está sonando un teléfono -se dijo.

Apresuró el paso.

-Alguien tendría que contestar ese teléfono -musitó.

Se sentó ociosamente en el borde de la acera para sacarse una piedra del zapato.

-¡Alguien! -gritó de pronto, incorporándose de un salto-. ¡Yo! Dios mío, ¿qué me ocurre?

Miró alrededor. ¿Qué casa? Aquélla.

Corrió por el césped, subió las escaleras, entró en la casa, bajó a un vestíbulo oscuro.

Arrebató el auricular.

-¡Hola!

Buzzzzzzzzz.

-¡Hola! ¡Hola!

Habían colgado.

-¡Hola! -gritó, y golpeó el teléfono-. ¡Idiota, estúpido! -se gritó a sí mismo-. ¡Sentado en la acera, como un condenado idiota! -Sacudió el aparato-. ¡Suena, suena otra vez! ¡Vamos!

No había pensado que en Marte pudiera haber otros hombres. No había visto a nadie en toda la semana y había imaginado que los otros pueblos estaban tan desiertos como éste.

Ahora, mirando el horrible aparato telefónico, negro y pequeño, se estremeció de pies a cabeza. Una vasta red unía todos los pueblos de Marte. ¿De cuál de las treinta ciudades había venido la llamada?

No lo sabía.

Esperó. Fue a tientas hasta la cocina, descongeló unas frambuesas, y comió desconsoladamente.

-No había nadie en el otro extremo de la línea –murmuró-. Un poste cayó en alguna parte y el teléfono sonó solo.

Pero ¿no había oído un clic? Alguien había colgado, muy lejos.

Durante el resto de la noche no se movió del vestíbulo.

-No por el teléfono -se dijo a sí mismo-. No tengo otra cosa que hacer.

-Escuchó el tictac de su reloj.

-Ella no volverá a telefonear -dijo-. No llamará nunca más a un número que no contesta. ¡Quizás en este momento marca otros números de otras casas del pueblo! Y aquí estoy yo sentado... ¡Un minuto! -Se rió-. ¿Por qué estoy diciendo «ella»? -Parpadeó-. Lo mismo podía haber sido «él»...

El corazón le latió más lentamente. Se sentía decepcionado y decaído. Le hubiera gustado tanto que fuera «ella»...

Salió de la casa y se detuvo en medio de la calle a la débil luz del alba.

Escuchó. Ningún sonido. Ni pájaros, ni coches. Sólo el corazón que le golpeaba el pecho: un latido, una pausa, y otra vez un latido. Escuchaba con tanta atención que le dolía la cara. El viento soplaba gentilmente, oh, tan gentilmente sacudiéndole los faldones de la chaqueta.

-Calla... -susurró-. Escucha.

Se balanceó moviéndose en un círculo lento, volviendo la cabeza de una casa silenciosa a otra. Telefoneará a otros números y luego a otros, pensó. Ha de ser una mujer. ¿Por qué? Sólo una mujer podría estar llamando y llamando. Un hombre no. Un hombre es más independiente. ¿He telefoneado yo a alguien? No. Ni se me ha ocurrido. Ha de ser una mujer. ¡Tiene que ser una mujer, por Dios!

Escucha.

Lejos, bajo las estrellas, sonó un teléfono.

Walter Gripp echó a correr. Se detuvo y escuchó. La campanilla sonaba débilmente. Corrió unos pasos más. La llamada era ahora más clara. Se precipitó por una callejuela. ¡Más aún! Pasó delante de seis casas, y otras seis. ¡Más y más clara! Eligió una casa. La puerta estaba cerrada con llave.

El teléfono sonaba dentro.

-¡Maldita sea!

Gripp sacudió el picaporte.

El teléfono chilló.

Gripp lanzó una silla del porche contra la ventana del vestíbulo y saltó detrás de la silla.

Antes de que Gripp lo tocara, el teléfono dejó de sonar.

Walter Gripp recorrió la casa, destrozó los espejos, arrancó los cortinajes y pateó el horno de la cocina. Al fin, agotado, tomó la delgada guía telefónica de Marte. Cincuenta mil nombres.

Comenzó por el primero. Amelia Ames. Llamó a su número, en Nueva Chicago, a ciento cincuenta kilómetros, del otro lado del mar muerto.

No contestaron.

El segundo abonado vivía en Nueva York, a ocho mil kilómetros, más allá de las montañas azules.

No contestaron.

Llamó al tercero, al cuarto, al quinto, al sexto, al séptimo y al octavo, con dedos temblorosos, que sostenían apenas el receptor.

-¿Hola? -contestó una voz de mujer.

-¡Hola! ¡Hola!-le gritó Walter.

-Aquí el contestador automático -recitó la misma voz---. La señorita Helen Arasumian no está en casa. ¿Quiere usted dejar un mensaje para que ella lo llame? ¿Hola? Aquí el contestador automático. La señorita Helen Arasumian no está en casa. ¿Quiere usted dejar un mensaje ... ?

Walter Gripp colgó el auricular.

Se quedó sentado, torciendo la boca.

Un instante después llamaba al mismo número.

-Cuando vuelva la señorita Helen Arasumian, dígale que se vaya al diablo.

Llamó a las centrales telefónicas de Empalme Marte, Nueva Boston, Arcacia y Ciudad Roosevelt, pues era lógico que la gente llamara desde esos lugares. Se comunicó luego con los ayuntamientos y las otras oficinas públicas de los pueblos. Telefoneó a los mejores hoteles. A las mujeres les gustaba el lujo.

De pronto dejó de llamar y batió las palmas, echándose a reír. ¡Por supuesto! Buscó en la guía telefónica y llamó al mayor salón de belleza de la ciudad de Nueva Texas. ¡Sólo en uno de esos diamantinos y aterciopelados salones podía entretenerse una mujer! Allí estaría, con una capa de barro sobre la cara o sentada bajo un secador.

El teléfono sonó. Alguien en el otro extremo de la línea levantó el auricular

-¿Hola? -dijo una voz de mujer.

-Si es una grabación -anunció Walter Gripp- iré ahí y haré pedazos el lugar.

-No es una grabación -dijo la voz---. ¡Hola! ¡Hola! ¡Oh, hay alguien vivo! ¿Dónde está usted?

La mujer gritó, deleitada.

Walter Gripp casi tuvo un colapso.

-¡Usted! -dijo tambaleándose' con los ojos extraviados-. Dios santo, qué suerte, ¿cómo se llama?

-Genevieve Selsor. -La mujer sollozó en el receptor---. ¡Oh, me siento tan contenta al escucharlo, quienquiera que usted sea!

-Walter Gripp.

-¡Walter, hola, Walter!

-Hola, Genevieve.

-¡Walter! Qué nombre tan bonito. Walter, Walter.

-Gracias.

-¿Dónde estás, Walter?

La voz de mujer era tan dulce, tan amable y delicada... Walter apretó el auricular contra la oreja para que ella pudiera murmurarle dulcemente en el oído. Sintió que se le aflojaban las piernas. Le ardían las mejillas.

-Estoy en el pueblo Marlin...

Un zumbido.

-¿Hola? -dijo Gripp.

Un zumbido.

Sacudió la horquilla. Nada.

En alguna parte el viento había derribado un poste. Genevieve Selsor había llegado y había desaparecido con idéntica rapidez.

Gripp llamó de nuevo, pero la línea estaba muerta.

-De todos modos ya sé dónde encontrarla.

Salió corriendo de la casa. Sacó del garaje del desconocido, marcha atrás, el coche-escarabajo. El sol se elevaba en el cielo cuando cargó en el asiento de atrás la comida que había en la casa, y partió carretera abajo a ciento veinte kilómetros por hora, hacia la ciudad de Nueva Texas. «Mil quinientos kilómetros -pensó-. Genevieve Selsor, no te muevas, ¡muy pronto tendrás noticias mías!»

Fuera del pueblo tocó la bocina en todas las vueltas del camino. A la puesta del sol, después de una jornada agotadora en el volante, se detuvo al borde del camino, se sacó los zapatos, se tumbó en el asiento y deslizó el sombrero gris sobre los ojos fatigados. Sopló el viento, y las estrellas brillaron suavemente sobre él en el nuevo crepúsculo. Alrededor se elevaban las milenarias montañas de Marte. La luz estelar se reflejó en las torres de un pueblecito marciano que se alzaba en las colinas azules, no más grande que un juego de ajedrez.

Entre dormido y despierto, Gripp murmuraba: Genevieve. Genevieve. Oh, Genevieve, dulce Genevieve, cantó suavemente, los años vendrán, los años se irán, pero Genevieve, dulce Genevieve... Tenía una sensación de calor. Oía aún la voz fresca y dulce que susurraba, cantando: ¡Hola, oh hola! ¡Walter! No es una grabación. ¿Dónde estás, Walter? ¿Dónde estás?

Suspiró y alargó una mano hacia Genevieve a la luz de la luna. Los largos y oscuros cabellos flotaban en el viento. Eran muy hermosos. Y los labios, como rojas pastillas de menta. Y las mejillas, como rosas recién cortadas. Y el cuerpo, como una neblina clara y suave. Y la tibia y dulce voz le cantaba una vez más la vieja y triste canción: Oh, Genevieve, dulce Genevieve, los años vendrán, los años se irán...

Se quedó dormido.

Llegó a Nueva Texas a medianoche.

Se detuvo, frente al Salón de Belleza Deluxe, gritando.

Genevieve aparecería-en seguida, toda perfumes, toda risas.

No salió nadie.

-Estará dormida -Gripp se acercó a la puerta-. ¡Aquí estoy! -llamó-. ¡Hola, Genevieve!

El pueblo dormía en el silencio del doble claro de luna. En alguna parte el viento sacudió un toldo.

Walter empujó la puerta de vidrio y entró en el salón.

-¡Eh! -dijo con una risa inquieta---. No te escondas. ¡Sé que estás ahí!

Escudriñó todos los compartimientos.

Encontró un pañuelo minúsculo en el suelo. El perfume era tan dulce que Gripp trastabilló.

-Genevieve -dijo.

Recorrió en coche las calles, pero no vio a nadie.

-Si es una broma...

Aminoró la velocidad.

-Espera un momento. La charla se cortó bruscamente. Quizás ella fue a Marlin mientras yo venía a Nueva Texas. Habrá tomado la antigua carretera marítima. Nos desencontramos en el camino. ¿Cómo iba a saber que yo vendría a buscarla? No se lo dije. Y cuando la línea se cortó, ¡tuvo tanto miedo que corrió a Marlin a buscarme! Y mientras, ¡yo aquí, Señor, qué tonto soy!

Golpeó la bocina y salió disparado del pueblo.

Condujo durante toda la noche.

¿Y si no está esperándome en Marlin?, pensó. No. Ella tenía que estar en Marlin. Y él correría hacia ella, la abrazaría y hasta la besaría, en la boca, una vez.

Genevieve, dulce Genevieve, silbó y lanzó el coche a ciento cincuenta kilómetros por hora.

Al amanecer, Marlin estaba tranquilo. Unas luces amarillas brillaban aún en algunas tiendas, y un fonógrafo automático que había sonado continuamente durante cien horas calló al fin con un chasquido eléctrico. El silencio era ahora total. El sol calentaba las calles y el cielo helado y vacío.

Walter entró en la calle principal con los faros todavía encendidos y dio un doble bocinazo: seis veces en una esquina, otras seis en la siguiente. Estaba pálido, fatigado; las manos le resbalaban sobre el volante húmedo.

-¡Genevieve! -gritó en la calle desierta.

Se abrió la puerta de un salón de belleza. Walter detuvo el coche.

-¡Genevieve!

Corrió atravesando la calle. Genevieve Selsor lo esperaba en el umbral. Sostenía en los brazos una caja de bombones de chocolate. Los dedos que acariciaban la caja eran rollizos y pálidos. Salió del umbral y la luz reveló una cara redonda, con ojos como huevos enormes, hundidos en una masa blanca de miga de pan. Las piernas eran grandes y redondas como tocones de árbol. Caminaba con paso desmañado. El pelo, de indefinido color pardusco, parecía haber sido hecho y rehecho como un nido de pájaros. No tenía labios, y como compensación llevaba estampadas en la cara unas grandes rayas rojas y grasientas, que tan pronto se abrían en una deleitada sonrisa, como se cerraban en una expresión de repentina alarma. Las cejas depiladas eran como finas antenas.

Walter se detuvo. Dejó de sonreír. Se quedó mirándola.

La caja de bombones cayó a la acera.

-¿Eres tú Genevieve Selsor? -preguntó Walter. Le zumbaban los oídos.
- ¿Eres tú Walter Griff?

-Gripp.

-Gripp -se corrigió ella.

-¿Cómo estás? -preguntó Walter con una voz ahogada.

Genevieve le estrechó la mano.

-¿Cómo estás?

Tenía los dedos untados de chocolate.

-Bueno -dijo Walter Gripp.

-¿Qué? -preguntó Genevieve Selsor.

-He dicho «bueno» -dijo Walter.

-Oh.

Eran las ocho de la noche. Habían pasado el día en el campo y Walter preparó para la cena un filete de lomo que a ella no le gustó, primero porque estaba crudo, y luego porque estaba demasiado asado o quemado, o algo similar. Walter se rió y dijo:

-Vamos a ver una película.

Ella dijo que le parecía bien y apoyó los dedos sucios de chocolate en el brazo de Walter. Pero sólo quería ver esa película de Clark Gable, de hacía cincuenta años.

-¿No te parece verdaderamente estupendo? -preguntaba con una risita-. ¿No te parece estupendo? -La película terminó-. Pásala otra vez -ordenó ella.

-¿Otra vez? -preguntó él.

-Otra vez -dijo ella. Y cuando Walter volvió a la butaca, Genevieve se apretó contra él, acariciándole el cuerpo torpemente con manos como zarpas---. No eres exactamente lo que yo esperaba, pero eres simpático -admitió.

-Gracias -dijo él, tragando saliva.

-¡Oh, ese Gable! -dijo Genevieve pellizcándole una pierna.

Después de la película fueron de compras por las calles silenciosas. Genevieve rompió un escaparate donde había varios vestidos y se puso el más ostentoso. Se volcó un frasco de perfume en la cabeza y pareció un perro mojado.

-¿ Cuántos años tienes? -le preguntó Walter.

Genevieve, chorreando perfume, lo arrastró por la calle.

-Adivina.

-Oh, treinta.

-Pues bien -anunció ella muy tiesa---, sólo tengo veintisiete. Mira. ¡otra tienda de dulces! Francamente, desde que estalló la guerra llevo una vida bien regalada. Nunca me gustó mi familia. Eran todos unos tontos. Se fueron a la Tierra hace dos meses. Yo iba a embarcar en el último cohete, pero preferí quedarme, ¿sabes por qué?

-¿Por qué?

-Porque todos se metían conmigo. Por eso me quedé; para echarme perfume encima el día entero y beber diez mil cervezas y comer dulces y bombones sin que la gente me esté diciendo: «¡Oh, cuidado, eso tiene muchas calorías!». Y aquí estoy.

Walter cerró los ojos.

-Y aquí estás.

-Se ha hecho tarde -dijo Genevieve mirándolo.

-Sí.

-Estoy cansada.

-Es curioso; yo estoy muy despejado.

-Oh -dijo ella.

-Seguiría en pie toda la noche. En Mikes hay un buen disco Ven, lo pondré para ti.

-Estoy cansada.

Genevieve lo miró con ojos astutos y brillantes.

-Qué raro. Yo en cambio estoy muy despierto -dijo Walter.

-Ven conmigo al salón de belleza. Quiero enseñarte algo.

Genevieve lo hizo pasar por la puerta de vidrio, y lo empujó hasta una caja blanca.

-Cuando vine de Nueva Texas traje esto -dijo desatando una cinta rosada-. Pensé: Soy la única dama en Marte y allá está el único hombre y... bueno. -Levantó la tapa de la caja y desdobló unos crujientes y rosados papeles de seda-. Mira.

Walter Gripp miró.

-¿Qué es? -preguntó estremeciéndose.

-¿No lo ves, tonto? Todo encajes, todo blanco, todo hermoso y lo demás.

-No, no sé qué es.

-¡Un traje de novia, tonto!

-¿De veras? -tartamudeó Walter.

Cerró los ojos. La voz de Genevieve era suave, fresca y dulce como en el teléfono, pero cuando abría los ojos y la miraba...

Dio un paso atrás.

-Qué bonito.

-¿No es cierto?

-Genevieve. -Walter miró hacia la puerta.

-¿Qué?

-Tengo que decirte una cosa.

Genevieve se le acercó. Una espesa nube de perfume le envolvía la cara redonda y blanca.

-¿Qué?

-Lo que tengo que decirte es...

-¿Qué?

-¡Adiós!

Y antes que Genevieve gritara, Walter Gripp ya estaba fuera del salón y se había metido en el coche.

Genevieve corrió detrás y se detuvo en el borde de la acera. Walter puso el motor en marcha.

-¡Walter Griff, vuelve! -gimió Genevieve agitando los brazos.

-Gripp -corrigió él.

-¡Gripp! -gritó ella.

El coche echó a correr por la calle silenciosa, indiferente a los gritos y pataleos de la mujer. El humo del tubo de escape movió el vestido blanco que Genevieve apretaba contra las manos regordetas, y las estrellas brillaron, y el coche se alejó en el desierto, perdiéndose en la oscuridad.

Walter Gripp viajó sin detenerse durante tres noches y tres días. Una vez le pareció que lo seguía otro coche, y sudando, estremeciéndose, tomó un camino lateral, y atravesando el solitario mundo marciano, dejó atrás las ciudades muertas y siguió y siguió una semana y un día más, hasta que hubo quince mil kilómetros entre él y la ciudad de Marlin. Entonces se detuvo en un pueblo pequeño llamado Holtville Springs, donde había unas tiendas diminutas que él podía iluminar de noche y unos restaurantes donde se sentaba a esperar la comida. Y desde entonces vivió allí con dos grandes congeladoras, provisiones para cien años, cigarros para diez mil días y una buena cama con un mullido colchón.

Y si de vez en cuando, a lo largo de los años, suena el teléfono, él no contesta.

ABRIL DE 2026

Los largos años

Cada vez que el viento se levantaba en el cielo, el señor Hathaway y su reducida familia se quedaban en la casa de piedra y se calentaban las manos al fuego de leña. El viento agitaba las aguas del canal y casi barría las estrellas del cielo, pero el señor Hathaway conversaba tranquilamente con su mujer, y su mujer replicaba, y luego hablaba con sus dos hijas y su hijo de los días pasados en la Tierra, y todos le contestaban adecuadamente.

La Gran Guerra tenía ya veinte años. El planeta Marte era una tumba. Hathaway y su familia, en las largas noches marcianas, se preguntaban a, menudo, en silencio, si la Tierra sería todavía la misma.

Esa noche se había desatado sobre los cementerios de Marte una de esas polvorientas tormentas marcianas, y había soplado sobre las antiguas ciudades, y había arrancado las paredes de material plástico del pueblo norteamericano más reciente, un pueblo abandonado y que ya se fundía con la arena.

La tormenta amainó. Hathaway salió de la casa a mirar la Tierra, verde y brillante en el cielo ventoso, y alzó una mano como para ajustar una lámpara floja en el techo de una habitación oscura.

Miró más allá de los fondos del mar. «No hay nada vivo en todo este mundo -pensó-. Sólo yo, y ellos», y volvió los ojos a la casa de piedra.

¿Qué ocurriría en la Tierra? El telescopio de treinta pulgadas no mostraba ningún cambio. «Bueno –pensó-, si me cuido quizá viva veinte años más. Alguien puede venir, por los mares muertos o cruzando el espacio en un cohete sobre una pequeña estela de fuego rojo.»

Miró dentro de la casa y llamó:

-Voy a dar un paseo.

-Muy bien -dijo la mujer.

Hathaway caminó en silencio entre las ruinas.

-«Made in New York» -leyó, al pasar, en un trozo de metal-. Y todos estos materiales terrestres durarán menos que las viejas ciudades marcianas.

Y miró el pueblo que ya tenía cincuenta siglos, intacto entre las montañas azules.

Llegó a un cementerio escondido, una hilera de lápidas hexagonales en una colina batida por el viento solitario. Inmóvil, cabizbajo, se quedó mirando las cuatro sepulturas con toscas cruces de madera, y unos nombres. No derramó una lágrima. Tenía los ojos secos desde hacía mucho tiempo.

-¿Me perdonáis lo que hice? -preguntó a las cruces-. Yo estaba muy solo. Lo comprendéis, ¿verdad?

Volvió a la casa de piedra y una vez más, antes de entrar, escudriñó el cielo oscuro.

-Sigue esperando, esperando y mirando -dijo-, y quizás una noche...

En el cielo había una minúscula llama roja.

Hathaway se alejó de la luz que salía de la casa.

-Mira de nuevo -murmuró.

La llamita roja seguía allí.

-Anoche no estaba -murmuró otra vez.

Tropezó, cayó, se levantó, corrió hacia los fondos de la casa, hizo girar el telescopio, y apuntó al cielo.

Un poco más tarde, luego de un examen asombrado y minucioso apareció en el umbral de la casa. La esposa, las dos hijas y el hijo volvieron las cabezas y lo miraron.

Al fin Hathaway consiguió decir:

-Tengo buenas noticias. He mirado al cielo. Viene un cohete a llevarnos a todos de vuelta a casa. Llegará mañana temprano.

Escondió la cabeza entre las manos y se echó a llorar dulcemente.

A las tres de la mañana quemó los restos de Nueva Nueva York.

Caminó con una antorcha por la ciudad de material plástico, 3 tocó las paredes con la llama, aquí y allá. La ciudad floreció en volúmenes de calor y luz. Dos kilómetros cuadrados de iluminación podrían verla desde el espacio. Le indicaría al cohete que allí abajo estaba Hathaway, y la familia de Hathaway.

Volvió a la casa con un dolor punzante en el corazón.

-Mirad. -Alzó a la luz una botella polvorienta-. Un vino reservado justo para esta noche. Ya sabía yo que un día alguien daría con nosotros. ¡Bebamos celebrándolo!

Llenó cinco copas.

-Ha pasado mucho tiempo -dijo mirando con aire grave el vino de la copa-. ¿Recordáis el día en que estalló la guerra? Hace veinte años y siete meses. Llamaron desde la Tierra a todos los cohetes de Marte. Y tú y yo y los chicos estábamos en las montañas, dedicados a tareas arqueológicas, investigando la técnica quirúrgica marciana. Casi reventamos los caballos, ¿os acordáis? Pero Regamos al pueblo con una semana de retraso. Todos se habían ido América había sido destruida. Los cohetes partieron sin esperar a los rezagados, ¿os acordáis, os acordáis? Y al final fuimos los únicos que se quedaron. Señor, Señor, cómo pasa el tiempo. Yo no hubiera podido resistirlo sin vosotros. Sin vosotros me hubiera matado. Pero con vosotros valía la pena esperan Brindemos por nosotros -añadió levantando la copa-. Y por nuestra larga espera.

Hathaway bebió.

La esposa y las dos hijas y el hijo se llevaron la copa a los labios.

El vino les corrió a los cuatro por las barbillas.

Por la mañana, los últimos restos de¡ pueblo volaban como grandes copos blandos y negros cruzando el fondo de¡ mar. El fuego se había apagado, pero no había sido inútil: el punto rojo había crecido en el cielo.

Un rico aroma de pan de jengibre salía de la casa de piedra. Cuando Hathaway entró, la esposa ordenaba sobre la mesa las hornadas de pan fresco. Las dos hijas barrían gentilmente el desnudo suelo de piedra con tiesas escobas, y el hijo lustraba los cubiertos de plata.

-Les prepararemos un gran desayuno -rió Hathaway---. ¡Poneos los mejores trajes!

Salió de la casa y caminó rápidamente hacia el vasto cobertizo de metal. Dentro estaban la cámara refrigeradora y el generador eléctrico que había reparado a lo largo de los años con dedos delgados, eficientes y nerviosos, así como había arreglado los relojes, los teléfonos y las cintas grabadoras. El cobertizo estaba abarrotado de artefactos construidos por Hathaway; algunos eran mecanismos absurdos, y ni él mismo, ahora que los tenía delante, sabía cómo funcionaban.

Sacó de la cámara refrigeradora unas cajas de cartón acanalado con habas y fresas de veinte años atrás. «Lázaro, levántate», pensó, y extrajo un pollo frío.

Cuando llegó el cohete, en el aire flotaban olores de cocina.

Hathaway corrió como un chico, cuesta abajo. Sintió de pronto un dolor agudo en el pecho; se detuvo y se sentó jadeando en una peña. En seguida continuó corriendo.

Esperó de pie bajo la atmósfera abrasadora del ardiente cohete. Se abrió una portezuela. Un hombre se asomó.

Hathaway se protegió los ojos con las manos, y al fin dijo:

-¡Capitán Wilder!

-¿Quién es? -preguntó el capitán Wilder. Saltó fuera del cohete y se quedó mirando al viejo. Le tendió la mano-. ¡Dios santo, si es Hathaway!

-El mismo.

Se miraron las caras.

-Hathaway, uno de mis viejos tripulantes, de la cuarta expedición.

-Ha pasado mucho tiempo, capitán.

-Demasiado. ¡Qué alegría volver a verlo!

-Soy viejo -dijo simplemente Hathaway.

-Yo tampoco soy joven. He estado veinte años en Júpiter, Saturno y Neptuno.

_Oí decir que los ascendieron para que no se metiese en la política colonial de Marte. -El viejo miró alrededor-. Ha estado fuera tanto tiempo que no sabrá lo que ha pasado...

-Me lo imagino -replicó Wilder---. Dimos dos vueltas a Marte y sólo encontramos a un hombre, un tal Walter Gripp, a unos quince mil kilómetros de aquí. Le preguntamos si quería venir con nosotros, pero dijo que no. Cuando lo vimos por última vez estaba en medio de la carretera, sentado en una mecedora, fumando una pipa, saludándonos con la mano. Marte está bien muerto; no queda vivo ni un solo marciano. ¿Qué pasa en la Tierra?

-Sabe usted tanto como yo. De vez en cuando capto las radios de la Tierra, muy débilmente. Pero siempre hablan en alguna lengua extranjera. Y de ellas no conozco más que el latín. Sólo llegan unas pocas palabras. Creo que la mayor parte de la Tierra está en ruinas, pero la guerra sigue. ¿Regresará usted, capitán?

-Sí. Tenemos mucha curiosidad, por supuesto. La radio no llegaba hasta nosotros. Queremos ver la Tierra, pase lo que pase.

-¿Nos llevarán a todos?

El capitán lo miró.

-Ah, sí, su mujer, la recuerdo. Hace veinticinco años, ¿verdad? Cuando fundaron el primer pueblo usted dejó el servicio y trajo a su mujer. Y también había hijos...

-Un hijo y dos hijas.

-Sí, ya me acuerdo. ¿Están aquí?

-Allá arriba, en la casa. Nos está esperando a todos un buen desayuno. ¿Quieren venir?

_Por supuesto, nos sentiremos muy honrados, señor Hathaway. -El capitán Wilder se volvió hacia el cohete-: ¡Abandonen la nave!

Hathaway, el capitán Wilder y los veinte tripulantes subieron por la colina, aspirando profundamente el aire enrarecido y fresco de la mañana. El sol se levantaba en el cielo y era un buen día.

-¿Se acuerda usted de Spender, capitán?

-Nunca lo he olvidado.

-Una vez al año camino hasta la tumba de Spender. Parece que al fin todo fue como él pensaba. No quería que viniéramos. Imagino que estará contento, ahora que nos vamos todos.

-¿Y qué fue de.... cómo se llamaba.... Parkhill, Sam Parkhill?

-Abrió un quiosco de salchichas.

-Muy propio de él.

-Y una semana después volvió a la Tierra, a alistarse en el ejército. -Hathaway se llevó una mano al costado, sentándose bruscamente en un peñasco-. Perdóneme. La excitación. Volver a verlo después de tantos años ... Tengo que descansar.

El corazón le golpeaba el pecho. Contó los latidos. Mal asunto.

-Hay un médico a bordo -dijo Wilder---. Excúseme, Hathaway, ya sé que usted también lo es, pero sería bueno que él lo examinara y...

Llamaron al médico.

-No es nada -insistió Hathaway-. La espera, la excitación. -Apenas podía respirar. Tenía los labios azules-. Usted sabe -dijo cuando el médico le puso el estetoscopio-, es como si hubiera vivido esperando este día. Y ahora que han llegado para llevarme otra vez a la Tierra, me siento ya satisfecho, y quisiera acostarme y olvidarme de todo.

-Tome. -El médico le dio una píldora amarilla---. Es mejor que descanse.

-Tonterías. Déjeme estar sentado un momento. Me alegra verlos, oír al fin otras voces.

-¿Le hace efecto la píldora?

-Mucho. ¡Vamos!

Siguieron caminando, colina arriba.

-Alice,¡mira quién está aquí!

Hathaway frunció el ceño y se asomó al interior de la casa.

-¿Has oído, Alice?

Primero apareció la esposa. Después salieron las dos hijas, graciosas y altas, y las siguió el hijo, todavía más alto.

---Alice, ¿te acuerdas del capitán Wilder?

Alice titubeó, miró a su marido, como pidiéndole instrucciones y en seguida sonrió:

-Claro, ¡el capitán Wilder!

-Recuerdo que cenamos juntos la víspera de mi partida para Júpiter, señora Hathaway.

Alice le estrechó vigorosamente la mano.

-Mis hijas, Marguerite y Susan. Mi hijo John -dijo-. Os acordáis del capitán, ¿no es cierto?

Se dieron la mano entre risas y mucha charla.

El capitán Wilder husmeó el aire.

-¿Huele a pan de jengibre? -preguntó.

-¿Quieren probarlo?

Todos se movieron. Sacaron de prisa unas mesas plegables, pusieron sobre ellas unos cubiertos y unas finas servilletas de seda y sirvieron unos platos humeantes. El capitán Wilder, de pie, inmóvil, miraba a la señora Hathaway y a las dos hijas que iban en silencio de un lado a otro. Les miraba las caras y seguía todos los movimientos de aquellas manos jóvenes y todas las expresiones de aquellos rostros tersos. Se sentó en una silla que le trajo el hijo.

-¿Cuántos años tienes, John? -le preguntó.

-Veintitrés -replicó el- hijo.

Wilder movió torpemente los cubiertos. Se había puesto pálido. El hombre que estaba junto a él le dijo en voz baja:

-No puede ser, capitán.

John fue a buscar más sillas.

-¿Qué dice, Williamson?

-Yo tengo cuarenta y tres. Fui a la escuela con John Hathaway, hace ya veinte años. John dice que tiene veintitrés años, y representa esa edad. Pero no puede ser. Tendría que tener, por lo menos, cuarenta y dos. ¿Qué significa esto, capitán?

-No sé.

-Pero ¿qué le pasa, capitán?

-No me siento bien. Las hijas las vi hace unos veinte años. Tampoco han cambiado. No tienen una arruga. ¿Quiere usted hacerme un favor? Quiero que me averigüe una cosa, Williamson. Le diré adónde debe ir y dónde debe mirar. Cuando acabe el desayuno, escabúllase. No tardará más de diez minutos. El sitio no está lejos. Lo he visto desde el cohete cuando bajábamos.

-¡Eh! ¿De qué hablan con tanta seriedad? -les preguntó la señora Hathaway mientras les servía en los tazones unas rápidas cucharadas de sopa-. Sonrían, estamos todos juntos, el viaje ha terminado, ¡ya casi están en casa!

-Sí -dijo el capitán riéndose.-. Por cierto, ¡se la ve muy bien y muy joven, señora Hathaway!

-¡Ah, los hombres!

La señora Hathaway se alejó como llevada por una corriente de aire, con la cara encendida, tersa como una manzana, sin arrugas y de buen color. Respondía a las bromas con una risa cristalina, servía limpiamente la ensalada, sin detenerse una sola vez a tomar aliento. Y el hijo huesudo y las hijas curvilíneas se mostraban brillantemente ingeniosos, como el padre, hablando de los largos años y de sus vidas solitarias, mientras el padre asentía con orgullo.

Williamson se alejó en silencio, colina abajo.

-¿Adónde va? -preguntó Hathaway.

-A examinar el cohete -respondió Wilder-. Pero, como le iba diciendo, Hathaway, no hay nada en Júpiter, absolutamente nada para el hombre. En Saturno y Plutón, tampoco.

Wilder habló mecánicamente, sin atender a lo que decía, pensando sólo en Williamson que en ese momento corría colina abajo, y que muy pronto estaría de vuelta.

-Gracias.

Marguerite Hathaway le estaba sirviendo agua. Impulsivamente, Wilder le tocó el brazo. La muchacha no se inmutó. La carne era firme y tibia.

Al otro lado de la mesa, Hathaway se interrumpía a veces, se tocaba el pecho con un gesto de dolor, seguía escuchando los murmullos, que de pronto eran una charla ruidosa, y de vez en cuando miraba preocupado a Wilder, a quien no parecía gustarle el pan de jengibre.

Williamson regresó. Se sentó y se puso a picotear la comida hasta que el capitán le susurró de costado:

-¿Bien?

-Lo encontré, capitán.

-¿Y?

Williamson estaba pálido. No dejaba de mirar a la gente que se reía. Las hijas sonreían gravemente, y el hijo contaba un chiste.

-He estado en el cementerio -dijo Williamson

-¿Las cuatro cruces están allí?

-Las cuatro cruces están allí, señor. Se pueden leer los nombres. Los he apuntado para estar seguro. –Y Williamson leyó en un papel blanco-: «Alice, Marguerite, Susan y John Hathaway. Muertos a causa de un virus desconocido. Julio de dos mil siete».

Wilder cerró los ojos.

-Gracias, Williamson

-Hace diecinueve años, capitán. -La mano de Williamson temblaba.

-Sí.

-Entonces, ¿quiénes son éstos?

-No lo sé.

-¿Qué vamos a hacer?

-Tampoco lo sé.

-¿Se lo diremos a los otros?

-Más tarde. Siga comiendo como si no pasara nada.

-No tengo mucho apetito, señor.

La comida terminó con un vino traído del cohete. Hathaway se puso de pie.

-Brindo por todos ustedes. Es bueno estar otra vez entre amigos. Y brindo también por mi mujer y mis hijos. Sin ellos no hubiera sobrevivido. Sólo gracias a sus cariñosos cuidados he podido esperar la llegada de ustedes.

Alzó la copa hacia su familia. Los cuatro lo miraron azorados y bajaron los ojos cuando los otros comenzaron a beber.

Hathaway apuró el vino. En seguida, sin un grito, cayó de bruces sobre la mesa y resbaló hasta el suelo. Algunos de los hombres lo ayudaron a acostarse. El médico se inclinó sobre él y escuchó. Wilder tocó el hombro del médico. El médico alzó los ojos y meneó la cabeza. Wilder se arrodilló y tomó la mano del viejo.

-¿Wilder? -La voz de Hathaway apenas se oía-. He estropeado el desayuno.

-No diga disparates.

-Despídame de Alice y mis hijos.

-Espere un momento. Los llamaré.

-No, no -jadeó Hathaway---. No comprenderían. No quiero que comprendan. ¡No los llame!

Wilder no se movió.

Hathaway estaba muerto.

Wilder esperó un largo rato. Luego se levantó y se alejó del grupo de hombres aturdidos que rodeaban a Hathaway. Buscó a Aflce, la miró a la cara, y le dijo:

-¿Sabe usted qué acaba de ocurrir?

-¿Le ha pasado algo a mi marido?

-Ha muerto. El corazón -contestó Wilder observándola.

-Lo lamento -dijo ella.

-¿Cómo se siente?

-Hathaway no quería que nos sintiéramos mal. Nos dijo que esto ocurriría en cualquier momento y no quería que lloráramos. No nos enseñó a llorar. No quería que supiéramos hacerlo. Según él, nada peor puede ocurrirle a un hombre que saber cómo estar solo, y cómo estar triste, y ponerse a llorar. Por eso no sabemos lo que es llorar o estar tristes.

Wilder echó una ojeada a las manos de la mujer, las manos blandas y tibias, las uñas bien cuidadas y las delgadas muñecas. Miró el cuello esbelto y terso y los ojos inteligentes y por último dijo:

-El señor Hathaway los hizo a ustedes muy bien.

-Le hubiera gustado oír eso. Estaba tan orgulloso de nosotros... Al cabo de un tiempo hasta olvidó que nos había hecho. Al final nos aceptaba y nos quería como si fuéramos de veras su mujer y sus hijos. Y en cierto sentido lo somos.

-Ustedes lo ayudaron mucho.

-Sí, conversamos con él durante años interminables. Le gustaba tanto hablar.. Le gustaba la casa de piedra y el fuego de la chimenea. Hubiéramos podido vivir en una de las casas comunes del pueblo, pero a él le gustaba esto, donde podía ser primitivo si quería, o moderno si quería. Me hablaba muchas veces del laboratorio y de las cosas que hacía. Instaló toda una red de alambres y altavoces en esa colonia muerta de ahí abajo. Cuando apretaba un botón el pueblo se iluminaba y se llenaba de ruidos, como si vivieran en él diez mil personas. Se oían aviones, coches y la charla de la gente. Hathaway se sentaba, encendía un cigarro y nos hablaba y los ruidos del pueblo llegaban hasta nosotros, y de vez en cuando sonaba un teléfono, y una voz grabada le hacía una pregunta sobre ciencia o cirugía, y el señor Hathaway contestaba. Con el teléfono, nosotros, los ruidos del pueblo y

el cigarro, Hathaway era feliz. Pero hubo una cosa que no pudo conseguir: que envejeciéramos. Él envejecía día tras día, y nosotros no cambiábamos. Creo que no le importaba. Creo que nos quería así.

-Lo enterraremos en el cementerio de las cuatro cruces. Pienso que le hubiera gustado a Hathaway.

Alice tocó levemente la muñeca del capitán Wilder.

-Estoy segura.

El capitán dio unas órdenes. La familia siguió al reducido cortejo colina abajo. Dos hombres llevaron a Hathaway en una parihuela cubierta. El cortejo dejó atrás la casa de piedra y el cobertizo donde Hathaway, años atrás, había comenzado sus trabajos. Wilder se detuvo junto a la puerta del taller.

¿Cómo sería, se preguntó, vivir en un planeta con una mujer y tres hijos, verlos morir y quedarse a solas con el viento y el silencio? ¿Qué se podría hacer? Enterrarlos bajo unas cruces, volver al taller y con inteligencia, memoria, habilidad manual e ingenio recomponer, pedazo a pedazo, esas cosas que eran una mujer, un hijo, dos hijas. Con toda una ciudad allá abajo, en la que podía encontrar lo que quisiera, un hombre inteligente podía hacer cualquier cosa.

El ruido de los pasos se apagaba en la arena. Cuando llegaron al cementerio, dos de los hombres cavaban ya una tumba. Volvieron al cohete en las últimas horas de la tarde.

Williamson señaló la casa con un movimiento de cabeza.

-¿Qué vamos a hacer con ellos?

-No lo sé -dijo el capitán.

-¿Los va a parar?

El capitán pareció un poco sorprendido.

-¿Parar? No lo había pensado.

-No los llevaremos.

-No, sería inútil.

-¿Es decir que los vamos a dejar aquí, así, como son?

El capitán le alcanzó un arma a Williamson.

-Si usted puede hacer algo.... yo no sería capaz.

Cinco minutos después, Williarnson volvió de la casa de piedra con el rostro transpirado.

-Tome, el arma. Ahora entiendo lo que quería decir. Entré en la casa con el arma. Una de las hijas me sonrió. Y también los demás. La mujer me ofreció una taza de té. ¡Dios, sería un asesinato!

Wilder asintió.

-Nunca habrá nada tan maravilloso como ellos. Fueron construidos para durar: diez, cincuenta, doscientos años. Sí, tienen derecho... tienen derecho a vivir, tanto como usted o yo o cualquiera de nosotros. -Sacudió la pipa---. Bueno, ahora a bordo. Nos vamos. Este pueblo está muerto. Nada hacemos aquí.

Oscurecía. Se levantaba un viento helado. Los hombres ya estaban a bordo. El capitán titubeó.

-No me diga que va a volver a decirles... adiós -dijo Williamson.

El capitán lo miró fríamente.

-No es asunto suyo.

Wilder subió a la casa en el viento del crepúsculo. Los hombres del cohete vieron que la sombra del capitán se detenía en el umbral de la casa. Vieron la sombra de una mujer. Vieron que el capitán le estrechaba la mano.

Un momento después, Wilder volvió corriendo al cohete.

De noche, cuando el viento barre el fondo del mar muerto y el cementerio hexagonal con cuatro cruces viejas y una nueva, una luz brilla aún en la baja casa de piedra, y en esa casa, mientras ruge el viento y giran los torbellinos de arena y las estrellas frías titilan en el cielo, cuatro figuras, una mujer, dos hijas y un hijo atienden el fuego sin ningún motivo y conversan y ríen.

Noche tras noche, año tras año, la mujer, sin ningún motivo, sale de la casa y mira largamente el cielo con las manos en alto, mira la Tierra, la luz verde y brillante, sin saber por qué mira, y después entra y echa al fuego un trozo de leña, y el viento sigue soplando y el mar muerto sigue muerto.

AGOSTO DE 2026

Vendrán lluvias suaves

La voz del reloj cantó en la sala: tictac, las siete, hora de levantarse, hora de levantarse, las siete, como si temiera que nadie se levantase. La casa estaba desierta. El reloj continuó sonando, repitiendo y repitiendo llamadas en el vacío. Las siete y nueve, hora del desayuno, ¡las siete y nueve!

En la cocina el horno del desayuno emitió un siseante suspiro, y de su tibio interior brotaron ocho tostadas perfectamente doradas, ocho huevos fritos, dieciséis lonjas de jamón, dos tazas de café y dos vasos de leche fresca.

-Hoy es cuatro de agosto de dos mil veintiséis -dijo una voz desde el techo de la cocina- en la ciudad de Allendale, California. -Repitió tres veces la fecha, como para que nadie la olvidara- Hoy es el cumpleaños del señor Featherstone. Hoy es el aniversario de la boda de Tilita. Hoy puede pagarse la póliza del seguro y también las cuentas de agua, gas y electricidad.

En algún sitio de las paredes, sonó el clic de los relevadores, y las cintas magnetofónicas se deslizaron bajo ojos eléctricos.

Las ocho y uno, tictac, las ocho y uno, a la escuela, al trabajo, rápido, rápido, ¡las ocho y uno! Pero las puertas no golpearon, las alfombras no recibieron las suaves pisadas de los tacones de goma. Llovía afuera. En la puerta de la calle, la caja del tiempo cantó en voz baja: Lluvia, lluvia, aléjate... zapatones, impermeables, hoy.. Y la lluvia resonó golpeteando la casa vacía.

Afuera, el garaje tocó unas campanillas, levantó la puerta, y descubrió un coche con el motor en marcha. Después de una larga espera, la puerta descendió otra vez.

A las ocho y media los huevos estaban resecos y las tostadas duras como piedras. Un brazo de aluminio los echó en el vertedero, donde un torbellino de agua caliente los arrastró a una garganta de metal que después de digerirlos los llevó al océano distante. Los platos sucios cayeron en una máquina de lavar y emergieron secos y relucientes.

Las nueve y cuarto, cantó el reloj, la hora de la limpieza.

De las guaridas de los muros, salieron disparados los ratones mecánicos. Las habitaciones se poblaron de animalitos de limpieza, todos goma y metal. Tropezaron con las sillas moviendo en círculos los abigotados patines, frotando las alfombras y aspirando delicadamente el polvo oculto. Luego, como invasores misteriosos, volvieron de sopetón a las cuevas. Los rosados ojos eléctricos se apagaron. La casa estaba limpia.

Las diez. El sol asomó por detrás de la lluvia. La casa se alzaba en una ciudad de escombros y cenizas. Era la única que quedaba en pie. De noche, la ciudad en ruinas emitía un resplandor radiactivo que podía verse desde kilómetros a la redonda.

Las diez y cuarto. Los surtidores del jardín giraron en fuentes doradas llenando el aire de la mañana con rocíos de luz. El agua golpeó las ventanas de vidrio y descendió por las paredes carbonizadas del oeste, donde un fuego había quitado la pintura blanca. La fachada del oeste era negra, salvo en cinco sitios. Aquí la silueta pintada de blanco de un hombre que regaba el césped. Allí, como en una fotografía, una mujer agachada recogía unas flores. Un poco más lejos -las imágenes grabadas en la madera en un instante titánico-, un niño con las manos levantadas; más arriba, la imagen de una pelota en el aire, y frente al niño, una niña, con las manos en alto, preparada para atrapar una pelota que nunca acabó de caer. Quedaban esas cinco manchas de pintura: el hombre, la mujer, los niños, la pelota. El resto era una fina capa de carbón. La lluvia suave de los surtidores cubrió el jardín con una luz en cascadas.

Hasta este día, qué bien había guardado la casa su propia paz. Con qué cuidado había preguntado. «¿Quién está ahí? ¿Cuál es el santo y seña?", y como los zorros solitarios y los gatos plañideros no le respondieron, había cerrado herméticamente persianas y puertas, con unas precauciones de solterona que bordeaban la paranoia mecánica.

Cualquier sonido la estremecía. Si un gorrión rozaba los vidrios, la persiana chasqueaba y el pájaro huía, sobresaltado. No, ni siquiera un pájaro podía tocar la casa.

La casa era un altar con diez mil acólitos, grandes, pequeños, serviciales, atentos, en coros. Pero los dioses habían desaparecido y los ritos continuaban insensatos e inútiles.

El mediodía.

Un perro aulló, temblando, en el porche.

La puerta de calle reconoció la voz del perro y se abrió. El perro, en otro tiempo grande y gordo, ahora huesudo y cubierto de llagas, entró y se movió por la casa dejando huellas de lodo. Detrás de él zumbaron unos ratones irritados, irritados por tener que limpiar el lodo, irritados por la molestia.

Pues ni el fragmento de una hoja se escurría por debajo de la puerta sin que los paneles de los muros se abrieran y los ratones de cobre salieran como rayos. El polvo, el pelo o el papel ofensivos, hechos trizas por unas diminutas mandíbulas de acero, desaparecían en las guaridas. De allí unos tubos los llevaban al sótano, y eran arrojados a la boca siseante de un incinerador que aguardaba en un rincón oscuro como un Baal maligno.

El perro corrió escaleras arriba y aulló histéricamente, ante todas las puertas, hasta que al fin comprendió, como ya comprendía la casa, que allí no había más que silencio.

Olfateó el aire y arañó la puerta de la cocina. Detrás de la puerta el horno preparaba unos pancakes que llenaban la casa con un aroma de jarabe de arce.

El perro, tendido ante la puerta, olfateaba con los ojos encendidos y el hocico espumoso. De pronto, echó a correr locamente en círculos, mordiéndose la cola, y cayó muerto. Durante una hora estuvo tendido en la sala.

Las dos, cantó una voz.

Los regimientos de ratones advirtieron al fin el olor casi imperceptible de la descomposición, y salieron murmurando suavemente como hojas grises arrastradas por un viento eléctrico.

Las dos y cuarto.

El perro había desaparecido.

En el sótano, el incinerador se iluminó de pronto y un remolino de chispas subió por la chimenea.

Las dos y treinta y cinco.

Unas mesas de bridge surgieron de las paredes del patio. Los naipes revolotearon sobre el tapete en una lluvia de figuras. En un banco de roble aparecieron martinis y sándwiches de tomate, lechuga y huevo. Sonó una música.

Pero en las mesas silenciosas nadie tocaba las cartas.

A las cuatro, las mesas se plegaron como grandes mariposas y volvieron a los muros.

Las cuatro y media.

Las paredes del cuarto de los niños resplandecieron de pronto.

Aparecieron animales: jirafas amarillas, leones azules, antílopes rosados, panteras lilas que retozaban en una sustancia de cristal. Las paredes eran de vidrio y mostraban colores y escenas de fantasía. Unas películas ocultas pasaban por unos piñones bien aceitados y animaban las paredes. El piso del cuarto imitaba un ondulante campo de cereales. Por él corrían escarabajos de aluminio y grillos de hierro, y en el aire caluroso y tranquilo unas mariposas de gasa rosada revoloteaban sobre un punzante aroma de huellas animales. Había un zumbido como de abejas amarillas dentro de fuelles oscuros, y el perezoso ronroneo de un león. Y había un galope de okapis y el murmullo de una fresca

lluvia selvática que caía como otros casos, sobre el pasto almidonado por el viento. De pronto las paredes se disolvieron en llanuras de hierbas abrasadas, kilómetro tras kilómetro, y en un cielo interminable y cálido. Los animales se retiraron a las malezas y los manantiales.

Era la hora de los niños.

Las cinco. La bañera se llenó de agua clara y caliente.

Las seis, las siete, las ocho. Los platos aparecieron y desaparecieron, como manipulados por un mago, y en la biblioteca se oyó un clic. En la mesita de metal, frente al hogar donde ardía animadamente el fuego, brotó un cigarro humeante, con media pulgada de ceniza blanda y gris.

Las nueve. En las camas se encendieron los ocultos circuitos eléctricos, pues las noches eran frescas aquí.

Las nueve y cinco. Una voz habló desde el techo de la biblioteca.

-Señora McClellan, ¿qué poema le gustaría escuchar esta noche?

La casa estaba en silencio.

-Ya que no indica lo que prefiere -dijo la voz al fin---, elegiré un poema cualquiera.

Una suave música se alzó como fondo de la voz.

-Sara Teasdale. Su autor favorito, me parece...

Vendrán lluvias suaves y olores de la tierra,
y golondrinas que girarán con brillante sonido;

y ranas que cantarán de noche en los estanques
y ciruelos de tembloroso blanco,

y petirrojos que vestirán plumas de fuego
y silbarán en los alambres de las cercas;

y nadie sabrá nada de la guerra,
a nadie le interesará que haya terminado.

A nadie le importará, ni a los pájaros ni a los árboles,
si la humanidad se destruye totalmente;

y la misma primavera, al despertarse al alba
apenas sabrá que hemos desaparecido.

El fuego ardió en el hogar de piedra y el cigarro cayó en el cenicero: un inmóvil montículo de ceniza. Las sillas vacías se enfrentaban entre las paredes silenciosas, y sonaba la música.

A las diez la casa empezó a morir.

Soplaba el viento. La rama desprendida de un árbol entró por la ventana de la cocina. La botella de solvente se hizo trizas y se derramó sobre el horno. En un instante las llamas envolvieron el cuarto.

-¡Fuego! -gritó una voz.

Las luces se encendieron, las bombas vomitaron agua desde los techos. Pero el solvente se extendió sobre el linóleo por debajo de la puerta de la cocina, lamiendo, devorando, mientras las voces repetían a coro:

-¡Fuego, fuego, fuego!

La casa trató de salvarse. Las puertas se cerraron herméticamente, pero el calor había roto las ventanas y el viento entró y avivó el fuego.

La casa cedió terreno cuando el fuego avanzó con una facilidad llameante de cuarto en cuarto en diez millones de chispas furiosas y subió por la escalera. Las escurridizas ratas de agua chillaban desde las paredes, disparaban agua y corrían a buscar más. Y los surtidores de las paredes lanzaban chorros de lluvia mecánica.

Pero era demasiado tarde. En alguna parte, suspirando, una bomba se encogió y se detuvo. La lluvia dejó de caen La reserva del tanque de agua que durante muchos días tranquilos había llenado bañeras y había limpiado platos estaba agotada.

El fuego crepitó escaleras arriba. En las habitaciones altas se nutrió de Picassos y de Matisses, como de golosinas, asando y consumiendo las carnes aceitosas y encrespando tiernamente los lienzos en negras virutas.

Después el fuego se tendió en las camas, se asomó a las ventanas y cambió el color de las cortinas.

De pronto, refuerzos.

De los escotillones del desván salieron unas ciegas caras de robot y de las bocas de grifo brotó un líquido verde.

El fuego retrocedió como un elefante que ha tropezado con un serpiente muerta. Y fueron veinte serpientes las que se deslizaron por el suelo, matando el fuego con una venenosa, clara y fría espuma verde.

Pero el fuego era inteligente y mandó llamas fuera de la casa, y entrando en el desván llegó hasta las bombas. ¡Una explosión! El cerebro del desván, el director de las bombas, se deshizo sobre las vigas en esquirlas de bronce.

El fuego entró en todos los armarios y palpó las ropas que colgaban allí.

La casa se estremeció, hueso de roble sobre hueso, y el esqueleto desnudo se retorció en las llamas, revelando los alambres, los nervios, como si un cirujano hubiera arrancado la piel para que las venas y los capilares rojos se estremecieran en el aire abrasador. ¡Socorro, socorro! ¡Fuego! ¡Corred, corred! El calor rompió los espejos como hielos invernales, tempranos y quebradizos. Y las voces gimieron: fuego, fuego, corred, corred, como una trágica canción infantil; una docena de voces, altas y bajas, como voces de niños que agonizaban en un bosque, solos, solos. Y las voces fueron apagándose, mientras las envolturas de los alambres estallaban como castañas calientes. Una, dos, tres, cuatro, cinco voces murieron.

En el cuarto de los niños ardió la selva. Los leones azules rugieron, las jirafas moradas escaparon dando saltos. Las panteras corrieron en círculos, cambiando de color, y diez millones de animales huyeron ante el fuego y desaparecieron en un lejano río humeante...

Murieron otras diez voces. Y en el último instante, bajo el alud de fuego, otros coros indiferentes anunciaron la hora, tocaron música, segaron el césped con una segadora automática, o movieron frenéticamente un paraguas, dentro y fuera de la casa, ante la puerta que se cerraba y se abría con violencia. Ocurrieron mil cosas, como cuando en una relojería todos los relojes dan locamente la hora, uno tras otro, en una escena de maniática confusión, aunque con cierta unidad; cantando y chillando los últimos ratones de limpieza se lanzaron valientemente fuera de la casa ¡arrastrando las horribles cenizas! Y en la llameante biblioteca una voz leyó un poema tras otro con una sublime despreocupación, hasta que se quemaron todos los carretes de película, hasta que todos los alambres se retorcieron y se destruyeron todos los circuitos.

El fuego hizo estallar la casa y la dejó caer, extendiendo unas faldas de chispas y de humo.

En la cocina, un poco antes de la lluvia de fuego y madera, el horno preparó unos desayunos de proporciones psicopáticas: diez docenas de huevos, seis hogazas de tostadas, veinte docenas de lonjas de jamón, que fueron devoradas por el fuego y encendieron otra vez el horno, que siseó histéricamente.

El derrumbe. El altillo se derrumbó sobre la cocina y la sala. La sala cayó al sótano, el sótano al subsótano. La congeladora, el sillón, las cintas grabadoras, los circuitos y las camas se amontonaron muy abajo como un desordenado túmulo de huesos.

Humo y silencio. Una gran cantidad de humo.

La aurora asomó débilmente por el este. Entre las ruinas se levantaba sólo una pared. Dentro de la pared una última voz repetía y repetía, una y otra vez, mientras el sol se elevaba sobre el montón de escombros humeantes:

-Hoy es cinco de agosto de dos mil veintiséis hoy es cinco de agosto de dos mil veintiséis, hoy es...

OCTUBRE DE 2026

El picnic de un millón de años

De algún modo mamá tuvo la idea de que quizás a todos les gustaría ir de pesca. Pero Timothy sabía que no eran palabras de mamá. Las palabras eran de papá, y las dijo mamá en vez de él.

Papá restregó los pies en un montón de guijarros marcianos y se mostró de acuerdo. Siguió un alboroto y un griterío; el campamento quedó reducido rápidamente a cápsulas y cajas. Mamá se puso un pantalón de viaje y una blusa, y papá llenó la pipa con dedos temblorosos, mirando fijamente el cielo marciano, y los tres chicos se apilaron gritando en la lancha de motor, y ninguno de ellos, excepto Timothy, se ocupó de mamá y de papá.

Papá apretó un botón. El motor emitió un zumbido que se elevó en el aire. El agua se agitó detrás, la lancha se precipitó hacia delante, y la familia gritó:

-¡Hurra!

Timothy, sentado a popa, puso dos deditos sobre los velludos dedos de papá y miró cómo se retorcía el canal y cómo se alejaban del lugar en ruinas adonde habían llegado en el pequeño cohete, directamente desde la Tierra.

Recordaba aún la noche anterior a la partida, las prisas y los afanes, el cohete que papá había encontrado en alguna parte, de algún modo, y aquella idea de pasar unas vacaciones en Marte. Marte estaba demasiado lejos para ir de vacaciones, pero Timothy pensó en sus hermanos menores y no dijo nada. Habían llegado a Marte, y ahora iban a pescan Así decían al menos.

La lancha remontaba el canal. La mirada de papá era muy extraña, y Timothy no la podía entender. Era una mirada brillante, y

quizá también aliviada; le arrugaba la cara en una mueca de risa más que de preocupación o de tristeza.

El cohete, ya casi frío, desapareció detrás de una curva.

-¿Durará mucho el paseo? -preguntó Robert.

La mano le saltaba como un cangrejito sobre el agua violeta.

Papá suspiró:

-Un millón de años.

~¡Zas! -dijo Robert.

-Mirad, chicos. -Mamá extendió un brazo largo y suave-. Una ciudad muerta.

Los chicos miraron con una expectación fervorosa, y la ciudad muerta estaba allí, muerta sólo para ellos, adormilada en el cálido silencio estival puesto allí por algún marciano hacedor de climas.

Y papá miró la ciudad como si le gustase que estuviera muerta.

Eran unas pocas piedras rosadas, dormidas sobre unas dunas; unas columnas caídas, un templo solitario, y más allá otra vez las extensiones de arena. Nada más, un desierto blanco a lo largo del canal, y encima un desierto azul.

De repente un pájaro atravesó el espacio, como una piedra lanzada a un lago celeste; golpeó, se hundió y desapareció.

Papá lo miró con ojos asustados.

-Creí que era un cohete.

Timothy observó el profundo océano del cielo, tratando de ver la Tierra en llamas, las ciudades en ruinas y los hombres que no dejaban de matarse unos a otros. Pero no vio nada. La guerra era algo tan apartado y lejano como el duelo a muerte de dos moscas bajo la nave de una enorme catedral silenciosa; e igualmente absurda.

William Thomas se enjugó la frente y sintió en el brazo la mano de Timothy, como una tarántula joven, arrobada.

-¿Qué tal, Timmy?

-Muy bien, papá.

Timothy no alcanzaba a imaginar qué estaba funcionando ahora dentro de ese vasto mecanismo adulto que tenía al lado. Era un hombre de gran nariz aguileña, tostado y despellejado por el sol, de brillantes ojos azules, como las bolitas de ágata con que había jugado en la Tierra en las vacaciones de verano, y de piernas largas y gruesas como columnas envueltas en pantalones holgados.

-¿Qué miras, papá?

-Estoy buscando lógica terrestre, sentido común, gobierno honesto, paz y responsabilidad.

-Jodas esas cosas están allá arriba?

-No. No las he encontrado. Ya no están ahí. Y nunca volverán a estarlo. Quizá nunca lo estuvieron.

-¿Eh?

-Mira el pez -dijo papá señalando el agua.

Se oyó un clamor de voces de soprano. Los tres chicos doblaron los cuellos delgados sobre el canal, sacudiendo la lancha, diciendo «¡oh!» y «¡ah!».

Un anillado pez de plata nadaba junto a ellos. De pronto onduló y se cerró como un iris, devorando unos trocitos de comida.

Papá miró el pez y dijo con voz grave y serena:

-Es como la guerra. La guerra avanza nadando, ve un poco de comida, y se contrae. Un momento después... ya no hay Tierra.

-William -dijo mamá.

_Perdona -dijo papá.

Inmóviles, en silencio, miraron pasar las aguas del canal, frescas, veloces y cristalinas. Sólo se oía el zumbido del motor, el deslizamiento del agua, el sol que dilataba el aire.

-¿Cuándo veremos a los marcianos? -preguntó Michael.

-Quizá muy pronto -dijo papá-. Esta noche tal vez.

-Oh, pero los marcianos son una raza muerta -dijo mamá.

-No, no es cierto. Yo os enseñaré algunos marcianos -replicó

papá.

Timothy frunció las cejas, pero no dijo nada. Todo era muy raro ahora. Las vacaciones y la pesca y las miradas que se cruzaba la gente.

Los otros dos chicos ya estaban buscando marcianos, y protegiéndose los ojos con las manitas examinaban los pétreos bordes del canal a dos metros por encima del agua.

-Pero ¿cómo son los marcianos? -preguntó Michael.

Papá se rió de un modo extraño y Timothy vio que un pulso le latía en la mejilla.

-Lo sabrás cuando los veas.

La madre era esbelta y suave, con una trenza de pelo de oro rizado en lo alto de la cabeza, como una tiara, y ojos morados, con reflejos de ámbar, del color de las aguas profundas del canal cuando la corriente se deslizaba a la sombra. Se le podían ver los pensamientos nadando como peces en los ojos; unos brillantes, otros sombríos, unos rápidos y fugaces, otros lentos y pacíficos; y a veces, como cuando miraba la Tierra, los ojos eran sólo color y nada más. Estaba sentada a proa, con una mano en el borde de la lancha y la otra sobre los oscuros pantalones azules; una línea de piel tostada por el sol le asomaba bajo la blusa, abierta como una flor blanca.

Miró hacia delante, y, como no pudo ver con claridad, miró hacia atrás, hacia su marido, y reflejado en sus ojos vio entonces lo que había delante. Y como él añadía algo de sí mismo a ese reflejo, una resuelta firmeza, la mujer se tranquilizó y la aceptó, y se volvió otra. vez, comprendiendo de pronto dónde tenía que buscar.

Timothy miraba también. Pero sólo veía un canal recto, como una línea de lápiz violeta que cruzaba un valle amplio y poco profundo; las colinas antiguas y bajas se extendían hasta el borde del cielo. Y el canal continuaba, atravesando unas ciudades que habrían sonado como escarabajos dentro de una calavera si alguien las hubiese sacudido. Eran cien o doscientas ciudades que dormían envueltas en los sueños de los tibios días del verano y en los sueños de las noches frías de invierno...

La familia había viajado millones de kilómetros para esto: una excursión de pesca. Pero en el cohete tenían un arma. Era una excursión, pero ¿para qué habían escondido tanta comida cerca del cohete? Vacaciones. Pero detrás del velo de las vacaciones no había caras dulces y risueñas, sino algo duro y huesudo y quizá terrible. Timothy no podía levantar ese velo, y los otros dos chicos estaban ocupados ahora, pues sólo tenían diez, y ocho años.

Robert apoyó la barbilla en forma de V en el hueco de las manos y observó con ojos muy abiertos las orillas del canal

-No veo marcianos todavía.

Papá había traído una radio atómica de pulsera. Funcionaba según un anticuado principio: se aplicaba contra los huesos del oído y vibraba cantando o hablando. Papá la escuchaba con un rostro que parecía una ciudad marciana en ruinas: pálido, enjuto y seco, casi muerto.

Luego pasó el aparato de radio a mamá. Mamá escuchó con la boca abierta.

-¿Qué ... ? -empezó a preguntar Timothy, pero no terminó lo que quería decir.

En ese momento se oyeron dos titánicas explosiones que los sacudieron hasta los tuétanos, seguidas de una media docena de débiles temblores.

Alzando bruscamente la cabeza, papá aumentó en seguida la velocidad de la lancha. La lancha saltó y se torció y voló. Esto acabó con los temores de Robert, y Michael, dando gritos de miedo y sorprendida alegría, se abrazó a las piernas de mamá y miró el agua que le pasaba por debajo de la nariz en un alborotado torrente.

Papá desvió la lancha, aminoró la velocidad, y llevó la embarcación por un canal estrecho hasta debajo de un antiguo y ruinoso muelle de piedra que olía a carne de crustáceo. La lancha golpeó el muelle, y todos fueron despedidos hacia delante, pero nadie se lastimó, y papá se inclinó en seguida sobre la borda para ver si los rizos del agua borraban la estela de la lancha. Las ondas del canal se entrecruzaron, golpearon las piedras, retrocedieron encontrándose otra vez, se detuvieron, moteadas por el sol. Desaparecieron.

Papá escuchó. Todos escucharon.

La respiración de papá resonaba como si unos puños golpearan las húmedas y frías piedras del muelle. En la sombra, los ojos de gato de mamá observaban a papá buscando algún indicio de lo que iba a pasar ahora.

Papá se tranquilizó y suspiró, riéndose de sí mismo.

-Era el cohete, por supuesto. Estoy cada vez más nervioso. El cohete.

-¿Qué ha pasado, papá, qué ha pasado? -preguntó Michael.

-Nada, que hemos volado el cohete -dijo Timothy tratando de hablar en un tono indiferente-. He oído antes ese ruido, en la Tierra. El cohete estalló.

-¿Por qué volamos el cohete? -preguntó Michael-. ¿Eh, papá?

-Es parte del juego, tonto -dijo Timothy.

La palabra entusiasmó a Michael y a Robert.

~¡Un juego!

-Papá lo arregló para que estallara. Así nadie puede saber dónde estamos. Por si vienen a buscarnos, ¿entiendes?

-¡Qué bien! ¡Un secreto!

-Asustado por mi propio cohete -le dijo papá a mamá-. Estoy muy nervioso. Es tonto pensar en otros cohetes. Quizás uno... Si Edward y su mujer consiguieron salir de la Tierra.

Se llevó otra vez el diminuto aparato de radio a la oreja. Dos minutos después, dejó caer la mano como quien deja caer un trapo.

_Por fin se acabó -le dijo a mamá-. La radio acaba de perder la onda atómica. Ya no hay más estaciones en el mundo. Sólo quedaban dos en estos últimos años. Todas callaron ahora, y así -seguirán probablemente.

-¿Por cuánto tiempo, papá? -preguntó Robert.

-Quizá vuestros bisnietos vuelvan a oírlas -contestó papá, y tuvo una sensación de terror, derrota y resignación que alcanzó a los niños.

Finalmente papá guió otra vez la lancha hacia el canal y continuaron el paseo.

Se hacía tarde. El sol descendía. Una hilera de ciudades muertas se extendía delante de ellos a lo largo del canal.

Papá les habló a sus hijos muy serenamente y en voz baja. Muchas veces, en otros tiempos, se había mostrado inaccesible y severo, pero ahora les hablaba acariciándoles la cabeza. Los niños lo notaron.

-Mike, elige una ciudad.

-¿Qué papá?

-Elige una ciudad. Cualquiera.

-Bueno -dijo Michael-. ¿Cómo la elijo?

-Elije la que más te guste. Y vosotros, Robert, Tim, elegid también la que más os guste.

-Yo quiero una ciudad con marcianos -dijo Michael.

-La tendrás -dijo papá-. Te lo prometo. Hablaba con los chicos, pero miraba a mamá.

En veinte minutos pasaron ante seis ciudades. Papá no volvió a hablar de explosiones. Prefería, aparentemente, divertirse con sus hijos, verlos reír, a cualquier otra cosa.

A Michael le gustó la primera ciudad, pero los demás no le hicieron caso, pues no confiaban en juicios apresurados. La segunda ciudad no le gustó a nadie. Era un campamento terrestre de casas de madera que ya estaba convirtiéndose en aserrín. La tercera le gustó a Timothy porque era grande. La cuarta y la quinta eran demasiado pequeñas, y la sexta provocó la admiración de todos, incluso de mamá, que se sumó a los «¡ah!» y «¡oh!» y a los «¡mirad eso!».

Era una ciudad de cincuenta o sesenta enormes estructuras, en pie todavía; había polvo en las calles de piedra, uno o dos surtidores latían aún en las plazas. Lo único vivo: unos chorros de agua a la luz de la tarde.

-Ésta es la ciudad -dijeron todos.

Papá guió la lancha hacia un muelle y desembarcó de un salto.

-Ya estamos. Esto es nuestro. Aquí viviremos desde ahora.

-¿Desde ahora? -exclamó Michael, incrédulo, poniéndose de pie. Miró la ciudad y se volvió parpadeando hacia el lugar donde había estado el cohete-. ¿Y el cohete? ¿Y Minnesota?

-Aquí -dijo papá, y tocó con el aparatito de radio la cabeza rubia de Michael-. Escucha.

Michael escuchó.

-Nada -dijo.

-Eso es. Nada. Nada, para siempre. No más Minneapolis, no más cohetes, no más Tierra.

Michael meditó unos instantes en la fatal revelación y rompió en unos sollozos entrecortados.

-Espera, Mike -le dijo papá en seguida-. Te doy mucho más a cambio.

Michael, intrigado, contuvo las lágrimas, aunque dispuesto a continuar si la nueva revelación de papá era tan desconcertante como la primera.

-Te doy esta ciudad, Mike. Es tuya.

-¿Mía?

-Sí, de los tres: tuya y de Robert y de Timothy. Exclusivamente vuestra.

Timothy saltó de la lancha.

-¡Todo es nuestro, todo!

Continuaba jugando con papá, y jugaba a fondo y bien. Más tarde, cuando todo concluyera y se aclarara, podría separarse de los demás y llorar a solas diez minutos. Pero ahora era todavía un juego, una excursión familiar, y los otros dos chicos tenían que seguir jugando.

Mike y Robert saltaron de la lancha y ayudaron a mamá.

-Cuidado con vuestra hermana -dijo papá, y nadie supo, hasta más tarde, lo que quería decir.

Entraron en la vasta ciudad de piedra rosada, hablándose en voz baja, pues las ciudades muertas invitan a hablar en voz baja, y observaron la puesta del sol.

-Dentro de unos cinco días -dijo papá- volveré al lugar donde estaba el cohete y recogeré la comida escondida en las ruinas y la traeré aquí. Después buscaré a Bert Edwards, su mujer y sus hijas.

-¿Hijas? -preguntó Timothy-. ¿Cuántas?

-Cuatro.

-Ya veo que eso nos traerá preocupaciones -dijo mamá meneando la cabeza.

-Chicas -dijo Michael, y torció la cara como una vieja y pétrea imagen marciana-. Chicas.

-También vienen en cohete?

-Sí. Si consiguen llegar. Los cohetes familiares se construyen para ir a la Luna, no a Marte. Nosotros tuvimos suerte.

-¿Dónde conseguiste el cohete? -susurró Timothy mientras los otros dos chicos corrían adelantándose.

-Lo guardé durante veinte años, Tim. Lo escondí, esperando no tener que usarlo. Supongo que tenía que habérselo entregado al gobierno, para la guerra, pero pensaba constantemente en Marte...

-Y en un picnic.

-Eso es. Esto queda entre nosotros. Cuando vi que todo acababa en la Tierra, y después de haber esperado hasta el último momento, embarqué a la familia. También Bert Edwards tenía escondido un cohete, pero nos pareció mejor no partir juntos, por si alguien intentaba derribarnos a tiros.

-¿Por qué volaste el cohete, papá?

-Para que nunca podamos volver. Y de este modo, además, si alguno de aquellos malvados viene a Marte, no sabrá que estamos aquí.

-¿Por eso miras siempre el cielo?

-Sí, es una tontería. No nos seguirán nunca. No tienen con qué seguirnos. Me preocupo demasiado, eso es todo.

Michael volvió corriendo.

-¿Esta ciudad es de veras nuestra, papá?

-Todo el planeta es nuestro, hijos. Todo el bendito planeta.

Allí estaban, el Rey de la Colina, el Señor de las Ruinas, el Dueño de Todo, los monarcas y presidentes irrevocables, tratando de comprender qué significaba ser dueños de un mundo, y qué grande era realmente un mundo.

La noche cayó rápidamente en la delgada atmósfera, y papá los dejó en la plaza, junto al surtidor intermitente, llegó hasta la embarcación, y volvió con un paquete de papeles en las manos.

Amontonó los papeles en un viejo patio y los encendió. Todos se agacharon alrededor de las llamas calentándose y riéndose, y Timothy vio que cuando el fuego las alcanzaba, las letritas saltaban como animales asustados. Los papeles crepitaron como la piel de un hombre viejo, y la hoguera envolvió innumerables palabras:

«TÍTULOS DEL GOBIERNO; Gráficas comerciales e industriales, 1999; Prejuicios religiosos, ensayo: La ciencia de la logística; Problemas de la Unidad Americana; Informe sobre reservas, 3 de julio de 1998; Resumen de la guerra...»

Papá había insistido en traer estos papeles, con este propósito. Los fue arrojando al fuego, uno a uno, con aire de satisfacción y explicó a los chicos qué significaba todo eso.

-Ya es hora de que os diga unas pocas cosas. No fue justo, me parece, que os las haya ocultado. No sé si entenderéis, pero tengo que decirlo, aunque sólo entendáis una parte.

Arrojó una hoja al fuego.

-Estoy quemando toda una manera de vivir, de la misma forma que otra manera de vivir se quema ahora en la Tierra. Perdonadme si os hablo como un político, pero al fin y al cabo soy un ex

gobernador; un gobernador honesto, por eso me odiaron. La vida en la Tierra nunca fue nada bueno. La ciencia se nos adelantó demasiado, con demasiada rapidez, y la gente se extravió en una maraña mecánica, dedicándose como niños a cosas bonitas: artefactos, helicópteros, cohetes; dando importancia a lo que no tenía importancia, preocupándose por las máquinas más que por el modo de dominar las máquinas. Las guerras crecieron y crecieron y por último acabaron con la Tierra. Por eso han callado las radios. Por eso hemos huido...

»Hemos tenido suerte. No quedan más cohetes. Ya es hora de que sepáis que esto no es una excursión de pesca. He ido demorando el momento de decirlo. La Tierra ya no existe; ya no habrá viajes interplanetarios, durante muchos siglos, quizá nunca. Aquella manera de vivir fracasó, y se estranguló con sus propias manos. Sois jóvenes. Os repetiré estas palabras, todos los días, hasta que entren en vosotros.

Hizo una pausa y alimentó el fuego con otros papeles.

-Estamos solos. Nosotros y algunos más que llegarán dentro de unos días. Somos bastantes para empezar de nuevo. Bastantes para volver la espalda a la Tierra y emprender un nuevo camino...

Las llamas se elevaron subrayando lo que decía papá. Y luego todos los papeles desaparecieron, menos uno. Todas las leyes de la Tierra fueron unos pequeños montículos de ceniza caliente que pronto se llevaría el viento.

Timothy miró el papel que papá arrojaba al fuego. Era un mapa del mundo. El mapa se arrugó y retorció entre las llamas, y desapareció como una mariposa negra y ardiente. Timothy volvió la cabeza.

-Ahora, os voy a mostrar los marcianos. Venid todos. Ven, Alicee -dijo papá tomando a mamá de la mano.

Michael lloraba ruidosamente, y papá lo alzó en brazos y todos caminaron por entre las ruinas, hacia el canal.

El canal. Por donde mañana, o pasado mañana, vendrían en bote las futuras esposas, unas niñitas sonrientes, acompañadas de sus padres.

La noche cayó envolviéndolos, y aparecieron las estrellas. Pero Timothy no encontraba la Tierra en el cielo. Se había puesto. Era algo que hacía pensar.

Un pájaro nocturno gritó entre las ruinas.

-Vuestra madre y yo procuraremos instruiros -dijo papá-. Tal vez fracasemos, pero espero que no. Hemos visto muchas cosas y hemos aprendido mucho. Este viaje lo planeamos hace varios años, antes de que nacierais. Creo que aunque no hubiese estallado la guerra habríamos venido a Marte y habríamos organizado aquí nuestra vida. La civilización terrestre no hubiese podido envenenar a Marte en menos de un siglo. Ahora, por supuesto...

Llegaron al canal. Era largo y recto y fresco, y reflejaba la noche.

-Siempre quise ver un marciano -dijo Michael-. ¿Dónde están, papá? Me lo prometiste.

-Ahí están -dijo papá, sentando a Michael en el hombro y señalando las aguas del canal.

Los marcianos estaban allí. Timothy se estremeció.

Los marcianos estaban allí, en el canal, reflejados en el agua: Timothy y Michael y Robert y papá y mamá.

Los marcianos les devolvieron una larga, larga mirada silenciosa desde el agua ondulada...

[1] Nombres de conocidos Negro spirituals. (N. del T)